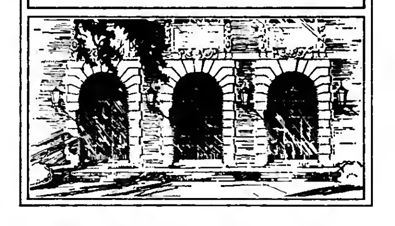
MANUEL UGARTE

UNA TARDE DE OTOÑO

GARNIER HERMANOS

PARÍS





Una tarde de otoño...

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

en la Libreria Garnier hermanos.

Paisajes Parisienses, con un prólogo de D. Miguel de Unamuno y un epílogo de M. François de Nión.

Crónicas del Bulevar con un prólogo de D. Rubén Darío.

La Novela de las horas y de los días, con un prólogo de D. Pío Baroja.

MANUEL UGARTE

Una tarde de otoño...

(Pequeña sinfonía sentimental)



PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6
1906

Una tarde de otoño...

PRELUDIO

Por divertir á Manón, que se aburría, hubiera dado yo la vida entera.

Aquella tarde estábamos en el bosque de Saint-Germain, acostados sobre el césped, bajo una bóveda de árboles frondosos donde reían los pájaros.

Después de merendar en una rústica *gargotte* del camino de los fuertes, nos habíamos internado al azar por los caminos tortuosos, soñando en silencio, con los ojos perdidos en el infinito. Ella apartaba los guijarros con la punta de su sombrilla; yo azotaba el aire con una rama de cerezo... Una muerte singular nos rodeaba... La ciudad y las gentes estaban tan distantes, que parecía que hubiéramos salvado los espacios para habitar un planeta desconocido.

Cuando, cansados de andar, nos dejamos caer

en aquel claro barrido por las movibles manchas del sol, nos miramos largamente, sin acertar á decir nada... La atmósfera estaba llena de misterio... Nuestras almas se fundían con el alma del bosque...

Una hoja seca, la primera del año, cayó entre nosotros, como un presagio de porvenir.

Manón se acurrucó contra mí, como si tuviera frío.

— Quiero que me cuentes muchos cuentos... — murmuró en voz baja.

— ¿Muchos cuentos?

— Sí, muchas historias, muchos trances, muchas intrigas que me hagan olvidar la inestabilidad de las cosas... Cubramos el porvenir con palabras... Pongamos entre la vida y nosotros un biombo de imaginaciones... Para no oir el tic-tac del tiempo que transcurre, para no ver venir las tristezas que nos sitian, para no sentir en torno las amenazas inexorables, evoquemos una humanidad ficticia y mezclémonos á sus olas... Tratemos de ser nosotros también buenos muñecos insensibles... Con el otoño llegan todos los adioses, con el otoño *re-morimos*... ¿No ves cómo se contrae la naturaleza?... Parece que fuera á sollozar... Cuéntame, cuéntame todas las historias que te sugiera tu imaginación... Ya que no podemos detener la vida como un reloj, hagamos ruido para no oir las campanadas...

Yo cerré los ojos para orientarme interiormente.

— Mi primer cuento será una triste historia personal...

Y casi al oído, rozando con mi boca sus guedejas rubias, le murmuré una confesión.

PRIMER CUENTO

Su pequeña almita, hecha de flores silvestres, no parecía preparada para las grandes pasiones. Suzón era una muñeca. Pero nuestra casita, con guirnaldas de pájaros en la ventana, fué un nido de felicidad durante todo el estío.

Cuando nos paseábamos al borde de la ribera escarpada, junto al mar azul, solía decirme :

— Han roto las nubes como se rompe una carta. Están todas en pedacitos. El Padre Eterno se ha enojado con la novia.

Otras veces encontrábamos, al azar de nuestras excursiones, uno de esos perros graves que observan al transeunte y le estudian con dos ojos que parece que supieran leer.

Nada era más cómico que la voz de Suzón cuando le apuntaba con la sombrilla y le gritaba desde lejos :

— *Bonjour, chien.*

En esta atmósfera superficial y encantadora ahogué tres meses de mi juventud.

Suzón tenía diez y ocho años, el pelo rubio y una boca despierta como una aurora. Cuando, en nuestros juegos locos, huía de mí, vestida de blanco, por el campo abierto, parecía perseguir las mariposas de su risa. Sus dientes de espuma mordían siempre una flor. Era una silueta delicada, de una vivacidad infantil.

Pero, ¿qué había en el fondo de sus ojos verdes? Mil veces me incliné para ver...

Ella se echaba á reir, y se ponía tan cerca de mí, que se encendían los besos.

— Mira, mira bien... en el fondo — me decía, burlándose: — ¿no ves que esos ojos tienen puerta de escape?... ¿lo ves?... ¡ten cuidado!... porque si te caes dentro... ¡pobrecito mío!... si te caes dentro, no vuelves á ver la luz.

Yo la abrazaba hasta hacer crujir su cuerpo frágil.

— Me gusta que me hagas daño — me decía riendo con lágrimas.

Y mientras le tatuaba la piel con mis besos, se quedaba con los ojos fijos en el horizonte, como si esperase el regreso de una barca que no debía volver.

Estábamos tan solos, tan solos, que parecía que nos hubieran olvidado en el mundo. Desde

nuestro balcón dominábamos la diminuta aldea de pescadores y el mar rizado, que avanzaba y se retiraba regularmente dos veces al día. Apenas si veíamos pasar alguna vez un marinero agobiado bajo el peso de las redes...

Una noche (recuerdo que la luna redonda arrastraba sobre las aguas su nívea cola de pavo real), una noche se quedó dormida en mis brazos, sobre el canapé. Por la ventana abierta entraba la languidez y el rumor extraño de la soledad...

. . . .

De pronto tuvo un sobresalto y se irguió, helada de terror.

— ¡La sangre!... ¡la sangre! — gritó, como si huyera de su pesadilla.

Yo sentí en las espaldas un latigazo de tragedia.

Temblé sin saber por qué.

Cuando me repuse, Suzón se había echado sobre el lecho y lloraba como una niña.

La envolví en mis brazos, la dije mil palabras tiernas, pero se obstinó en no quitarse el pañuelo de los ojos.

La noche pasó como un mes largo.

A la mañana siguiente saltó del lecho y se vistió aprisa.

Cuando vi que se ponía el sombrero, no pude contenerme, y le pregunté:

— ¿A dónde vas?

— ¡Quién sabe!... — murmuró sin volver la cara.

Entonces presentí algo muy triste. La obligué á sentarse en mis rodillas.

— ¿Qué tienes?

— Nada.

— ¿Por qué te vas?

— ¿Para qué lo quieres saber?

— Dímelo...

Suzón me miró fijamente durante un momento, como si dudara.

Después se decidió.

— Me voy — dijo con voz imperceptible — porque, si sigo aquí, te voy á matar.

— ¿Por qué?

— No sé, pero te voy á matar.

Me quedé absorto. No había habido entre nosotros una sola disputa. Aquellos meses se deslizaban sin el menor tropiezo. Yo sabía que ella había tenido otros amantes. Ella conocía algo de mi pasado. Pero no asomó jamás un reproche. Nuestra unión era un intermedio de estío.

Suzón se puso los guantes.

— Me mandarás el baúl — murmuró, empinándose para besarme en la boca.

— Te lo mandaré — le dije — pero á condición de que me cuentes por qué sufres.

— Porque te odio.

— ¿Y por qué me odias?

— Porque has sido bueno... ¿Ves mis ojos?... Míralos bien... ¿Qué hay en el fondo?... ¿Qué ves?...

— Lágrimas...

— ¿Y después?...

— Lágrimas...

— Sí, sí; pero ¿después?...

— Después no veo nada...

— Mira bien...

— Después veo una sombra... una gran sombra...

— No mires más. Me voy para que no caigas ahí.

— Pero esto es un delirio, Suzón; tú ya no me quieres...

— Te quiero hasta odiarte. Tú sabes que nos debemos separar dentro de un mes... ó dos... al azar de nuestra vida... Cuando tú me dejes, *yo sé que te tengo que matar*... Por eso me escapo...

— Cálmate y reflexionemos. Tú has tenido, antes de nuestro encuentro, varios amantes.

— Sí.

— Los has dejado y reemplazado á tu capricho, sin una lágrima...

— Sí...

— A ellos... ¿no los has amenazado nunca?...

— Nunca...

— ¿Por qué me quieres matar entonces?

— ....

— Dí, ¿por qué?...

— No sé...

— Tu actitud es absurda...

— Quizá... Déjame salir de aquí...

— No...

— Déjame... Te prometo que volveré...

— No...

— Entonces permíteme sentarme detrás de ti. Quiero besarte en el cuello...

. . . .

. . . .

Tales fueron los antecedentes del atentado.

Yo no me dí cuenta de nada. Sentí un frío en la nuca y caí sin sentido.

Después supe que Suzón me había disparado un tiro á quemarropa... En el hospital se negaron á darme detalles sobre el asunto. Pero cuando salí, al cabo de veinte días, lo supe todo.

Mis amigos se habían encargado de evitar que el asunto tuviera transcendencia. La justicia no intervino para nada. Y como Suzón parecía dispuesta á volver á empezar, la embarcaron para Norte América.

De ella recibí ayer una carta en que me dice: «¿Te acuerdas de la sombra de mis ojos?»

PRIMER INTERMEDIO

En el vértigo brumoso de la vida de París, aquella historia había sido un simple parpadeo de amor.

Pero al evocarla en vísperas de otra ruptura, que todo contribuía á hacer fatal, sentí un escalofrío extraño...

Manón me había escuchado sin salir de su ensueño. Quizá veía ella también las siluetas trágicas del porvenir. Nuestro amor se extinguía... En vano arrojábamos á la hoguera los recuerdos, los parecidos y las esperanzas comunes; en vano quemábamos, como absurdos navegantes desequilibrados, nuestra propia embarcación para no morirnos de frío. Nuestra quimera aleteaba su fatiga, como un pájaro agonizante... Había llegado el momento en que hay en la atmósfera como una rarificación de las ilusiones, como una ansiedad de cosas ignoradas que nos lleva á aban-

donar el regazo tibio para buscar en la noche nuevas é imaginarias flores de ideal... ¡Y sin embargo, nuestra separación debía costarnos muchas lágrimas!...

— Ven á arrancar mi primer cana, Manón — la dije con una sonrisa melancólica; — tus dedos ágiles y delgados sabrán buscar mejor que los míos el hilo blanco traidor. Quizá este anuncio de mi invierno helará tus rosadas ilusiones. No en vano tienes quince años y yo veintiocho... Hay casi entre nosotros una vida. Sin embargo, ninguna pareja ha sabido reir mejor las mismas farsas, ni perseguir con más alegría los mismos pájaros de ilusión entre los bosques de primavera... ¿Te acuerdas de nuestro encuentro hace seis meses?... Fué en el jardín del Luxemburgo, junto á la fuente vasta donde los niños, silenciosos, hacen bogar gravemente sus navíos aventureros... Tú estabas sentada en la balaustrada, peinando con tus manecitas inquietas las guedejas rubias de tu hermanito, que trataba de poner á flote su goleta minúscula, en peligro de naufragio. Yo te miré al pasar, como se mira al alegre rayo de sol que entra por la ventana, en los ojos, con el deseo, como si quisiera beber tu juventud. Hubo un instante de perplejidad... Pero en tu mirada, mucho más azul que el cielo, parpadeó al fin una sonrisa que me lo dijo todo. — «¿Puedo ayudar á salvar la tripulación?» — te murmuré en la nuca,

designando el velero convertido en submarino. Tu hermano volvió los ojos implorando ayuda... Tú no supiste negar... Te divertía el incidente... Y aun recuerdo tu risa fresca cuando me viste enjugar, después del salvamento, los puños mojados de mi camisa blanca. Así que el barco estuvo á flote, el niño se absorbió en la tarea de dirigirlo con su timón de caña... Yo me senté junto á ti y te apreté la mano, que se abandonó entre las mías... ¿Fué porque comenzaba á caer el crepúsculo, ó porque ganduleaba Amor entre los árboles?... ¿Por qué te dejaste ceñir y atraer contra mi pecho?... Es verdad que, á la luz muriente, brotaba de París un hálito extraño de sentimentalidades imperiosas... Nuestras almas palpitaban al capricho de la ciudad, como la barca de tu hermano en los remolinos de la fuente... Nos contamos todos los cuentos azules que embellecen la juventud... Y al despedirnos una hora después, en la encrucijada llena de sombra, cambiamos la primer cita... Recuerdo todos los detalles... A la mañana siguiente te acompañé hasta el Arco de la Estrella... Por la noche te aguardé al volver la esquina... La ciudad, cómplice, nos abrió todas sus callejuelas para el beso... Fué un idilio que duró la semana entera... Y el domingo... (¿por qué tienen los domingos esa oferta muda entre sus horas?...) el domingo, fuere porque los árboles en flor perfumaban las avenidas, fuere

porque la estación te invitaba á ser mariposa, te dejaste llevar campo afuera, campo afuera, hasta este mismo bosque de Saint-Germain donde pasamos la tarde. Estaba resuelto que debías regresar á las cinco... Pero el ardiente sol engañaba, las sendas eran confusas y se pasó la hora y no volviste... Nos olvidamos de que el día debía tener noche... Cuando cayó la sombra, regresamos á la estación y tomamos el tren sin saber á dónde iríamos... Viaje de ensueño... Pero con un despertar en la vida... Un silbido, un freno brusco: *¡París!...* En el reloj de la estación daban las diez... ¿Cómo regresar á tu casa á aquellas horas?... ¿Te acuerdas de la cortedad divina con que te acurrucaste junto á mí para decirme: «*Allons chez toi; je ne peux pas rentrer...*» Fué en abril, Manón, y estamos en septiembre... Hace seis meses que vivimos juntos... Si no hemos aspirado todo el aroma de nuestro ensueño, poco nos queda ya por descubrir... No me preguntes cuánto duran los amores... Bien sabes tú lo que es un *clair de lune...* Pero nos hemos querido con toda el alma... Y en mi recuerdo dejas una cruz... Arráncame esta cana, Manón. La guardaré de ti como recuerdo... ¿Crees tú que ello no vale una página de historia?...

. . . .

. . . .

Manón tuvo, al abrir los ojos, como una mirada

retrospectiva. Me sonrió con el recuerdo de lo que nos habíamos adorado.

— Cuéntame otro cuento, y otro, y otro... ¿Cuántos cuentos me vas á contar?

— Cuantos quepan hasta que caiga el crepúsculo... Ahora te voy á referir una pesadilla que, noches pasadas, mientras dormías en mis brazos, me hizo temblar de inquietud...

SEGUNDO CUENTO

Lejos de la miseria y la aspereza de los humanos, por encima de la costumbre y de los atavismos, más allá del horizonte que ven los que nos rodean, en portentosas cimas bañadas por el sol, soñé que había un paraíso de cuento de hadas, un paraíso fantástico yp ueril donde era posible la felicidad.

Pero la entrada á ese paraíso estaba defendida por un enjambre de enanos deformes, de maniáticos siniestros, de baldados insolentes, de locos furiosos, de pobres de espíritu; por millares de seres viciados é incompletos que escudriñaban el más pequeño brote, obstinados en hacer de la vida un erial, un páramo, una prisión donde sólo podrían vivir los monstruos como ellos.

Me acerqué, traté de abrirme paso entre aquellas larvas, luché con ardor, pero fué imposible...

Por encima de las cabezas, en las cumbres, vi una silueta que se confundía con el cielo y que debía ser la felicidad, porque se parecía á ti.

Era necesario llegar.

Mi vida dependía de la victoria.

Y, ciego de resolución y de audacia, me hundí en la espesa muchedumbre viscosa, rechazando á unos, derribando á otros, abriendo grieta como un salvaje en las selvas vírgenes... ¡Horrenda lucha!... Aquello era un hormiguear de infierno... Cuantos más enemigos derribaba, más descubrían mis ojos en el valle... Hasta que caí, vencido por el número...

Entonces un jorobado doctoral, profesor de estética, me interpeló duramente:

— ¿Por qué corres? ¿Por qué haces crujir tus músculos? ¿Por qué rompes con la tradición resignada de los hombres?...

Las preguntas me parecieron incoherentes, y preferí callar.

Pero el jorobado continuó:

— ¿Vas hacia la montaña donde duermen la felicidad, la libertad y la justicia?... ¿Estás loco?... Felizmente hemos llegado á tiempo... Te curaremos y conocerás la gloria de pertenecer á nuestra especie...

Miré en torno; y me encontré rodeado de un mar de abortos, á la vez trágicos y risibles. Todos

me miraban con compasión, como si yo fuese el desgraciado.

— Habrá que civilizarle — dijo un analfabeto.

— Y que cortarle una pierna — añadió un cojo.

— Y que extirparle la razón — silbó un demente.

— Sí, sí — clamaron todos; — hay que ayudarle, hay que hacer de él un hombre adelantado como nosotros...

Quise reir, pero se me heló la sangre en las venas...

Se habían apoderado de mí...

Los enanos deformes, los maniáticos siniestros, los baldados insolentes, los locos furiosos, los pobres de espíritu, todos aquellos seres viciados é incompletos, me arrastraron por el valle, me hicieron perder de vista la montaña luminosa, y me obligaron á entrar en la vida...

SEGUNDO INTERMEDIO

— ¡La vida! — dijo Manón, escarbando la tierra con sus manecitas blancas. — ¿Acaso sabemos lo que es la vida?... Quizá tiene algo obscuro en el fondo, como los ojos de tu amante...

— ¡Qué importa! De todos sus horrores nos resarce el espectáculo de las puestas de sol... Vaya otro cuento más triste aún...

— ¿Como el pasado?...

— Como la vida...

TERCER CUENTO

Aquel pueblo no resultaba ni peor ni mejor que cualquier otro del sur de la provincia de Buenos Aires. La estación era un tinglado, rodeado de galerías, que sólo cobraba vida á la madrugada y al anochecer, cuando partían ó llegaban los dos únicos trenes que comunicaban con la capital; la iglesia, un edificio tosco, unido á una casita mezquina, de techo azul, donde vivía el cura; y la municipalidad un vasto caserón agrietado, cuyas diez ventanas con reja daban sobre la plaza tradicional.

Demás está decir que, bajo los árboles verdes, se alzaba el kiosco donde tocaba por las noches la murga, que era la única diversión del vecindario.

Sobre la plaza caía también la farmacia, á cuya puerta, unos de pie, otros á caballo sobre las sillas, discutían por las noches los notables de la

localidad; la comisaría, con su gendarme de plantón y sus persianas entreabiertas, por las que se veía pasar al ordenanza que servía el mate; el club social, cuyo balcón lucía un escudo y una hilera de mecheros con sus globos de color; y la casa de Antúnez, que ostentaba con orgullo los cuatro balconcillos pintados de blanco, el patio inmenso lleno de flores, y la azotea, sobre cuyo balaustre se erguían dos muñecos de yeso, apoyados en dos lanzas.

Antúnez, que era rico y tenía parientes en Buenos Aires, estaba recluído, desde hacía diez años, en aquel rincón de la provincia, vigilando sus establecimientos de campo.

Con botas, chambergo y chiripá, á caballo sobre un zaino escarceador, recorría á veces las calles principales del pueblo, acompañando á su hija que, menos apegada que él á la tradición del criollo, vestía correctamente de amazona. Raquel contaba diez y seis años y tenía esa belleza fresca y selvática de las mujeres de mi país, en cuyos ojos de ternura y de fuego parecen haberse acumulado muchas vidas.

Como Raquel debía volver, por el tren de las cinco, de Buenos Aires, á donde había ido á pasar una temporada con una parienta, había aquella tarde en casa de Antúnez una animación desusada. Era la primera vez que abandonaba el pueblo, y sus padres la esperaban con impaciencia.

Cuando bajó del vagón, todos la rodearon; y, tras los abrazos y las preguntas atropelladas y contradictorias que no te será difícil imaginar, treparon con ella al break que los aguardaba ante el corredor de la estación.

Antúnez, su mujer, Raquel y Enriqueta, la hermana de Antúnez, que la acompañó en el viaje, pasaron gozosos, entre nubes de polvo, por la calle principal del pueblo, saludando á los grupos que paseaban por las aceras.

Era el atardecer.

El sol daba sus últimos latigazos de oro sobre los vidrios de las casas. Un vaho fresco subía de la tierra.

Disipado el calor que encerrara á todos en sus aposentos, la vida simple de los habitantes se abría de nuevo al aire libre.

Las muchachas, vestidas de blanco, con trajes vaporosos y sencillos, paseaban en grupos, riendo sus gorjeos de pájaros bajo la esplendidez del cielo.

Los ancianos, sentados en sus sillones, sobre la acera, conversaban reposadamente, viendo morir el día.

Algunos jinetes, con los caballos enjaezados á la criolla, cruzaban las calles al galope, recortando sus contornos sobre la claridad del fondo.

Y en el ambiente agradable de la aldea feliz flotaba un perfume mezclado de flores y de almas frescas.

Cuando el break de Antúnez desembocó en la plaza, el hacendado tuvo una sonrisa maliciosa, empujó á Raquel con el codo, y le dijo, designando á un jinete que le saludó al pasar:

— Ahí va Rodríguez...

Raquel se encogió de hombros, hizo una mueca de desdén, y como el coche se detuviera á la puerta de la casa, todos bajaron en un grupo y entraron, hablando y riendo, mientras el jinete que acababan de encontrar les observaba desde lejos, inmóvil sobre su caballo y pensativo.

Durante la comida, Raquel contó que se había divertido mucho en Buenos Aires, especialmente en casa de la señora de Juliánez, que daba recibos encantadores. Allí había conocido á un estudiante de derecho, llamado Pérez, hijo de un estanciero millonario, y mozo de gran porvenir.

— Era el mejor bailarín de la reunión — declaraba Raquel en tono admirativo — y nadie puede competir con él en punto á los trajes. Se dice que los hace traer directamente de Londres. Los envidiosos le critican ; pero es el más alegre de todos.

Antúnez observaba á su hija con una sonrisa complaciente. Su clarovidencia de padre le hacía adivinar el *flirt*. En el fondo, se regocijaba de ello. Se sentía halagado al saber que Raquel había hecho buena figura en los salones y había sido cortejada. Por otra parte, sabía lo efímero de esos

mariposeos juveniles... De ahí que se interesara irónicamente en la conversación y diera bromas á Raquel, que se defendía, jurando que Pérez no la interesaba ni más ni menos que los demás.

— ¿Y Rodríguez? — preguntó de pronto Antúnez, aumentando la turbación de su hija; — ¿qué hacemos de Rodríguez, que se ha pasado toda la tarde yendo y viniendo á la estación, con la esperanza de verte pasar?

Raquel se echó á reir con el aturdimiento de sus diez y seis años...

Y como la comida había concluído, todos se levantaron alegremente y salieron al corredor, donde tenían costumbre de tomar el café, sentados en cómodos sillones de mimbre, respirando el fresco olor del jardín humedecido por el crepúsculo.

Antúnez estaba al cabo de los amoríos de su hija con Rodríguez. Raquel, como todas las muchachas de su edad, creía tener un novio en secreto. Pero en su casa se hallaban tan enterados como ella misma. La dejaban hacer, porque no veían ningún mal en la aventura y porque era la costumbre del país. ¿Qué muchacha joven y hermosa no tenía en el pueblo un novio de quien recibía flores y con quien cambiaba frases á escondidas, ya fuera por las tardes, durante el paseo, en la plaza tumultuosa, ya fuera al atardecer, á través de la reja vetusta de la casa

paterna? Esa inocente manía de esconder las preferencias para revelarlas de golpe, y casarse al fin, era tan común, que nadie soñaba en oponerse á ella. Antúnez, como tantos otros padres, se contentaba con seguir á distancia la marcha de las cosas, dispuesto á intervenir así que notara el menor síntoma anormal. Pero la vigilancia resultaba casi inútil. Aquellas almas sencillas y sinceras, empapadas en Lamartine y en Bernardin de Saint-Pierre, estaban á cubierto de toda malicia... Eran amores de égloga, que acababan siempre en un matrimonio feliz...

Cuando Antúnez encendió su cigarro y pidió á la sirvienta su sombrero, había caído la noche. En ráfagas armoniosas llegaban hasta el corredor los ecos de la música que tronaba en el kiosco de la plaza...

Raquel se puso un clavel en el pelo. Las dos señoras se cubrieron la cabeza con sus mantillas de tul. Y cuando llegaban todos al zaguán, estalló una confusión de besos y saludos. Eran las de Pardo, que pasaban y entraban á buscar á Raquelita...

En seguida se formaron dos grupos. Delante, vestidas de blanco, bulliciosas y alegres, las tres muchachas. Detrás, la señora de Pardo con Antúnez, su mujer y Enriqueta.

En la plaza paseaban ya las familias más encopetadas del pueblo.

La calle angosta, bordeada de bancos y de árboles frondosos, era un entrevero de gentes felices que se saludaban y se detenían á veces para conversar.

Las mujeres, con trajes claros de muselina, y los hombres, con sombrero de paja, dejaban, bajo el follaje obscuro, en la atmósfera adormecedora de la noche estival, como un parpadeo de luciérnagas.

Nada parecido á la casta voluptuosidad de esas fiestas inocentes, que se reducen á oir un viejo vals en desuso, entre miradas y sonrisas, bajo el cielo tachonado de estrellas. La noche ejerce una extraña sugestión sobre los espíritus; el vaho fresco de los campos embalsama la atmósfera, y todo es tan espontáneo, que se dijera que los hombres, volviendo á la claridad de los orígenes, se complacen en reanudar la sinfonía de las églogas.

En esas noches, en esas plazas, al compás de esas músicas, ha nacido la primavera de millares de idilios, se ha abierto un cielo en muchas almas, se han regalado muchas rosas y se han formulado muchas promesas...

Mientras los padres descansan, sentados en los bancos que bordean el camino angosto, las muchachas se pasean en bulliciosos racimos de juventud, dejándose cortejar por los mozos que se estacionan de pie junto al kiosco de la música,

ó se pasean también, gesticulando, al resplandor de los cigarrillos.

Los enamorados aprovechan á menudo la complicidad de la sombra para cambiar cuatro frases rápidas y tiernas que se ahogan en el viento.

Y bajo la arboleda que ondula empujada por la brisa, en el mareo de las notas, excitados por los roces, los grupos vibran y se embriagan de ilusión y de imposible...

Raquel, con sus dos amigas, comenzó á pasearse de un extremo á otro de la plaza. Hablaba con extraordinaria verbosidad y debía contar cosas interesantes, á juzgar por la atención que le prestaban las de Pardo.

Cada vez que pasaban ante el kiosco donde los músicos italianos, con las mejillas rojas, hacían crujir sus trombones brillantes, las tres muchachas escondían una sonrisa de complicidad...

A la derecha, de pie, junto á un árbol, estaba Rodríguez, pálido de despecho.

Raquel se obstinaba en no verle.

Una vez se rozaron al pasar, y Rodríguez le lanzó una frase al oído. Pero sea que Raquel no le oyó, sea que había resuelto romper aquellas relaciones, el caso es que continuó su alegre charla sin inmutarse.

Rodríguez tenía ojos brillantes y profundos de soñador primitivo. A través de su cara morena, se adivinaba un alma á la vez dulce é impetuosa,

capaz de la lágrima y del sacrificio. La nervosidad con que retorcía su bigote y la mirada ansiosa con que espiaba los movimientos de Raquel, dejaban adivinar su tortura.

Llegó un momento en que no pudo contenerse y se lanzó, dispuesto á todo. Quería tener una explicación. Raquel trató de esquivarse. Pero él insistió, y en un extremo de la plaza, donde tantas veces se habían cambiado palabras tiernas, tuvieron un diálogo hostil. Las de Pardo se retiraron algunos pasos más lejos. Y en la placidez embriagadora de la noche, se desató el drama.

— Aquí hay un misterio que es necesario aclarar. Tu viaje á Buenos Aires te ha separado de mí. ¿Buscas un rompimiento?... ¿Verdad?

— Busco lo que es necesario. Debías haber imaginado que esto no podía durar eternamente...

— ¿Por qué?...

— ... ¡Qué sé yo!... Pero ahora todo ha concluído... Supongo que me dejarás tranquila...

— Te estoy oyendo, Raquel, y no sé si debo despreciarte, ó hacerte expiar tu traición... ¿Has olvidado nuestras promesas?... ¿Qué cambio ha habido en ti?... ¿Amas á otro?...

— Sí.

— ¿Y me lo dices?...

— Claro, puesto que todo ha concluído. Adiós...

— No, no; no te irás... Has de escucharme hasta el fin, porque hoy resolvemos nuestra vida.

¿Crees tú que yo, que he puesto en ti todo mi pensamiento, voy á dejar que te alejes sin gritarte tu infamia?...

— Adiós...

— ¡Ven aquí!... ¿Qué es lo que hay?... ¿Quién es el canalla que...?

— Déjame irme...

— ¡Dime!... ¿Quién es el canalla que me ha robado tu cariño?

— ¡Qué te importa!... Ya lo sabrás cuando me case, dentro de algunos meses...

— ¡Casarte con otro!... ¿Y yo asistiré en silencio á esa vergüenza?

— Adiós... suéltame... adiós...

— ¡Mi Raquel! ¿Qué te he hecho yo para que me desdeñes?... ¡Vuelve á mí! Tú sabes cuánto te quiero...

— He dicho que todo ha concluído... Quiero á otro... Me caso con otro... Déjame en paz...

— ¡Maldita!... ¡No me verás sobrevivir á tu traición!

Y en la media sombra de aquel lugar apartado á donde llegaba la música tamizada por la atmósfera caliente de perfumes, Raquel no tuvo tiempo más que para lanzar un grito breve... En un relámpago, Rodríguez había desnudado un pequeño revólver de cabo de marfil, se lo había apoyado en la frente y había caído bañado en sangre...

Al ruido de la detonación acudieron espantadas,

en remolinos ansiosos, todas las gentes que estaban en el paseo. Antúnez se abrió paso y levantó á su hija, que se había desvanecido de emoción.

. . . .

Cuando lo extendieron sobre dos sillas en la farmacia, Rodríguez vivía aún. Pero el médico no dió esperanza de salvarle. La herida era mortal. Al cabo de media hora expiró, sin haber pronunciado una palabra.

Y un mes después, Raquel recibió la noticia de que Pérez, el amable estudiante de derecho, había pedido la mano de su prima, la señorita de Miramar.

Como Raquel lloró muchas lágrimas, comprendió al fin la angustia de Rodríguez. Y una mañana, muy temprano, á la hora en que todo en la naturaleza parece infantil, salió con una sirviente, fué al cementerio, y dejó una rosa blanca sobre la tumba del suicida.

TERCER INTERMEDIO

Los árboles negros se destacaban de una manera singular sobre el horizonte, iluminado de rojo. La ciudad borrada y distante quedaba en la sombra, y el sol parecía, en el crepúsculo, una pincelada de sangre sobre el universo gris...

— Tu historia tiene algo del sol de los trópicos — dijo Manón, pensativa — pero ese niño iluso me parece un imposible. El amor, como todo lo extrahumano, es mariposa por definición... Nuestro destino es exponer el alma á todos los conflictos, para hacer llorar después en la noche nuestras mandolinas de aventura... ¿Cómo encerrarnos en una jaula, para imponernos eternidades?

— Dices bien — confirmé; — el amor es, en la vida, como esos soles de los crepúsculos otoñales: aparece de una manera fugaz, como si temiese que penetremos su secreto...

— La felicidad sólo es posible á condición de cerrar los ojos y de no entender — soñó Manón en voz alta...

Y luego, volviendo á la realidad:

— Pero esas rachas exóticas me entusiasman...

— Déjame que bese antes el infinito de tus labios. Si se borra un amor con otro nuevo, no se borra el ideal... Dame tu boca... Los rostros se desvanecen, pero quedan las situaciones... En el entrevero confuso de las vidas, ambos conservaremos la memoria, tú de tu primer beso, yo de mi primer cabello blanco...

— ¿Me quieres contar otro cuento?

— Ensayaré...

CUARTO CUENTO

Antes de que el ejército regular consiguiese mponer á los indios el acatamiento á las leyes de la República, nada era más común que el *malón* (1) en las vastas llanuras del Chaco y hasta en las regiones que, por hallarse más cerca de los centros civilizados, parecían deber estar á cubierto de tales desmanes.

El carácter hirsuto y batallador de las tribus nómadas, que ambulaban con sus mujeres y sus niños de una tierra á otra, batidos por los colonos y obligados á ceder palmo á palmo los territorios que les pertenecían, se arremolinaba á veces y se tornaba sangrientamente agresivo. Como el huracán de la Pampa, que arrasa las viviendas á su paso, se desencadenaba el *malón*, aprovechando

(1) Arremetida de los indios contra las pequeñas poblaciones indefensas.

un descuido de la guarnición militar. Primero era una nube de polvo que aparecía en el horizonte y se acercaba; después un torbellino de acero del que surgía un gran rumor; y, por fin, una brumosa confusión de centauros desbocados que esgrimían flechas y lanzas, y entraban á las poblaciones en un vértigo de lucha, entre alaridos espantosos.

Los colonos se parapetaban en las calles, se acantonaban en las casas y disparaban sus carabinas contra los agresores... Pero éstos traían un empuje tan brusco, una impetuosidad tan irresistible en el ataque, que lo arrollaban todo... Se posesionaban del pueblo, hasta que venían refuerzos militares de la población más cercana, y, advertidos de su proximidad, se desvanecían en el llano. Pero durante los instantes que conservaban en su poder el villorrio, le imprimían la huella de su dominación como un jinete brutal hunde las espuelas en los flancos del potro recalcitrante.

En la atmósfera de pavor que difundía su llegada, los antiguos reyes de la región se libraban á la borrachera de su triunfo. Como las aguas de un mar que desborda, se infiltraban por todas las rendijas, lo cubrían todo y ahogaban bajo su número al pequeño grupo de europeos asombrados y medrosos... En rachas incontrarrestables, de las cuales brotaba un clamor de venganza contenida, forzaban las cerraduras, invadían las

casas, saqueaban los templos, violaban, mataban y destruían, como si aquella fuerza borracha trajera un hálito de disolución y de exterminio.

Eran hecatombes espantosas que hacían pasar un estremecimiento de horror sobre el país. La racha dejaba tras sí arroyos de sangre, montones de cadáveres, ruinas, miseria y aldeas en llamas, que eran como piras que levantabá el vengador de la raza en derrota.

Los caciques daban á sus huestes plena libertad de acción. Y terminado el saqueo, en la niebla del crepúsculo, cuando todo tenía en la aldea devastada las huellas de la perturbación que la había conmovido; cuando las jaurías salvajes habían entrado por todas las puertas y habían paseado sus armas ensangrentadas sobre el acatamiento horrorizado de las gentes; cuando el hijo de América, en una crispada resurrección de los orígenes, había vengado una vez más la amarga humillación de su pueblo, el grupo dantesco de centauros desgreñados, de donde surgían las cabezas de algunos colonos clavadas en la punta de las lanzas, se alejaba tierra adentro, llevándose en su torbellino los rebaños, el dinero y las mujeres hermosas, hasta perderse de nuevo en la obscuridad de la noche.

Largacurá era el caudillo que más aterrorizaba á los habitantes de la fértil pero salvaje región que se extiende al sur de la provincia de Buenos

Aires, lindando con la Patagonia. Nunca habían podido dar con él las numerosas expediciones militares que habían salido en su busca. Su tribu acampaba unas veces en las grietas de los cerros, otras en los grandes matorrales inexplorados, y siempre conseguía escapar á la persecución del ejército. Cuando las fuerzas que le atacaban eran débiles, solía aceptar el combate; pero casi siempre desaparecía en la llanura, como si la tierra amiga, como si la tierra madre, se abriese bajo sus plantas para salvarle del invasor. Y las coléricas expediciones cargadas de represalias que el colono aterrado lanzaba tras las huellas de la sangrienta hueste, se veían burladas por la fría habilidad y el conocimiento del terreno de que daban prueba los indios.

Cuando, con las artes de siempre, *Largacurá* utilizó un instante propicio y desencadenó sus hordas sobre la pequeña aldea donde trataba de rehacer la fortuna perdida en Montecarlo el conde de Renaudy, éste puso en juego su iniciativa, su resolución y sus estudios de Saint-Cyr para salir del paso. Así que se oyó ese rumor de abejas que precede al ataque de los indios, de Renaudy reunió precipitadamente á sus vecinos más próximos, armó á algunos, alentó á los que vacilaban, organizó á todos y se atrincheró en la pequeña habitación.

De Renaudy estaba allí desde hacía seis meses,

consagrado á la cultura de sus vastas plantaciones en compañía de su mujer, una abnegada compañera que, habiendo sufrido mucho con las trapisondas de su marido, se felicitaba casi de aquel destierro obligado, y con su hija René, una traviesa rubia de diez y ocho años, nacida en París, que suplía con elegancia lo que le faltaba de hermosura.

De Renaudy había aceptado la situación provisionalmente, esperando ganar en pocos años el dinero indispensable para volver á reanudar su tren de vida. Aquel hombre, habituado al lujo y á las fiestas, no se resignaba á la monotonía laboriosa y á la triste solemnidad de las Pampas. Echaba de menos el bulevar, el club, las emociones de la existencia parisiense.

Su mujer, en cambio, se había adaptado casi en seguida al aislamiento y á la tristeza de las nuevas costumbres.

Pero, contra todas las previsiones, la que menos contrariada se mostraba, la que había aceptado la situación con más franco buen humor, era René, á quien había fascinado el exotismo y las sorpresas que emanaban de la región y del medio. La juventud de René, ahogada primero en un colegio religioso donde todas eran prohibiciones, trasplantada después á la atmósfera meticulosa de una sociedad arcaica, saltaba y se desperezaba al sol en aquella tierra libre donde podía imponer ca-

rreras locas á su caballo, vestir á su antojo y gritar hasta enronquecer en los campos vacíos donde nadie podía oirla. Además su poca edad no le dejaba sentir todavía ese apresuramiento por gozar y y aprovechar las horas, que sólo viene después, cuando comenzamos á contar los años. René estaba en pleno triunfo de la savia y no pensaba en saraos ni en trajes. Los ejercicios físicos á que se libraba habían acabado por virilizar en cierto modo su naturaleza y era una muchacha sana, llena de vida, de ojos azules y tez blanca, con un rayo de sol en los cabellos y un chispazo de aurora entre los labios.

Así que comprendió la situación y vió los preparativos de lucha, reclamó un puesto junto á su padre, armó su carabina, dió consejos útiles, sembró la confianza y se dispuso como los demás á defenderse.

Los ocho peones que Renaudy ocupaba en la hacienda no tenían más arma que sus cuchillos. Además, no se mostraban muy afanosos por secundar la resistencia de los extranjeros á quienes apenas conocían. El nombre de *Largacurá* tenía para ellos cierto prestigio inconfesado. Y á la atávica simpatía por la vida de aventura del célebre cacique, se unía en ellos una sorda hostilidad contra los intrusos. Renaudy sabía que, en el desorden de la pelea, sus hombres desaparecerían para no volver más. En aquella tierra clásica de

la aventura, los peones eran también aventureros como *Largacurá* y como él mismo. De suerte que no se hizo ilusiones sobre el apoyo que le podrían prestar. Sólo confiaba en los cuatro colonos que se habían unido á él. Por lo demás, los acontecimientos fueron tan rápidos que apenas tuvo tiempo para vislumbrar todas estas cosas. Los indios habían entrado ya á la población...

Por las lamentaciones, por los gritos y por el estruendo, Renaudy y los suyos seguían la marcha del peligro... Uno de los colonos se había izado sobre un armario, y por una lumbrera observaba los movimientos del invasor. Pero una flecha perdida vino á clavarse junto á él y desertó del observatorio... Entonces quedaron librados á conjeturas, en espera ansiosa..., creyendo ver empezar á cada instante la carnicería. Porque así como otras tribus eran generosas y se contentaban con míseros latrocinios, la de *Largacurá*, que era inflexible y guerrera, llevaba las cosas á sangre y fuego, creyendo vengar así, según decían, á un hijo del cacique que había sido fusilado por los soldados de la República.

Nada más espantoso que esos minutos mortales en que todos esperaron con las manos crispadas la arremetida de la turba. La habitación en que se habían encerrado era un comedor cuyas ventanas miraban al camino carretero, al borde del cual se alineaban las escasas viviendas de los atrevidos

pobladores. De Renaudy quiso ver lo que pasaba en la calle y asomó la cabeza por la rendija... Era lo que él había previsto... La escasa guarnición de la aldea, vencida y arrollada por la avalancha salvaje, había quedado reducida á un puñado de soldados heridos que se arrastraban á lo largo de las casas. Los indios eran dueños de la población. Si no llegaban refuerzos del fortín cercano la catástrofe sería definitiva.

Entonces decidieron atrancar las puertas y las ventanas con los muebles. Pero antes de que tuvieran tiempo de poner el pensamiento en acción, un empuje incontrarrestable hizo saltar la puerta en astillas y, en medio del clamor y la polvareda, apareció un racimo de caras terrosas y piqueteadas...

Fué un vértigo. Los colonos descargaron simultáneamente sus armas y tres indios se derrumbaron entre el humo. Pero los demás siguieron avanzando y se trabó una lucha cuerpo á cuerpo en la que cada cual trató de defenderse á su manera. René, con las ropas desgarradas y el seno desnudo, había cogido su carabina por el cañón y se debatía como una fiera, asestando golpes terribles... Dos colonos rodaron, apretándose el pecho por donde les salía la sangre á borbotones. La mujer de Renaudy, herida en la cabeza, agonizaba en un ángulo de la habitación. Muchos indios habían caído también. Pero parecía que por

cada uno que quedaba fuera de combate surgían diez más. La abertura hecha en la puerta era como la salida de un hormiguero. De Renaudy, herido en el brazo derecho, se defendía con el izquierdo, empuñando valerosamente un sable que abría grandes brechas en el enjambre cobrizo de los indios encarnizados. Sin embargo, llegó un instante en que no pudo más y, sin abandonar la defensa, trató de intentar una fuga por la ventana que daba al campo. Paseó los ojos en torno, buscando á los demás para indicarles ese medio de salvación... Entonces fué cuando comprendió la magnitud de desastre... En el desorden espantoso de la habitación vió los cadáveres de los colonos que yacían sobre las baldosas; vió á su esposa bañada en sangre, agonizando en un rincón; y, peor que todo aún, no vió á su hija.

— ¡René! — gritó, dominando con su voz estentórea el clamoreo de los indios que, al verle vacilar, le acosaban de más cerca y trataban de ultimarle.

Pero ninguna voz respondió á la suya.

Entonces adivinó lo que había pasado... Se la habían llevado cautiva... Y como si en el desmoronamiento de sus esperanzas y de su vida cobrara su organismo rebelde el vigor de un cíclope, arremetió ciegamente contra todos, sin atender á la defensa, tratando de abrirse un camino.

— ¡ René ! — volvió á gritar con la desesperación de un náufrago.

Pero esta vez no tuvo tiempo para saber que René no le contestaba.

Arrollado y envuelto en un torbellino formidable, cayó acribillado de lanzazos y de golpes de maza...

Entonces los indios se desparramaron por las habitaciones lanzando alaridos extraños y abriendo estrepitosamente todas las puertas. Vaciaron los cajones de los muebles, rompieron los espejos, hicieron grandes atados con las cosas de algún valor, y salieron otra vez al camino, donde se reunieron con los demás en grupos impetuosos y alborotados.

Pocos minutos después, bajo la azulada claridad de la luna, sólo se vió en el llano una gran masa de sombra que galopaba vertiginosamente hacia el límite, y sobre la devastación de lo que fué la aldea civilizadora, las grandes lenguas rojas del incendio, que cundían y se multiplicaban, haciendo más inexorable y más definitiva aún la obra de la muerte.

* * *

El rapto de René se consumó según el sistema de siempre. Después de atarle las manos, los indios la colocaron sobre el caballo de un hijo del

cacique. Éste la pasó un brazo alrededor de la cintura, cogió las riendas, y, reunidos todos, encabezó la huída hacia los lejanos refugios ignorados donde los antiguos reyes de la Pampa escondían su indómita fiereza.

Durante la carrera, examinó á la mujer que llevaba en sus brazos. René, vencida por el horror de lo que acababa de ver, se había desvanecido, y su cuerpe flexible, reposaba sobre el indio que la estrechaba blandamente. *Sitlan*, que tal era el nombre del hijo del cacique, no había visto jamás tanta delicadeza en un cuerpo de mujer.

Le desató las ligaduras... Examinó la cabeza blanca y rubia, le vió sangre en la frente, y se la enjugó con su pañuelo empapado en perfumes indígenas... La herida era insignificante; pero la envolvió y la ató con un lienzo. Y como aquellos labios pálidos y marchitos le inspiraban una tentación violenta, el guerrero vigoroso y audaz, salpicado de sangre y de lodo, se inclinó sobre ellos y los besó dulcemente, como si temiera despertar á un niño dormido.

Sitlan era un atleta bronceado, lleno de gallardía y de nobleza. Su mirada luminosa y franca, sus rasgos regulares y su bigote naciente, le daban no sé qué aspecto superior, que infundía á un tiempo respeto y simpatía. Cuando robó el beso, sus ojos adquirieron una extraña expresión de dulzura.

Y fuese el roce de los labios, fuese el perfume violento del pañuelo, René comenzó á despertar y á abrir los ojos... Primero los paseó en el vacío, como si no se diese cuenta de las cosas ó continuara sumida en la placidez de un sueño. Después los fijó en el hombre que la tenía en sus brazos... Sus facciones se contrajeron horriblemente... Por sus ojos pasó un ala de locura... Y levantando sus manos, crispadas de terror, como si quisiera desgarrar el viento, lanzó un alarido espantoso, un llamado á la naturaleza, que retumbó en la noche... Después emprendió una lucha desesperada para desasirse y escapar... Sus uñas se clavaron en la piel del indio, sus dientes pugnaron por morder... Pero *Sitlan* la contuvo sin esfuerzo... Cuando René vió que era inútil tratar de huir, una bocanada de muerte le entró al corazón, la angustia le subió á la garganta, y estalló en sollozos rápidos y sordos, víctima de una crisis de nervios... Pero mientras ella seguía llorando en brazos de *Sitlan*, el caballo devoraba las distancias, seguido por el gran grupo mezclado de jinetes silenciosos cargados de botín, que hacían brillar sus armas bajo la luna...

La Pampa extendía sus llanos inmensos bajo el cielo, acribillado de estrellas... No se oía más rumor que el que producían los cascos de los caballos sobre la tierra reseca. Y la noche y la soledad, dueñas del horizonte, dueñas del mundo y

del espacio, envolvían á la caravana como en una atmósfera de misterio...

. . . .

Pocos instantes después, los caballos, cubiertos de sudor y puestos al paso después de la larga carrera, abrían sus anchas narices ante el benéfico frescor de la noche. Los guerreros, á cubierto ya de toda persecución, encendían sus cigarrillos y conversaban en grupos, con una melancólica lentitud que estaba en armonía con el paisaje. René sintió, como los demás, la solemnidad de la hora y del sitio. Interrumpió su llanto para mirar la vasta extensión que se alargaba sin fin, como una muerte. Los indios le infundían menos pavor que aquella soledad... Después trató de darse cuenta de lo que había ocurrido... Sólo recordaba escenas truncadas de los primeros instantes del entrevero...La razón le volvió poco á poco... Entonces irguió la cabeza y preguntó:

— ¿Dónde está mi padre?

Sitlan hizo un gesto sombrío, que parecía simbolizar la amargura de la fatalidad, y apresuró el paso de su caballo.

Pero René repitió su pregunta con una ansiedad creciente, y el indio se vió obligado á mentir.

— Viene detrás de nosotros; lo verás en seguida — contestó en buen español.

— ¿Y mi madre?

— También...

— ¿Estaremos prisioneros mucho tiempo? — preguntó, algo repuesta, después de lo que acababa de oir.

Entonces *Sitlan* sintió la necesidad de decir lo que le había preocupado durante el camino...

— Ellos sí... — contestó con tristeza, — pero tú no...

René le observó con atención, porque había creído sorprender en aquel hombre una mirada nueva.

Sitlan completó su pensamiento.

— ... Si quieres ser mía.

La indignación de René no pudo desencadenarse, porque habían llegado á las cuevas que servían de guarida á la tribu, y todos bajaban de los caballos y se entrechocaban en la sombra, asediados por las mujeres y los niños, que les saltaban al cuello y les hablaban en una lengua desconocida. Al resplandor de las antorchas, aquella multitud del color de la tierra, que se apiñaba en subterráneos, parecía un enjambre de fantásticos insectos que horadaban el planeta en la media luz de una pesadilla.

René volvió á sentir que se le saltaban las lágrimas.

— ¿Y mi padre? — preguntó de nuevo, sospechando que la querían engañar.

Pero *Sitlan* le dió tales seguridades, le hizo

tantas promesas, que acabó por serenarse...

Por orden del hijo del cacique le tendieron un lecho de piel de tigre, le ofrecieron de beber... y, después, René misma no supo lo que pasó; pero el viaje, las emociones de la jornada y el agotamiento de sus nervios, acabaron por embotarla, y se quedó dormida.

Cuando despertó al amanecer, *Sitlan* estaba frente á ella, sentado respetuosamente á cierta distancia, como si aguardara y temiera al mismo tiempo el instante en que abriría los ojos. René recordó la proposición de la noche anterior, y se irguió resueltamente.

— Quiero ver á mis padres — dijo con energía, mirando en los ojos á *Sitlan*.

Éste comprendió que era necesario echar mano de otros recursos, y le contó una historia, según la cual, De Renaudy y su mujer habían sido llevados por error al campamento de otra tribu; pero « como no estaban lejos, no tardarían en venir ». René exigió que la llevaran á donde estaban. El hijo del cacique invocó nuevos pretextos. Y se enredaron en una discusión, que ella hacía agresiva, comprendiendo el dominio que empezaba á ejercer sobre aquel hombre. Él contestaba con bondadosa humildad, porque sentía por la extranjera ternuras desconocidas. Por fin, acosado en sus últimas posiciones, sintiéndose perdido ante la fuerza avasalladora de los dos ojos

azules, acabó por prometer que la llevaría así que cayera la noche.

René aprovechó la ventaja para seguir atacando.

— ¿Qué mal te habíamos hecho nosotros? — le dijo — para que te lanzaras sobre la población y la devastaras toda?...

El hijo del cacique sonrió como si escondiera un secreto amargo. Luego hizo un gesto altivo y se resolvió á contestar.

— Mis abuelos fueron asesinados y despojados por los tuyos — pronunció lentamente, lanzando las sílabas como flechas...

En la manera como el indio dejó caer estas palabras, René vió más resignación que odio. Parecía que aquel hombre soportaba una ley que se sentía incapaz de sacudir... Entonces René no quiso continuar hostilizándole y trató de saber el nombre del sitio en que se encontraban. Pero *Sitlan*, tan dócil momentos antes, se negó enérgicamente á pronunciar una sílaba. René lloró. El indio hizo cuanto pudo por consolarla. Y de la lucha de sentimientos, nació la confesión inevitable.

— Entre tu raza y la mía — dijo el hijo del cacique, como si hablara, más que para René, para su propia conciencia — hay grandes rencores acumulados. Ellos nos persiguen y nos expulsan de nuestro territorio; nosotros desbaratamos sus

ciudades en formación... No somos ni más ni menos injustos, ni más ni menos sanguinarios. Pero ahora que me siento atraído hacia ti, ahora que veo que brotan en mi corazón no sé qué cosas nuevas, quisiera borrar ese pasado y recomenzar la vida... Yo soy el hombre rudo y primitivo que guarda en los campos inexplorados, junto á la naturaleza virgen, el último secreto de lo que fué... Tú eres de otra esencia... Pero te adoro y te deseo, quizá por eso mismo, porque me traes aromas de otra región... Si quieres, serás la reina de nuestra tribu nómada.

Y el atleta tenía, al hablar así, una sonrisa medrosa de niño tímido.

René le miró realmente por la primera vez. Hasta entonces le había considerado como una abstracción. Los ojos brillantes, la tez pálida, el porte al mismo tiempo tímido y marcial de aquel guerrero que suplicaba, la interesó un instante. Pero su angustia renació de pronto, sin saber por qué... Una agitación vivísima se apoderó de su espíritu. ¿Dónde estaban sus padres? Quería verlos en seguida. ¿Por qué la tenían lejos de ellos?

Entonces comprendió el partido que podía sacar de la pasión de *Sitlan*.

— Si quieres que te conteste — repuso, — llévame á donde están mis padres... Mientras me sigas separando de ellos, serás mi enemigo.

En la fisonomía de *Sitlan* se dibujó una pali-

dez de ajusticiado. Todo su rostro expresó una emoción indecible. René temió un acceso de cólera.

— Devuélveme á mis padres; después conversaremos — añadió, creyendo dar así una esperanza y calmar lo que ella suponía el despecho del hijo del cacique.

Pero éste había caído en un abatimiento singular. Sus ojos se clavaron en la tierra, como si buscaran las huellas de alguien. Después se alejó sin decir una palabra, sombrío y pausado...

René creyó que había llevado su rigor demasiado lejos, y le hizo llamar. Aquella niña de diez y ocho años tenía una serenidad, una audacia y una persistencia en las ideas que sólo podía explicarse por la vida libre que había llevado durante los últimos tiempos, y por los atavismos imborrables de una raza de luchadores. Pasada su crisis de desesperación, sólo pensó en reunirse con los suyos, y persiguió esa idea aprovechando todo lo que podía serle favorable.

No le convenía indisponerse con *Sitlan*. Su salvación dependía de él. Por eso decidió hablarle de nuevo para borrar la impresión de sus palabras.

Cuando el indio reapareció, René le tendió la mano.

— Mira — le dijo, como si después de reflexionar se decidiera á una confesión atrevida, — haré

lo que tú quieras; pero déjame besar antes á mis padres...

Sitlan apretó la mano entre las suyas, y, por toda respuesta, llamó á un indio y le ordenó que trajera tres caballos.

— ¿Partiremos en seguida?—preguntó René, ahogada por la sorpresa.

— En seguida — repitió *Sitlan*.

Pocos minutos después, René y *Sitlan*, escoltados por un indio fiel, comenzaban á galopar de nuevo por las Pampas.

Bajo el sol radioso, en la esplendidez del día, los caballos relinchaban y sacudían las cabezas, como si sintiesen la felicidad de vivir. Pero los jinetes no parecían notar aquella lluvia de oro. *Sitlan* pensó primero en su fuga de la noche anterior, en medio de la obscuridad, con René en brazos como si se llevase un paraíso, y después en aquellos cadáveres sacrificados torpemente, que se vengaban ahora separándole de la mujer á quien quería.

René siguió todo un hilo de inducciones para imaginarse lo que había pasado en la granja. Cuando *Sitlan* la tomó en brazos y se la llevó, todos quedaban con vida. Su padre se defendía con tesón. Los soldados del fortín debían haber llegado á tiempo. Por eso habían huído los indios. Era la explicación más lógica...

Como *Sitlan* no despegaba los labios, hizo una pregunta:

— ¿A qué hora llegaremos? — dijo, casi alegre, ante la perspectiva de la libertad.

— Dentro de tres horas.

— ¿Y á dónde vamos?

— A ver á tus padres...

— Sí — repuso René sonriendo; — pero, ¿dónde están?

— Bajo el techo de la casa — concluyo el indio con una una voz cavernosa y triste.

René sacó en consecuencia que *Sitlan* estaba enfadado...

Hasta entonces habían corrido por un campo inculto y salvaje por donde parecía que jamás habían pasado caballos... Cuando encontraron la primer huella de herraduras, *Sitlan* indicó con un gesto que debían detenerse.

— Aquí debemos separarnos — dijo con voz tenue, mirando hacia el horizonte: — ¿ves esas marcas que ha dejado en la tierra, humedecida por las últimas lluvias, el paso de un jinete? Sigue por ellas, y llegarás...

René titubeó un instante, creyendo que tanta ventura era un sueño. Pero el hijo del cacique insistió:

— El camino es seguro; no puedes perderte...

Y luego, como si cediera á la tentación de hablar de un imposible:

— Si quieres volver á verme, ven hasta este sitio y deja una flor. Será una señal. Yo saldré á buscarte á donde estés. Y volveremos á huir de noche, bajo las estrellas, por la Pampa, cortando el viento...

René sintió frío en las espaldas, y se alejó al galope, sin atinar á despedirse. Cuando estuvo lejos, volvió la cabeza... El indio la seguía con los ojos, como si la acechara aún. Entonces la acometió un vértigo de miedo, y apresuró á su caballo...

La tarde comenzaba á caer, y en el cielo surgían los primeros puntos luminosos... La tierra tomaba un color gris bajo el crepúsculo, dueño ya del horizonte... Una racha de aves obscuras flameó como una gran bandera sobre el paisaje... Sus graznidos se prolongaron hasta muy lejos, en la soledad...

René siguió galopando hasta que la envolvió la noche...

De pronto creyó ver unas luces.

Pero no eran las luces fijas de las ventanas de las casas, sino unas luces inseguras que pasaban de un lado á otro, como si en vez de lámparas fueran teas. Al principio lo atribuyó á un espejismo... Después se convenció de que no era así. Llegó hasta percibir la silueta de los hombres que pasaban... Iba á castigar á su caballo para enterarse más pronto de lo que había, cuando una

voz militar la detuvo, y un soldado, con la bayoneta calada, se adelantó á reconocerla... Cuando vió que era una cautiva que volvía á la población, la acompañó hasta la tienda del oficial que mandaba el destacamento.

El oficial era Julián Ramírez, un amigo de la familia de Renaudy, con quien René había bailado alguna vez en las escasas reuniones familiares que celebraban los colonos.

Julián Ramírez arrojó su cigarrillo y miró á René, como si dudase de lo que estaba viendo. Su rostro tomó después una expresión dolorosa... Pero René no se apercibió de nada y le aturdió con sus preguntas: ¿qué había pasado? ¿dónde estaban sus padres?...

Ramírez llamó á un soldado y le dió una orden inútil para ganar tiempo hasta encontrar qué responder...

— Están heridos — dijo, evitando la mirada de René.

Pero ésta se desató en sollozos.

— Vamos, vamos en seguida — clamó, cogiendo al oficial por el brazo.

Éste se resistió. Entonces ella adivinó la verdad en un relámpago...

— ¿Han muerto? — gritó con una voz rara de demente.

Y echó á correr, en la noche, entre los escombros...

Muy pocas casas habían quedado en pie. Las más habían sido destruídas completamente por el incendio. En cuanto á los colonos, los que no habían perecido estaban en el fortín, transformado en hospital y en asilo.

René adivinó todo en un minuto, y corrió, cayendo y levantándose entre las ruinas, hacia el sitio en que había existido la casa de Renaudy. Ramírez la siguió, temiendo una nueva desgracia...

La noche era hermosísima, y el cielo, lleno de estrellas, parecía mirar impasible la desolación de los hombres. Sobre los escombros, en grupos, trabajaban los soldados, extrayendo cadáveres...

René se detuvo de pronto, y miró á su alrededor, con los ojos muy abiertos y muy fijos, como si hubiera perdido la razón... De pronto vió algo que la hizo estremecer... Sobre una pila de ladrillos rotos y de maderas á medio quemar estaban extendidos dos cadáveres... No fué un grito, sino un sonido extraño lo que se escapó de su boca... Se arrojó sobre los despojos sangrientos de aquellos á quienes tanto había querido... Después se sentó sobre las piedras, como una esperanza que viene á llorar sobre una tumba... Y en una insurrección de todas sus fibras, levantó los brazos al cielo y lanzó una carcajada que hizo temblar á las estrellas...

Ramírez la cogió por el brazo y trató de alejar de allí á la pobre loca...

CUARTO INTERMEDIO

— No sé si es porque todo lo someto á una idea fija, pero se me antoja que tu cuento es un símbolo de los desengaños.

Al decir esto, Manón sintió brotar una lágrima y la enjugó á hurtadillas.

El sol, que anunciaba lluvia, se había tornado blanco y rompía extrañamente la monotonía del cielo gris que se alargaba sobre el bosque mudo...

— Fantaseo desgracias — continuó Manón pensativa; — imagino que el mundo se va á abrir como un estuche para dejarnos caer dentro á los dos... Sé que, para tener el denuedo de vivir, es necesario resignarse á la incertidumbre y á la movilidad de la vida. Sé que...

— Ambos sabemos lo que llora en un adiós, — interrumpí; — tregua á la angustia. ¿Quiéres oir otras voces de mi rincón de América?

QUINTO CUENTO

Cuando el pobre Giovanni se encontró solo en aquella lejana aldea en que los indios formaban casi la totalidad de la población, creyó ingenuamente que había llegado su último instante.

Lo que en Europa se cuenta de América, la inquietud de una larga travesía, los contratiempos de la llegada, el natural desagrado que trae el cambio de medio, y la impresión que le producían las costumbres y el nuevo aspecto de la vida, le sumieron en un estupor que acabó por absorberle y por marearle. Había venido resuelto á todo. La miseria era tan dura en sus campos napolitanos, que poco creyó arriesgar al atravesar los mares. Pero no había previsto la existencia pavorosa y singular de las Pampas, el silencio terrible de sus noches y, sobre todo, el aspecto impetuoso y siniestro de aquellos indios desde-

ñosos que limpiaban sus largos cuchillos afilados sobre la caña de la bota.

Lo que en los comienzos fué temor, se convirtió en miedo en seguida. Giovanni soñó con grandes cabalgatas de malhechores que galopaban por el llano blandiendo picas ensangrentadas. Todo lo que había oído contar resurgió confusamente en su memoria. Y las escenas de violencia y de sangre se amontonaron en su pobre imaginación de hombre primitivo, perdido en un país ignorado.

Los que más le intimidaban eran los peones de la hacienda donde comenzó á trabajar. Esos hombres pendencieros y rudos que se empeñaban á cada instante en luchas irrazonadas, que desafiaban con los ojos y que tenían mil proverbios para zaherir al recién llegado, le inspiraron un recelo profundo. Los evitaba siempre que podía. En las horas de siesta se alejaba solo, por la llanura, caminando sin rumbo y volviéndose á cada instante para ver si le seguían... Y no es que Giovanni fuese cobarde; pero su timidez y sus nervios, desequilibrados por las emociones, le hacían multiplicar los peligros y exagerarlo todo. Además, se sentía humillado en un medio donde le llamaban «el gringo» y le trataban como á cosa de poco valer...

El que le infundía verdadero terror era Luna, el capataz, un hombrachón muy ágil, que saltaba

sobre los potros á la carrera y dominaba la fuga de los toros con la potencia de su lazo. Y era porque cuando Luna se encontraba con Giovanni, le ponía la mano en el hombro, le tiraba familiarmente de la barba, y en el dialecto peculiar de los gauchos le enderezaba una serie de pullas que todos subrayaban con grandes risas. Giovanni comprendía que era menester tomarlo á broma, y reía con los demás... Pero su corazón rebosaba de angustia. Y los otros, que adivinaban su sensibilidad, se divertían con ella.

Todo hubiera seguido del mismo modo hasta quién sabe cuándo, sin unas joyas que extravió el dueño de la hacienda. Parece ser que, durante una tarde que pasó fuera de la casa en las tareas de costumbre, desaparecieron de su dormitorio unas sortijas de escaso valor. Esto bastó para revolucionar toda la propiedad... El amo dió grandes voces, llamó á toda la gente á su servicio y, en medio de la consternación general, comenzó á interrogar á unos y á otros con palabras entrecortadas de amenazas y juramentos.

Por de pronto, el capataz y una buena parte de los peones estaban fuera de la sospecha, porque habían trabajado toda la tarde bajo los ojos del dueño de la *estancia*... Éste los reconoció, los nombró y los puso de lado... De los demás, seis habían pasado el día en el maizal, que estaba á gran trecho, en el confín de la posesión, y dos

habían sido enviados, el día antes, á la ciudad vecina y no habían vuelto aún. No quedaba más que Giovanni.

El hacendado Ramírez se mordió el bigote.

— ¿Qué ha hecho hoy Giovanni? — dijo, dirigiéndose al capataz.

El indio dudó un momento, como si supiera que lo que iba á decir era fatal para el desgraciado...

— ¡Habla! — intimó la voz dura del amo.

— Pues... como le gusta estar solo, le di á componer unos arreos y se quedó sentado en el corredor, junto á la puerta de la casa... pero yo no creo que *haiga* sido él — se ãpresuró á completar con nobleza, temiendo acusar á un inocente.

Ramírez hizo registrar los bolsillos de Giovanni, y como no se le encontró nada, dispuso que le ataran las manos y le condujeran al puesto de policía rural de la aldea más próxima... El capataz y otro peón enjaezaron los caballos, y las tres monturas salvaron la tranquera y galoparon por el campo sin límites... Durante el viaje, que duró cinco horas, Luna trató de consolar á Giovanni, diciéndole que aquello se arreglaría, que no tuviese inquietud, y que, puesto que era inocente, bien pronto le pondrían en libertad. Pero el hombre estaba tan abatido, que apenas podía tenerse sobre el caballo.

Cuando se vió en el calabozo, se echó á llorar.

Y pasada la crisis de lágrimas, comenzó á medir el horror de su situación. Se vió solo y desconocido en un país nuevo, sin un pasado que hablara en su favor, sin un amigo que certificara su conducta. El comisario de policía le había tratado como á un malhechor vulgar, y el sargento de servicio le había llevado á golpes hasta su encierro. Aquellos hombres blancos de aspecto europeo comenzaban á infundirle más pavor que los indios del primer día. Los cónsules de su país estaban en las ciudades, muy lejos de la Pampa... ¿Qué iba á ser de él en tal conflicto?... Comprendió su debilidad ante la avalancha de leyes, de autoridades, de castigos que le amenazaban... Ni noticia tenía él de tales joyas. ¿Pero cómo probar su inocencia?... A fuerza de remover estos pensamientos, cayó en una desesperación febril.

Cuando el capataz vino al cabo de una semana á traerle ropas y consuelo, Giovanni le estrechó fuertemente la mano. Ya no tenía él miedo á los indios. Luna y los demás gauchos eran bruscos y provocadores, pero sanos en el fondo. Los que le hacían temblar eran los autoritarios administradores de la justicia, los depositarios de la ley, que, sin pruebas, sin dato ninguno, le acusaban y le recluían.

Cuando el capataz se fué, Giovanni volvió á sumirse en su desconsuelo. Pero á los pocos instantes entró un delegado de la justicia á tomarle

declaración, y, en uno de esos bruscos saltos de la esperanza, el hombre se creyó salvado.

— Éste me comprenderá — se dijo en su inocencia primitiva.

El desengaño no tardó.

— ¿Dónde ha escondido usted las alhajas? — le dijo bruscamente el hombre de la ley.

Giovanni trató de explicar en su jerga extranjera, matizada con modismos del país, lo que verdaderamente había pasado. Él no sabía nada. Le habían atado las manos y le habín traído allí, acusándole de un robo que no había cometido.

Pero el delegado había oído muchas veces las mismas protestas.

— Todos los ladrones dicen lo mismo — repuso; — ya veremos ante los jueces. Mañana le conducirán á usted á Gualmaré para juzgarle.

Y Giovanni creyó que todo estaba perdido... Así que se quedó solo, se arrodilló en la soledad de la celda y sacó de entre los pliegues de su camisa una medallita de bronce que besó entre lágrimas... Después... después no se sabe lo que pasó. Lo cierto es que cuando el guardián entró al anochecer al calabozo para traerle el pan y el agua, le creyó dormido.

— ¡Eh, Giovanni! — le gritó, empujándole con el pie.

Y como el hombre no se movía, le iluminó con la linterna... Entonces comprendió que estaba muerto. Lo peor fué que el mismo día en que enterraban á Giovanni, se descubrieron las alhajas detrás de un mueble. Son las travesuras del destino... ¡Cuántos Giovanni han sido aplastados por él!

QUINTO INTERMEDIO

— El destino es una palabra que sirve para cubrirlo todo... Muy á menudo ocurre que lo llevamos dentro y nace de nuestra voluntad más ó menos consciente... ¿Por qué nos vamos á separar nosotros ahora?... ¿Nos atreveremos á llamar Destino á nuestra inquietud?... Tu sed de aventuras, de devaneos y de gloria, ¿deriva acaso del destino?... ¿Mi ambición de bienestar y de lujo también?... Busquemos juntos la verdad... ¿Nos *separan* ó nos *separamos?*... Yo creo que vale más la franqueza... El destino es una de las hipocresías de los hombres... Al ceder á nuestros vicios, nos agrada dejar suponer que nos impelen fuerzas incontrarrestables... En el fondo, en el último fondo, bien sabemos nosotros á qué atenernos...

Los árboles inmóviles, sumidos en la terque-

dad de las cosas, parecieron estremecerse para aprobar aquellas palabras obscuras...

— Sólo la muerte... — murmuró Manón, después de un silencio...

— ¿Deseas huir tan pronto? ¿Qué harías allá?...

— Y ¿qué hacemos aquí, pobre amigo?... ¿Qué muerte puede ser peor que la vida?

Las hojas secas seguían cayendo en torno de nosotros...

Cogí unas pocas en el hueco de la mano.

— Aquí están las épocas — dije á Manón: — ¡cuán poca cosa es un puñado de polvo!... Pero tratemos de poner la proa hacia otras playas...

SEXTO CUENTO

Si te digo que ha muerto Perodin y que, después de un buen descanso en la *Morgue*, le han enterrado ayer tarde en el cementerio de Bayeux, no es porque Perodin haya sido ministro, ni diputado, ni periodista, ni siquiera guardia municipal, sino porque ese pobre viejo de setenta y ocho años, sin ser nada, fué mucho más que todo eso. Perodin fué la última curiosidad viviente de París.

La existencia moderna, ayudada por el progreso, viene nivelando y unificando las fisonomías, los trajes y los caracteres, hasta el punto de que nada es más difícil hoy que encontrar una personalidad original, un tipo. Por eso te voy á hablar de Perodin, que fué, para todo un público y durante diez años, más célebre que muchos inventores, que muchas actrices y que muchos políticos influyentes... Si deseas saber lo que hacia

ese feliz mortal, te lo diré sin circunloquios. Perodin era el « salvaje » de París.

En las ferias, en las fiestas nacionales, en todo lugar donde se reunían diez curiosos, surgía la silueta, indispensable y simpática, de ese industrial único que, mediante unas cuantas monedas, lanzaba alaridos grotescos y ensayaba bailes inverosímiles, imitando á su modo lo que no había visto nunca. Porque por una ironía desconsoladora que nos descubren los periódicos y que comprueba lo artificial de nuestra vida, el hosco salvaje en cuestión, nacido al borde del Sena, no había salido nunca de Francia.

A pesar de los cabellos enmarañados que le caían hasta los hombros, de la cara contraída, de los dientes amenazantes, del traje de piel de cordero y de los movimientos desordenados y febriles, aquel hombre, que amedrentaba á los niños, no era más que un amable filósofo marginal. Quizá se había desterrado de la vida para observarla mejor, y se había hecho salvaje como otros se hacen cómicos de la legua. Lo esencial, para él, era vivir. Pero basta indicar el expediente para dejar suponer un talento vivaz y una adivinación sorprendente de la *badauderie* de las multitudes...

Perodin debió pensar :

— Retenidos aún por sus atavismos, pero envalentonados y desdeñosos como el infante que

empieza á caminar, nuestros contemporáneos no se alimentan, moralmente, mas que de superioridades. Lo que tienen más desarrollado es el instinto de la comparación, y con él la vanidosa idea preconcebida de salir de ella victoriosos. Las pesadas maritornes normandas que consideran subalterno al japonés ágil é inteligente, y las inenarrables parejas de provincia que tiemblan y se azoran ante los elegantes hijos de Ceylán, estarán encantadas de poderme acariciar con sus desdenes. Porque, al disfrazarme de « raza inferior », les improviso á todos la jerarquía que les falta y ofrezco á cada cual lo que más aprecia el hombre : la satisfacción de proteger despreciativa y paternalmente... — « ¡ Qué lamentable antropófago ! » van á exclamar los discípulos del marqués de Sade. — « ¡ Desgraciada criatura ! » murmurará el jiboso ó el manco. — « ¡ Inteligencia muerta ! » fallará el idiota... Es innegable que voy á ganar muchísimo dinero y me voy á divertir enormemente... Porque mientras mi *barnum* eche los pulmones desde lo alto de la plataforma y grite : « ¡ entrad á ver al fenómeno !... ¡ es un salvaje cautivo !... ¡ acercaos !... ¡ no muerde, porque le tenemos sujeto con cadenas !... ¡ diez céntimos la entrada !... ¡ le veréis comer un perro vivo ! » mientras él catequice así á los bobalicones, yo me deleitaré con el salvajismo de los civilizados. Entre el público hallaré mandíbulas más

amenazantes, dientes más carniceros y cabelleras más hirsutas que las que me compondrán mi careta y mi *maquillage*. Tras una pirueta ó un rugido, me pagaré el espectáculo de la muchedumbre. Y cuando solicite el *pourboire*, como un oso, con el collar al cuello, no podré dejar de sonreir de la aventura... ¡Ah, señor público! ¿Estás tan cerca de la animalidad, que necesitas observarla en sus manifestaciones más burdas para tranquilizarte y convencerte de que has salido de ella?... Pues yo voy á procurarte ese placer; pero tú, en cambio, me vas á asegurar el pan esquivo...

Y Perodin debió añadir, porque era un filósofo :

— Si me supieran tan civilizado como ellos, no se acordarían de mí; para que me den de comer, es necesario que me crean salvaje...

La primera vez que le vi fué en la feria de Belleville. Era la una de la mañana; las luces comenzaban á extinguirse, y en el bulevar solitario reinaba esa angustia singular y esa devastación de los lugares por donde ha pasado la alegría.

Un hombre sonriente que bajaba de su *roulotte*, me empujó al pasar.

— *Pardon*. Las piernas me traicionan... No hay nada que fatigue tanto como ser salvaje.

Le invité al café.

— ¿Prosperan los negocios?

— No van mal. Gano lo necesario para comer y atascar la pipa.

— ¿Desde cuándo es usted salvaje?

— Desde que regresé á París hace cinco años... Antes ensayé varias ocupaciones... pero, carpintero, caballerizo ó vendedor ambulante, nunca conseguí comer dos veces al día...

— ¿Y es usted feliz ahora?

— Sí, aunque me duelen las piernas... Porque ha de saber usted que un salvaje no puede estarse quieto ni un momento... Tiene que saltar y caracolear, sin descanso, durante toda la representación... A veces me vienen ganas de bajar al teatrillo y sentarme en una butaca, como los espectadores... Pero ya se imagina usted los desmayos... Si el público se atreve á entrar, es porque sabe que estoy contenido por cadenas... ¡Es tan niño el público!

Entonces sospeché que aquel hombre debía haber reflexionado alguna vez.

— ¿Qué piensa usted de la humanidad, señor Perodin? — le pregunté.

— Que hay que pasarle la mano por el lomo, señor novelista — me contestó abiertamente.

Y tras un saludo meridional, nos separamos en la acera...

El responso de mi « salvaje » cabe en medio párrafo.

Resuelto, ingenioso y perspicaz, Perodin trató

de hacerse un hueco entre lo que le cercaba, y lo consiguió. Reprocharle su complacencia, sería pedir imposibles á un hambriento. ¿Quién no ha sido complaciente alguna vez, señores magistrados, ministros y emperadores?... Sin contar con que Perodin fué casi un benefactor. Mediante la subsistencia, regaló á la sociedad un tesoro de sensaciones. Militares, sirvientes, niños, ancianos, obreros, señoronas y mozalbetes, todo el público multicolor que se hacinaba ante la jaula en las noches de fiesta popular, bajo el estallido de las bombas de luz, tuvo alguna vez un escalofrío ó una sorpresa. Lo único que se le podría reprochar á Perodin, sería la desilusión que va á difundir ahora con su muerte. Porque cuando los que le ofrecían azúcar con la punta del bastón, sepan, por los periódicos, que había nacido en la rue de Flandre, se van á considerar defraudados. Pero el público, que tanto se burló de Perodin y le humilló tantas veces, ¿tenía también derecho á exigirle que siguiese bailando en cuatro pies hasta la tumba?...

SEXTO INTERMEDIO

Mi compañera sonrió tristemente.

— Hay hombres que, sin tener valor real, cobran una significación suprema á causa de lo que remueven y de lo que denuncian.

Y yo confirmé :

— Los árabes adelantan que se mide á los humanos por la sombra que les sigue; pero la frase es paradójica, porque la sombra varía con el sol, y la atención que conceden los contemporáneos no corresponde nunca al mérito del personaje que la suscita. « Váyase todo mi reproche », como concluía D. Juan de Mena. Que si los vendedores de productos para sacar las manchas, retienen á la multitud más fácilmente que los profesores de la Sorbona, no es porque la multitud tenga una mentalidad inferior, sino porque es de suyo despreocupada, irónica y enemiga de las cosas graves...

SÉPTIMO CUENTO

Nada más fácil de comprender que las razones por las cuales D. Gonzalo Fernández de Salazar formaba parte de la expedición que, en virtud de una ordenanza firmada por Carlos V, organizó D. Pedro de Mendoza. Lejos de ser un maestre de campo como Fernández de Ludeña, un alférez general como Juan Osorio, un capitán de la guardia como Galaz de Medrano, ó un alguacil mayor como Juan de Ayolas, D. Gonzalo Fernández de Salazar, segundón de una familia arruinada, era apenas un simple soldado de infantería entre los mil que partieron de San Lucas de Barrameda, á bordo de cinco naves gallardas, el 24 de agosto de 1535. Pero en D. Gonzalo Fernández de Salazar palpitaba el corazón más grande de Sevilla, y ello basta para justificar su decisión y este relato.

Los compañeros de Solís y de Gaboto, que lo-

graron regresar á España después de mil zozobras y aventuras, habían contado tantas maravillas sobre las riquezas del nuevo continente, que muchos jóvenes, deseosos de adquirir gloria y peculio, se alistaban en las diferentes expediciones que por aquel tiempo zarpaban con rumbo al « estrecho del Sur » ó al río inverosímil cuya riqueza en metales le había valido el nombre de Río de la Plata. España era por entonces un hervidero de empresas. Ebrias de dominación y de gloria, las poblaciones rivalizaban en iniciativas, y en cada ciudad surgían millares de hombres atrevidos y aventureros que, si vengaban con crueldad los azares á que se exponían, sabían jugarse la existencia como jugaban los maravedises. *Costura*, como llamaban á D. Gonzalo Fernández de Salazar sus paisanos á causa de una enorme cicatriz que le marcaba la cara, fué uno de esos bravos que, teniendo poco que perder, lo arriesgaron todo. Cuando se embarcó á bordo del *Trinidad*, juró no regresar á su tierra sino cubierto de oro y de laureles. Viejas heridas de amor propio y la natural impaciencia de los treinta años le empujaban á buscar un desquite contra la suerte adversa y á conquistar con su espada el sitio al sol que le negaban los suyos.

Durante los cuatro meses de navegación, *Costura* observó una conducta ejemplar y se mantuvo alejado de las sublevaciones que se encen-

dían y se apagaban, al azar del capricho, entre aquellos hombres turbulentos que se lanzaban al asalto de la fortuna y de la inmortalidad. Cuando Mendoza hizo apuñalar á Juan Osorio, afrentándole con el cartel de « motinero y traidor », nuestro héroe fué uno de los que se abstuvieron de opinar sobre el lance, arguyendo que había venido á conquistar un mundo y no á mezclarse en las rivalidades de los jefes. Esta altivez, que ponía de manifiesto su carácter y sus ambiciones, le granjeó muchas simpatías y algunos odios. Pero *Costura* tuvo una sonrisa y siguió hilando sus sueños y limpiando sus armas, como si en el mundo no existiera mas que América, la gloria, su espada y su arcabuz.

* * *

Después de cuatro meses de navegación, interrumpida por muchos trances y contratiempos, la expedición llegó al Río de la Plata. La conquista sondaba lo desconocido y abría al fin las puertas del porvenir. Tras innúmeras perplejidades y disputas, las naves se dirigieron á una ensenada que juzgaron propicia para fundar un establecimiento y que, en memoria de una imagen venerada en el barrio de Triana, bautizaron con el nombre de Santa María de Buenos Aires.

Costura fué uno de los trescientos infantes que

salieron á combatir con los indios acampados en actitud hostil alrededor de la expedición audaz, que ya se apresiaba á trazar el plano de la ciudad nueva.

— Ha llegado tu hora — se decía á sí mismo *Costura*, al internarse en las tierras inexploradas; — trata de no malgastar la ocasión y de pelear animosamente, que Sevilla tiene los ojos puestos en ti.

Porque *Costura* creía ingenuamente en su buena estrella, tenía confianza en el porvenir y llevaba la certidumbre de que todo debía salir á pedir de boca.

De ahí su desengaño al advertir que el primer encuentro no fué un triunfo. Los indios, que hacían la guerra de una manera imprevista y desconcertante, armados de picas, flechas y bolas arrojadizas, se presentaron en número cien veces mayor que los españoles; y como el jefe de la columna pereció en la demanda, los soldados, al mando de un lugarteniente, tuvieron que replegarse y volver al punto de partida.

Costura se dijo :

— Será para la próxima.

Y esperando tiempos mejores, contribuyó como todos á la edificación de la minúscula ciudad, hecha de paja y barro y rodeada por una ancha muralla de tierra que los indios destruían por la noche y que era necesario defender á todas horas.

Las penurias que sufrió á causa de la falta de víveres, no consiguieron quebrantar su carácter. *Costura* sabía que la gloria se compra cara. Cuando sus compañeros, diezmados por las enfermedades, debilitados por las heridas, desmoralizados por la hostilidad de aquella comarca, de donde todo parecía rechazarlos otra vez hacia el mar, se aventuraban á formular una queja, *Costura* se erguía y les echaba en cara su debilidad. Allí habían venido á luchar heroicamente; que regresaran al terruño los afeminados; los verdaderos hombres tenían que saber sonreir ante el dolor para honra de su rey y de su bandera.

Como las escaramuzas eran diarias, *Costura* tomó naturalmente parte en más de una. Y si las heridas que recibió no fueron graves, ellas le enseñaron por lo menos el mecanismo de aquella guerra nueva, le descubrieron los nuevos puntos vulnerables del indio y le familiarizaron con los procedimientos y los ardides de aquel enemigo fantasma que aparecía y desaparecía, sin dejar á los exploradores un instante de reposo.

— Ya llegará el momento de derrotarlos — se decía *Costura*.

Y armado de su optimismo, seguía defendiéndose del cansancio que comenzaba á desmoralizar á algunos de sus compañeros.

Las cosas se presentaban bastante mal. Después de haber sacrificado á Solís y á varios capitanes

de Gaboto, los indios habían declarado á los españoles una guerra sin cuartel, y don Pedro de Mendoza tenía que sostener luchas titánicas para procurarse víveres y rechazar los ataques frecuentes é inesperados que llevaban contra él las diferentes tribus coligadas para destruir la pequeña población y arrollarle hasta el mar. Aquel puñado de gigantes, perdidos en una tierra inexplorada, á millares de leguas del país natal, estaban realizando el imposible de tener en jaque á espesas hordas aguerridas que conocían el terreno y tenían la infinita superioridad del número. La situación se hacía cada vez más difícil. No estaba en lo humano prolongarla. Todos comenzaban á temer que de un momento á otro fuera indispensable abandonar la posición y volver á las carabelas que, acariciadas por la brisa, les saludaban desde lejos y les hablaban de la patria distante.

Todos, menos *Costura*.

Para él, aquello era cuestión de tiempo. Los españoles acabarían por derrotar definitivamente á los salvajes y por hacerse dueños del territorio. Las cosas no podían ocurrir de otra suerte. Si le hubieran escuchado á él... Pero *Costura* era un simple soldado, y no tenía voz ni voto en el consejo de capitanes.

Éstos, que estaban al corriente de los planes de los indios, abrigaban otra opinión. Sabían que los querandíes, los bartenes, los charrúas y los

timbúes preparaban un ataque formidable. Cuando Jorge Luján regresó de su expedición río arriba sin haber podido obtener víveres, los más optimistas comprendieron que la situación era desesperada. Pero aquellos semidioses de leyenda estaban acostumbrados á conversar con la muerte cara á cara, y esa misma noche tuvieron ocasión de probarlo.

Desde el anochecer se empezó á oir un rumor sordo que se robustecía y se acercaba... Los centinelas avanzados anunciaron grandes masas de indígenas que surgían de todos los puntos del horizonte y formaban como un gran anillo que se achicaba para ahogar la posición de los españoles. Éstos se apercibieron á la defensa. En la obscuridad de aquella noche terrible, debía desarrollarse una de las tragedias más espantosas que ha presenciado el nuevo mundo...

Primero una, después mil, las flechas untadas en grasa y encendidas comenzaron á caer sobre la minúscula población, incendiando los techos y destruyendo las habitaciones. Bajo una lluvia de llamas, ensordecidos por los clamores salvajes, acribillados de heridas, los españoles descargaron sus arcabuces, arremetieron con delirio é hicieron millares de víctimas, luchando cuerpo á cuerpo y defendiendo el terreno palmo á palmo, con la desesperación de ver naufragar sus inmensas esperanzas. Pero el ataque era incontrarrestable; y

los jefes, ante el número creciente de enemigos y ante el espectáculo doloroso de la población destruída, resolvieron al fin ordenar la retirada y refugiarse en las naves.

Cuando *Costura*, que se había batido como un león, vió que los españoles, urgidos por los jefes, se retiraban y cedían el terreno, creyó volverse loco... ¿Qué importaba que hubiera caído más de la mitad de los defensores? ¿Qué importaba que siguieran cayendo los demás? Mientras quedara uno en pie, la batalla no podía concluir. ¡Quizá fuera ese último el destinado á acabar con los herejes y alzar triunfante la bandera! ¡Que reculasen los otros! ¡Él, *Costura*, sabría cumplir con su deber hasta el fin!

En vano le llamaron sus compañeros y le incitaron á seguirles. *Costura* se parapetó entre las ruinas de lo que había sido la ciudad nueva y siguió disparando su arcabuz, mientras los demás, bajo las flechas de los indios, volvían á embarcarse en las gallardas carabelas.

Al encontrarse solo, *Costura* tuvo una inspiración donde flotaba toda la sublime demencia española. Arrojó su arcabuz, esgrimió en la diestra su espada brillante, empuñó en la siniestra una flecha encendida que le iluminó la cara, y en un vértigo, jurando á gritos por todos los santos de Sevilla, cayó sobre el tropel de indios atónitos que ya se creían completamente dueños del campo.

— ¡Dad paso á España! — les gritó hundiéndose entre ellos y abriendo surco.

Los indios, asombrados al principio, le dejaron pasar. Después se repusieron. Y como *Costura*, desfigurado y diabólico bajo el resplandor de su tea improvisada, hacía relampaguear su acero y amenazaba á todos, un grupo se lanzó sobre él para desarmarle. Fué una lucha de epopeya. La espada, que parecía de luz, saltaba como una serpiente, se hundía en los cuerpos y reaparecía abriendo claros alrededor del atleta, que aullaba afónico, agitando la flecha del incendio. La sangre le inundaba la frente, sus heridas debían ser innumerables, pero *Costura* siguió luchando. Hasta que, en un remolino sordo, se oyó como cuando rueda un árbol arrastrando con él á los que le derriban... Y se extinguió la tea...

Desde las carabelas, don Pedro Mendoza y los suyos pudieron oir el clamoreo de los indios que festejaban la victoria. La pequeña ciudad destruída humeaba bajo el cielo azul, los sobrevivientes de la expedición volvieron á sus hogares, y *Costura*, que había muerto en la noche, sin testigos que pudieran contar su gloria, siguió siendo en los cronicones de su tiempo un obscuro don Gonzalo Fernández de Salazar, segundón pobre y soldado de infantería...

* * *

Pero el porvenir ofrece á los hombres los desquites más halagüeños.

Hace dos años, en una de las regiones agrícolas más fértiles de la provincia de Buenos Aires, en los alrededores de Bahía Blanca, importante puerto comercial y militar, visitó cierto viajero la hacienda del doctor X... y se sentó á descansar bajo el ancho corredor de la vivienda del mayordomo.

Era éste un indiazo fornido, jovial, y hasta elegante en el traje, que hacía los honores de la casa con cierta cortés desenvoltura de hombre habituado á vivir entre gente de distinción.

— ¿Quiere usted ver mis *pilchas?* — dijo en un español matizado de modismos del país.

Y con cierto engreimiento amable le llevó á una alegre sala-comedor de cuyos muros recién pintados pendían riquísimos frenos, riendas, rebenques, y sillas de montar, todo de plata y cuero lustrado.

El viajero observó un objeto imprevisto entre aquellas prendas de rico trabajador rural. Era una gran espada obscura, pesada y solemne, que á juzgar por su forma debía datar de varios siglos.

— ¿Es una espada antigua? afirmó más que preguntó el visitante.

— ... é histórica... — completó en excelente castellano el indio mayordomo; — mis abuelos, que fueron caciques de la dinastía charrúa, se la

transmitieron de mano en mano hasta que, disuelta la tribu y fundidos todos en el cuerpo de la nación, ha llegado naturalmente á mí que soy el último descendiente de ellos. Cuenta nuestra tradición que en las primeras épocas, cuando los hombres de Europa quisieron venir á habitar estas regiones, en medio de los grandes combates que ensangrentaron el país, apareció cierta vez un guerrero sin igual que, solo, contra millares de enemigos, supo vengar la derrota de los suyos. Su espada temible causó tales estragos al final de una batalla, que los charrúas, generosos y justicieros, resolvieron conservarla en el tesoro de la tribu como un homenaje á aquel hombre extraño que suponían ser un gran jefe. Durante varias generaciones la espada ha sido mirada con temeroso respeto. Unos afirmaban que era la de Mendoza, otros la atribuían á su alférez mayor... Pero hace poco tiempo, al limpiarla, descubrí que se destornillaba el pomo y que en el hueco había un billete con el nombre del propietario — que desgraciadamente no fué más que un héroe obscuro del cual no hace mención ninguno de los tomos que he hojeado sobre la conquista.

Y en el pergamino que me tendió el indio argentino, leí en letras gordas :

Don Gonzalo Fernández de Salazar
(*Costura*)
Vecino de Sevilla.

Amigo Agustí:

-¿Porqué haces figurar á los charruas de aquel lado del río si ellos, los indomables, solo vivieron de este lado?...

SÉPTIMO INTERMEDIO

— La gran tristeza de los poetas — confesé — consiste en la facultad de poder comparar la vida con el ideal, y en la decepción de no encontrar en el mundo las exactas correspondencias á los personajes y las aventuras de sus sueños... Vivimos en una humanidad tan inferior, que cuando ha buscado dar forma á cosas excelsas, cuando ha querido sintetizar sus más altos anhelos en dioses imaginariamente omnipotentes, ha creado seres mezquinos de los cuales se ha podido decir : « la venganza es el placer de los dioses... » *Costura* fué un bello alucinado que merece muchas rosas... Olvidó que vivía en la tierra, pero supo morir dentro de su ensueño...

Y Manón dedujo :

— ¿Quién alcanza en amor á tanta altura?

OCTAVO CUENTO

En mis paseos sin rumbo por los barrios obreros, he tenido ocasión de observar más de una vez la existencia dolorosa y angustiada de esos muchachos cloróticos, de cabello desteñido y ojos viejos que juegan ó dormitan en las encrucijadas obscuras, y la pesadumbre alucinante de esas chicuelas vestidas de desgarrones que sueñan, sentadas en el umbral de las casas mezquinas, con un hermanito en brazos, madres antes de serlo, en la vida sin juventud de la miseria.

Y como escudriñador de la ciudad, he observado muchas cosas que quiero referirte.

Los que no han visto un amanecer en Montmartre, en la Chapelle ó en Belleville; los que no han asistido al desfile lamentable de los trabajadores que salen en racimos de los tugurios y resbalan por las calles estrechas, camino de la fábrica

por cuya garganta de sombra desaparecen; los que no sospechan que hay inmensas multitudes que no ven el sol porque el taller las necesita para masticarlas y triturarlas, hasta que con el crepúsculo las arroja otra vez tambaleantes al arroyo, por donde retornan torpemente, tropezando en las tabernas, hasta la covacha donde se esconden; los que ignoran la esclavitud jadeante de media humanidad que no ve más que el camino por donde va y vuelve todos los días, con anteojeras de cansancio, arrastrando una vida hecha de muertes lentas; los que no han estado en contacto con el pueblo, no saben que hay millares de millares de niños que mientras alcanzan la edad de ir también á la fábrica, se quedan desamparados y solos en la ciudad inquietante y monstruosa que sólo atiende á sus satisfacciones, y que, ciega, sorda, implacable, lo muele y lo pulveriza todo, arrastrada por el ímpetu.

Los horarios de la escuela no coinciden con los del taller. Hay grandes baches vacíos y solitarios que se pueden prolongar sin comprobaciones. La ciudad, que abre sus jardines y sus avenidas á todas las curiosidades aventureras, es como un desierto donde tiritan los niños. Los mayores quedan á menudo al cuidado de los pequeños, ejerciendo de jefes de familia antes de saber gobernarse. Sólo el hambre, el desaseo y las malas vecindades, les acompañan. Flores abandonadas en

medio de la tormenta social, podrán defender un tiempo su innata rectitud infantil, pero acabarán fatalmente por contaminarse y sufrir antes de haber vivido. Desde que comienzan á razonar y á darse cuenta de los hechos, no hallan en torno más que sombra. Por la ventana exigua del cuartucho mal oliente, en la escalera resbalosa y obscura de la casa, junto á la callejuela sucia, entre los vecinos y hasta en el propio hogar, en las horas en que, concluída la jornada, se reunen todos para dormir, no ven más que miseria, lágrimas, imprecaciones y castigos... El mundo toma para ellos un aspecto de prisión medioeval donde se aplica la tortura. Inconscientemente adoptan los errores involuntarios del lugar en que sufren. Se tornan hoscos, vengativos é irritables. Se erizan á la intemperie. Y se diría que la injusticia de la sociedad que les desprecia y les desangra, hace brotar entre ellos nuevas espinas de bestialidad que se repiten y cunden hasta hacer de la clase un vallado donde se ensangrentará el porvenir...

Cerca de la iglesia del *Sacré-Cœur* de Montmartre, á dos pasos de la calle d'Orsel donde vivió el anarquista Vaillant, en un terreno baldío, vocea un grupo sucio, desarrapado y turbulento que no ha ido á la escuela. Son seis chicuelos de cinco á seis años que han dejado sobre las piedras húmedas sus libros rotos, han encendido sus colillas recogidas al azar en el paseo, y se entretienen

con un cajón que arrastran tirando de una cuerda nudosa...

— Tú, el rubio, ¿qué hace tu padre?

— Sillas y armarios.

— ¿Y tú, pequeño?

— No tengo padre...

— ¿Tu madre te deja correr solo?

— Tampoco tengo madre...

— ¿Quién cuida de ti?

— El *Chato*.

— ¿El *Chato?*

— Sí...

— ¿Quién es?

Otro del grupo interviene:

— El *Chato* es el fogonero que tiene la nariz partida...

— ¿Un pariente tuyo?

— No sé; cuando murió mi madre, me llevó á su casa, y me da de comer...

— Vamos á ver al *Chato*.

— No viene hasta la noche...

— ¿Y qué haces hasta esa hora?

— Me divierto...

— ¿No tienes frío?

— Cuando tenemos frío nos damos de topetones y saltamos los unos por encima de los otros...

— O si no — interrumpe un paliducho de ojos raros — si no nos vamos á los barrios centrales

y nos detenemos ante un respiradero de las cocinas de las grandes fondas...

— ¿Qué veis á través de las rejas de esos subterráneos?...

— ¡Oh! ¡Muchísimas cosas!... Primero, unos señorones, con grandes gorros de nieve, que juegan con unas sartenes brillantes que parecen soles... Las cocinas se abren y se cierran como los hornos de las fábricas... Todo está tan limpio, que parece una iglesia... Sobre el fuego hay grandes marmitas que arrojan incienso... Las mesas se alargan, llenas de pescados, de legumbres, de carnes y de pasteles que tienen un olor nuevo... Y los hombres de los grandes gorros juegan y juegan, mientras nosotros nos acurrucamos junto á los hierros para recibir el calor oloroso que hace cosquillas en el estómago... A veces nos dan un pedazo de pan... Pero hay que esconderse... porque si nos ven los gendarmes...

Y los ojos vidriosos de los chiquillos parpadearon, húmedos, ante la triste visión.

Desde el amanecer de sus vidas, el adusto gendarme está ahí, entre ellos y la felicidad.

Recuerdo que una noche de verano, en el barrio Latino, de regreso de Bullier, me senté, con un amigo, en la terraza de la taberna del Panteón, frente al jardín del Luxemburgo. Alrededor de las mesas había grandes racimos de estudiantes, de grisetas, de profesionales y de artistas. Los gru-

pos bulliciosos bebían refrescos y licores. Las mujeres reían á boca llena. Alguien que había bebido más que los otros, tarareaba una canción... Y la noche, llena de estrellas, vertía sobre el bulevar, plantado de árboles verdes y entrelazado de transeuntes, una languidez exquisita que deshojaba flores en el alma.

Un saboyanito, moreno, de guedejas largas, vestido, á pesar de su miseria, con el abandono y el arte de la Italia azul, se allegó á la terraza cargado con sus reproducciones de yeso, y se dirigió á una mesa. La ocupaban cuatro mujerotas pintadas y tres elegantes que se habían despojado de los abrigos y ostentaban al aire libre su embriaguez y su frac.

El niño ofreció su mercadería con esa voz melodiosa de los trasalpinos.

La mirada de sus ojos negros y hermosos viajó, de la estatua que tenía en la mano, á la mesa de los presuntos compradores, como si quisiera hacer más convincente su francés elemental.

— Un *soldo* — lanzó uno de los elegantes, haciéndose una vanidad de su pésimo italiano.

El saboyanito declaró que era imposible. La dejaba en cincuenta céntimos, y no podía hacer más...

Y como á la insistencia respondió el niño con una nueva negativa, el elegante arrojó su cigarro, se levantó y se apoderó en silencio de la estatua.

Su propósito era dar una broma; pero el saboyanito, amedrentado por las amenazas de su patrón, no lo entendió así, y se echó á llorar.

— Un *soldo*...

— No puedo, señor; devuélvame la estatua...

— Ven á quitármela...

El niño se lanzó ansioso; pero el hombre era de buena estatura y mantenía la estatua en alto, con el brazo tendido... Después de forcejear sin éxito, se alejó sollozando su impotencia, y suplicó desde lejos :

— Devuélvame la estatua, señor, por lo que más quiera...

— Un *soldo* — repetía implacable el borracho.

— Devuélvamela, señor...

— Mira que la dejo caer y se rompe sobre las piedras...

Y aquel llanto sincero y conmovedor hubiera divertido por largo tiempo al público, si una mano vivaz no hubiera arrebatado el yeso y hubiera derribado al aristócrata de una bofetada...

Pero en el tumulto que provocó el incidente, siempre fué el saboyanito el que sufrió las consecuencias. Un agente de la policía le cogió por la blusa y, con cierta pena interior, porque era padre, nos hizo comprender que le tenía que arrestar... por desorden.

OCTAVO INTERMEDIO

— Víctimas atadas á una tiranía ó pilluelos librados á todas las perversiones, los niños que sufren forman un conjunto que merece la atención de las almas buenas... Falta un movimiento de piedad generosa y, más que nada, falta un poco de justicia social...

Manón siguió flotando en sus silencios pensativos...

El viento trajo jirones de una polca que alguna murga ensayaba en un lejano baile popular...

— Se abre otro cuento...

NOVENO CUENTO

De abolengo español y gran fortuna, la familia de Jiménez tenía alto prestigio entre las que vivían en los alrededores de la por aquel tiempo insignificante ciudad de Bahía Blanca. La estancia de los Jiménez era una de las más hermosas de la región; su casa la mejor construída, y su carruaje el mejor puesto. Porque ya empezaba por entonces á reinar en América ese afán de lujo que tantos males causó más tarde. Las familias acaudaladas, que en los comienzos habían hecho una vida modesta y laboriosa, se tornaban, desde hacía algún tiempo, disipadoras y amigas de todo esplendor, ganadas como estaban por las costumbres modernas que los viajeros traían de Europa, y especialmente de Francia. Para hacer buena figura, era necesario tener trajes confeccionados en el extranjero, muebles de lujo y librea. Todo

esto exagerado y lleno de relumbrón, como convenía al carácter de aquellas gentes primitivas, para las cuales lo que tenía más valor era lo que brillaba más...

Los Jiménez entraron también en la nueva corriente.

A poco de nacerles el primer hijo, mandaron construir la hermosa casa espaciosa, rodeada de corredores donde se podía dormir la siesta en verano; hicieron venir de Buenos Aires los muebles y los tapices; ajustaron una cocinera francesa; tomaron un ama de gobierno, y comenzaron una vida nueva de despilfarro.

Es verdad que los rendimientos de la hacienda, cada día más próspera, les permitían librarse á tales larguezas.

Los criadores ganaban lo que querían, y uno de los más poderosos era Jiménez, que empleaba doscientos peones y que, en sus vastas tierras, cercadas, según la costumbre del país, con hilos de alambre, amontonaba fabulosas cantidades de caballos, vacas y carneros, que se multiplicaban sin cesar y constituían una riqueza incalculable.

Jiménez, que había confiado la administración de la hacienda á un capataz de confianza y sólo ejercía una vigilancia superior, era un hombre un tanto rudo, más bien hosco que tímido, que se encontraba muy á gusto en el campo. Bahía Blanca, donde todos le conocían y le miraban con res-

peto, bastaba para sus necesidades sociales. A Buenos Aires iba pocas veces, por dos razones. Porque el viaje era largo y penoso, y porque le intimidaba la vida de la que ya empezaba á ser una gran ciudad.

Jiménez era, en apariencia, afable y compasivo con sus inferiores; pero en el fondo tenía ese arcaico orgullo y esa idea exagerada de la superioridad del rico sobre el pobre, que en América es un mal atávico difícil de remediar. Sin embargo, pasaba por ser un buen amo, y, satisfecho de su suerte, seguía su vida sin tropiezo, en medio de la abundancia. Tras un hijo venía otro... En la época en que comienza esta historia era padre de seis muchachos robustos que le alegraban la vida : un mozuelo de veinte años, llamado Raúl, una niña de diez y ocho, llamada Julia, y cuatro chicuelos más que se escalonaban hasta el último, que tenía diez y ocho meses.

Jiménez y su mujer se recreaban en su cuidado y hacían sobre ellos mil proyectos para el porvenir. La niña se casaría con un alto personaje; los niños serían abogados ó médicos. Uno, el que manifestara menos simpatías por las cosas de la ciudad, se dedicaría á las tareas de la hacienda y aumentaría la riqueza común... Jiménez se regocijaba de lo bien dispuestas que tenía las cosas. Su mujer admiraba su buen tino. Y todo marchaba á maravilla en la casa patriarcal, cuya

numerosa servidumbre adivinaba los menores caprichos de los amos.

Entre esta servidumbre se hacían notar, por lo familiares y dispuestos, Elsa, una camarera alemana de quince años, ojos azules y tez suave, que dejaba, al pasar, como una estela de luz, y Miguel, un indiecillo de veinte, bien parecido y conversador, que acompañaba á los niños á paseo y divertía á todos con las canciones que improvisaba en la guitarra. La camarera estaba en la hacienda de Jiménez desde hacía un año. Por su inteligencia y sus servicios había conquistado muy pronto un puesto de confianza. Servía el te por las tardes, disponía todas las mañanas las flores en el comedor y ejecutaba esos mil trabajos delicados y pueriles que tanto halagan á los ricos. Miguel sólo se ocupaba de guiar el break de la familia y cuidar el caballo de Raúl. Ambos gozaban de una situación intermedia entre el criado y el pariente pobre. Se les consideraba lo suficiente para conversar con ellos, pero no se borraban las distancias, y, más de una vez, la voz autoritaria de Jiménez les recordó su esclavitud.

Porque Jiménez tenía ideas muy arraigadas sobre las diferencias sociales. El contacto con la naturaleza, en vez de debilitar en él ese sentimiento, lo había robustecido. Cuando se hablaba de las doctrinas emancipadoras que algunos hombres empezaban á defender en Buenos Aires, se enco-

gía de hombros y decía que la jerarquía es necesaria, que los animales más fuertes ó más aptos imponen vasallaje á los inferiores, y que todo tendría que seguir así siempre, porque así había existido desde el principio de los tiempos.

* * *

Los dos hijos mayores, Raúl y Julla, se reían de aquellas máximas añejas y desmentían la ceremoniosa gravedad del padre. El uno lo hacía por convicción; el otro porque encontraba en ello un pretexto para dar salida á su carácter atolondrado é indócil. Mientras Julia era una muchacha simple y afable, llena de candidez, Raúl era un pequeño tiranuelo que abusaba de su autoridad y se burlaba de todo. Sin embargo, Jiménez, de acuerdo con su carácter, prefería la manera de obrar de este último. Cuando Raúl hirió á un peón con una horquilla, el padre perdonó más fácilmente que cuando Julia entró al lavadero y se puso á lavar con las criadas. A su juicio, era menos desdoroso asesinar á un sirviente que ayudarle en la faena.

Quizá fué esa educación, quizá los misteriosos impulsos que el destino pone dentro de nosotros; pero es lo cierto que Julia y Raúl estaban destinados á frustrar las esperanzas de su padre. Se sentían molestados por el ambiente en que se des-

arrollaban. Raúl hubiera querido partir inmediatamente hacia Buenos Aires, no para estudiar, como era el proyecto de Jiménez, sino para hacer vida libre y accidentada en la capital populosa. Los quince días que había pasado allí le habían dejado un recuerdo tentador como una boca de mujer. En cuanto á Julia, que conservaba de la crisis de su pubertad algunos síntomas de histerismo, suspiraba por la vida que le habían hecho entrever las monjas del convento donde había estudiado algunos meses. Jiménez no ignoraba estas tendencias; pero estaba tan seguro de su autoridad, tan convencido de que nadie podía resistir á sus órdenes, que no se inquietaba en lo más mínimo. Según él, Raúl y Julia eran dos chicuelos caprichosos á quienes él sabría hacer felices. Que se dejaran conducir. Lo demás corría de su cuenta...

Después del almuerzo, á la una de la tarde, se sentaba toda la familia, bajo el corredor, en las sillas de paja que se alargaban como lechos. Jiménez y su mujer se instalaban invariablemente al lado de la ventana del salón de música. Los demás se ponían en rueda, al azar... El programa era idéntico todos los días. Elsa depositaba el servicio de café en una mesita de mimbre y servía las tazas. Jiménez encendía cuidadosamente un gran cigarro y arrojaba con lentitud las bocanadas de humo. Raúl pedía permiso para imitarle.

Julia hacía traer su caballete y se ponía á pintar... Los niños iban al estudio á preparar sus lecciones... Y los que quedaban, asistían distraídamente al culebrear de los rayos de sol que entraban por las junturas de los toldos blancos listados de rojo, ó seguían los vuelos y las inquietudes de los canarios, que gritaban su alegría tras los alambres de la pajarera dorada.

Al cabo de media hora la reunión se disolvía. Jiménez arrojaba la colilla del cigarro y se encaminaba á su escritorio, donde le esperaba la correspondencia. Raúl bajaba los escalones de la gradería exterior, al pie de la cual acariciaba á su caballo nervioso, que extendía el hocico para pedir el invariable terrón de azúcar. Y solo quedaban en el corredor la señora de Jiménez que, al dormirse, dejaba caer el abanico, y Julia, que acababa por arrojar los pinceles para jugar con el inmenso perro de aguas...

A esa hora en que el sol arde con feroz intensidad y en que las habitaciones desiertas parecen flores de silencio, fué cuando los ojos de Miguel se encontraron con los de Julia... Miguel pasaba por el vestíbulo con su guitarra bajo el brazo, silbando entre dientes. Julia le llamó para que la ayudara á poner al perro, que se debatía, el gran collar de clavos de bronce. Mientras se esforzaban por mantener al animal, se miraron extrañamente y se echaron á reir, sin saber por qué...

En los ojos de Miguel brilló una llama de sol de estío. El indiecillo buscó en torno para ver si les observaban. La casa parecía estar desierta... Entonces cogió bruscamente á Julia por el talle y le dió un beso...

Julia se irguió en seguida, roja de emoción, entre enfadada y alegre. Pero Miguel no le dió tiempo para volver de la sorpresa. Con un movimiento felino la abrazó otra vez, sin que ella acertara á defenderse... Los labios se rozaron de nuevo... Pero esta vez no fué el beso robado, fué el beso consentido... La hija de Jiménez se abandonó y se dejó llevar hasta el pequeño salón cuyas persianas cerradas permitían apenas filtrar la luz del sol... La atmósfera era tropical... Todo callaba en la hacienda...

* * *

Raúl, en tanto, perseguía á Elsa con sus solicitaciones. Y ésta no debía rechazarlas con mucho rigor, porque lejos de evitar los instantes en que podía encontrarse con él, los buscaba. Cuando Elsa estaba en su cuarto cosiendo, ó cuando, momentos antes de la comida, disponía los postres en la mesa de servir del comedor, siempre había tras ella una sombra que se interponía y le quitaba la luz. Raúl aprovechaba el instante propicio, y dejaba un collar de besos breves y silenciosos

sobre la nuca blanca... Elsa se resistía sin convicción, como si obedeciera á un deber más que á su propio deseo.

— ¿Vendrás al jardín esta noche? — preguntaba por la centésima vez Raúl.

— No y no — repetía Elsa, comprendiendo la necesidad de disuadirse ella misma.

— ¿Por qué?

— Porque no es posible...

El diálogo resultaba invariable, pero las negativas comenzaban á ser cada vez más débiles... Hasta que un capricho de la casualidad los unió...

Toda la familia había salido de noche en excursión al monte de las Piedras, que estaba á pocos kilómetros de la propiedad y era el lugar más fresco y más hermoso de la comarca. Unos iban en carruaje, otros á caballo... Raúl dirigía la excursión vestido á la criolla, con *bombacha* de hilo, botas, sombrero chambergo y corbata negra flotante. A poco andar, la señora de Jiménez se apercibió de que había olvidado su abrigo... Raúl podía ir por él hasta la habitación, y en un corto galope les volvería á dar alcance. El jinete y el caballo estaban habituados á mayores proezas. Raúl aprovechó con apresuramiento esa ocasión de separarse del grupo y correr á su antojo, sin medir su paso por el paso de los demás. Cuando llegó á la casa, al subir al guardarropa, se encontró con Elsa que bajaba...

— Ayúdame á buscar el abrigo — le dijo besándola como de costumbre.

Elsa le acompañó.

El guardarropa era una gran pieza que miraba al jardín. Las ventanas estaban abiertas de par en par... Todo parecía desmayar silenciosamente en brazos de la noche. De afuera venía el perfume de los jazmines recién abiertos. Y el cielo, lleno de estrellas, fingía un gran canal, donde se reflejaban las luces de una fiesta veneciana... Raúl olvidó su encargo... Los besos fueron más repetidos y más hondos...

— ¿Verdad que me quieres?

Elsa contestó con la mirada...

En ese instante resonó la voz del ama de gobierno, que gritaba desde abajo de la escalera, en francés:

—*¿Où avez-vous laissé le menu, Elsa?*

Elsa, retenida por Raúl, que no le abandonaba las manos, contestó desde arriba en la misma lengua:

— *Au fumoir...*

Y como todo volvía á caer en el silencio, Raúl la atrajo otra vez al guardarropa... Mientras el eclipse anunciado dejaba al aposento en obscuridad, los labios se unieron, como todo en la naturaleza se coordinaba y se unía en ese instante...

* * *

La autoridad de Jiménez no podía llegar hasta el punto de detener é inmovilizar la vida...

Pero Jiménez ignoraba cuanto venía ocurriendo, y fumaba tranquilamente su cigarro en el monte de las Piedras, sin reparar en la tardanza de Raúl, y sin inquietarse por la insistencia con que Julia pedía sentarse al lado del cochero.

Demás está decir que esta ignorancia no pudo perdurar.

De los amores compartidos emana una inexplicable atmósfera de felicidad que acaba por denunciarlos. No se puede precisar un detalle, no se ha visto nada, pero se siente que están ahí. Tras esa primera impresión, nace la sospecha, y tras la sospecha el deseo de comprobarla. De suerte que los secretos del corazón sólo pueden permanecer en la sombra muy poco tiempo.

Jiménez observó que Elsa parecía inquieta, que les servía con menos esmero y que, cuando Raúl le dirigía la palabra, se ponía roja, como si el carmín de los labios se le diluyera en las mejillas.

— Síntomas peligrosos — dijo frunciendo el entrecejo.

Y resolvió seguir de cerca el asunto, hasta ver si se confirmaban sus sospechas.

No tuvo que aguardar mucho. Aquella misma

noche sorprendió á Raúl, que entraba al cuarto de Elsa, creyendo que todos estaban dormidos.

Jiménez le cogió por un brazo y le llevó á la sala de billar, que era la habitación más próxima... Le hizo entrar primero, entró él después, echó la llave á la puerta, se arrellanó en un sillón y, conteniendo la cólera que le ahogaba, le preguntó á boca de jarro:

— ¿Quién manda aquí?

Raúl se encogió imperceptiblemente de hombros y guardó silencio.

— ¿Has olvidado el respeto que debes á la casa, al nombre, á tus padres? — prosiguió con violencia. — ¿Crees tú que puedo yo tolerar esta situación?... ¿Olvidas que tienes una hermana?... Y, además, ¿has pensado en las consecuencias del acto que realizas?... ¿Qué piensas hacer de esa mujer?... ¿Qué piensas hacer de ti?... No lo sabes ¿eh?... Te dictaré mis órdenes: mañana, al amanecer, sales tú para Bahía Blanca á pasar un mes en casa de tu primo Carlos; horas después partirá de aquí Elsa para Santa Fe, á reunirse con su familia. No quiero enredos en mi casa...

Y Jiménez comenzó á pasearse sofocado á lo largo de la sala de billar.

— ¿Me has comprendido? — afirmó, más que preguntó, deteniéndose ante Raúl.

Éste se quedó sin encontrar respuesta. No se le había ocurrido pensar que sus relaciones podían

ser sorprendidas. Y la solución brusca que su padre pretendía imponerle, estaba lejos de ser de su agrado. Aunque su carácter impetuoso y aturdido no le predispusiera á ello, Raúl amaba realmente á Elsa. Era su primer aventura. De suerte que trató de evitar el golpe...

— Entre Elsa y yo no hay nada serio — dijo, afectando tranquilidad: — le he dicho dos ó tres tonterías al pasar... la he importunado quizá alguna vez con una frase... pero eso es todo...

Jiménez miró fijamente á su hijo y le impuso silencio.

— Mañana se hará lo que he dicho — confirmó.

Entonces Raúl creyó más hábil confesarlo todo.

— ¿Cómo quieres separarnos ahora? — preguntó, después de contar en síntesis lo ocurrido.

— ¿Todavía te atreves? — tronó la voz paternal.

— Yo creo que... — balbuceó Raúl, temiendo perderlo todo...

Se abrió un paréntesis de ironía.

— ¿Consentirías en casarte con ella? — dijo Jiménez, como si diera forma á un imposible.

— ¿Y por qué no?...

El silencio fué penoso.

Jiménez miró compasivamente á su hijo, y reanudó sus paseos.

— No sabes lo que dices; olvidas tu posición

social, tu porvenir, tu fortuna... Jamás, ¿lo oyes? aunque de ello dependieran nuestras dos vidas, jamás consentiré yo en que des tu nombre á una sirviente... Pero tú no has podido decir esto en serio... ¿Sabes acaso lo que ha sido esa chicuela antes de venir á nuestra casa?... ¿Cómo puedes aceptar un pasado que ignoras?

— Elsa merece todo mi cariño...

— ¿La defiendes?

— Es mi deber...

— No sé cómo me contengo... Ni una palabra más; se hará lo que he dicho.

Y Jiménez se levantó para dar por terminado el diálogo. Pero Raúl sacó valor de su angustia.

— Quisiera obedecerte, pero no es posible — dijo con resolución: — Elsa y yo no nos podemos separar. Si ella sale de aquí, yo saldré también...

— ¿Qué has dicho? — rugió Jiménez fuera de sí.

— Que me caso con Elsa.

Jiménez le miró como si no creyera lo que estaba viendo. Era la primera vez que su hijo le desobedecía abiertamente.

— ¡Yo te sabré castigar! — gritó con voz ahogada.

Pero Raúl, más rápido, abrió la puerta...

Y á la mañana siguiente, Elsa y Raúl tomaron el tren para Buenos Aires.

*
* *

La fuga de Raúl dejó en la casa un malestar intenso. Parecía que hubiera muerto alguien. La señora de Jiménez, muy pálida, erraba en silencio por las habitaciones, como si persiguiese una sombra. Su corazón de madre sangraba. No se atrevía á decírselo á su marido, pero, en el fondo, desaprobaba la severidad de Jiménez. En su sentir, valía más resignarse y aceptar las cosas, que provocar tan terribles desgarramientos. Al dolor causado por la ausencia se unía la inquietud que le inspiraba la suerte de Raúl... Le imaginaba perdido en la gran población, librado á todos los sufrimientos, al hambre quizá... Le veía pálido y enjuto, vagando al azar por las calles, sin pan y sin casa, como un miserable... Conocía su carácter orgulloso y adivinaba que mantendría su decisión... A veces le venían deseos de rogar á Jiménez que lo perdonase todo y le escribiese... Pero, ¿á dónde escribirle?... ¿Sabían ellos acaso su paradero?... Además, le costaba contradecir á su marido. Su vida, hecha toda de sometimiento y de pasividad, no la había preparado para tales independencias. Se le antojaba que pensar de otro modo que él, era faltar á sus deberes. De suerte que, tras muchas vacilaciones y muchas lágrimas, acababa siempre por callar y esconder su vida interior como un acto reprensible.

Jiménez se había tornado más adusto y más silencioso. Evitaba hablar del incidente. Cuando se veía obligado á ello, su voz severa cobraba no sé qué tono enternecido y colérico á la vez. Aquél hijo había sido una desilusión. Felizmente tenían á Julia, que se casaría brillantemente y les daría nietos capaces de consolarlos...

Las cosas siguieron así durante algunos meses. La vida monótona de la hacienda volvió á tomar su tinte invariable. De tiempo en tiempo una familia amiga venía á visitarlos y á pasar unos días con ellos. Esto daba un poco de animación á la casa inmensa donde resonaban los pasos... Pero así que desaparecían los huéspedes, todo caía de nuevo en la tristeza.

Desde la fuga de Raúl la propiedad parecía estar bajo la influencia de los espíritus malos. Ésta era, por lo menos, la opinión de *La Lechuza*, una india más que centenaria que había asistido á las guerras de la independencia y que los Jiménez habían encontrado en aquel campo cuando lo adquirieron. *La Lechuza* vivía en una pequeña choza perdida entre el maizal, y divertía en sus buenos ratos á los peones con historias fantásticas é inverosímiles, donde se mezclaban los recuerdos y la superstición. Pero esta vez sus afirmaciones comenzaban á inquietar...

— Está hechizada la hacienda — decía encorvándose y apoyando las dos manos en su bastón

nudoso; si Dios no nos ayuda, nos vamos á morir todos aquí de repente. Cuando los perros ladran de noche sin motivo y cuando el trébol se marchita al sol, es porque el malvado anda cerca... Anoche he oído ruidos extraños... Parecía que empujaban grandes moles y que la tierra se abría... El caballo blanco de la noria lanzaba unos relinchos desesperados, como cuando hay un incendio...

Los peones, predispuestos á creer en todo lo maravilloso, empezaban á escuchar á *La Lechuza* con atención y á corroborar sus dichos. Cuando en una reunión de gentes primitivas cae una chispa de miedo á lo sobrenatural, todo se incendia. El escalofrío cunde, la imaginación se desborda, y cada cual cree ver y sentir lo que se ha contado... Esto engendra nuevas suposiciones, y de fantaseo en fantaseo se crea una atmósfera de maravilloso que acaba por enloquecer á todos.

Fué lo que ocurrió en la hacienda. Julián, un mestizo que trabajaba en las caballerizas, afirmó al día siguiente que había visto pasar en la noche, á ras de tierra, una gran nube que despedía un olor raro. Otro indio, *Pelón*, juró que habían golpeado á la puerta en su choza, y que, como no abriera, sintió que alguien rugía como un jaguar, sin que, sin embargo, el rugido fuese propiamente el de esa fiera... No faltó, por último, quien insinuase que estos hechos coincidían con la desapa-

rición del «niño Raúl», como le llamaban entre ellos, y que la culpa de todo la tenía el amo, que le había obligado á partir...

En pocos días se formó una leyenda pavorosa. Jiménez, al desheredar á su hijo, había caído en manos del diablo, y éste rondaba por la hacienda aguardando el instante de destruirlo todo... En los potreros, en los maizales y hasta en las cocinas de la casa no se oyó más que el comentario medroso de las gentes de servicio... Tanto y tanto, que Jiménez acabó por enterarse de ello.

Esto contribuyó á aumentar su irritación. Su ignorancia relativa le hacía mirar con mayor desdén la ignorancia de aquellas gentes. Una vez que alguien hizo alusión al asunto en su presencia, se desató en injurias. ¿Qué sabían aquellos brutos de las cosas de la vida? Vivían como las bestías, sujetos á miedos irrazonados. Que no empezaran á molestarle, porque sabría castigar...

* * *

Una tarde, á la hora de la siesta, creyó oir Jiménez, desde su gabinete de trabajo, que alguien sollozaba en el saloncito de música. Intrigado, dejó la pluma en el tintero y salió al corredor...

Su mujer dormía, como de costumbre, en una silla de mimbre... Los niños debían estar arriba, en el cuarto de estudio, porque se oía la voz

severa de miss Brown, que explicaba la lección de geografía... Un calor de horno venía del jardín, donde azotaba el sol... Jiménez atravesó la sala de billar y el corredor, por cuyas persianas cerradas se filtraban algunas flechas de oro... Los sollozos habían cesado... Se detuvo un instante... Imaginó que se había equivocado y estuvo á punto de regresar... Pero una idea vacía, una de esas aberraciones de la razón que nos llevan á querer palpar lo que sabemos que no existe, le indujo á abrir la puerta, á pesar de todo.

Sentada en el diván, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, lloraba Julia en silencio, como si un gran dolor la agobiara. Frente á ella, inmóvil, estaba Miguel, de pie, con los ojos fijos en la alfombra... Los dos tuvieron un sobresalto y ahogaron un grito al ver á Jiménez.

Éste no comprendió al principio la situación.

— ¿Qué ha pasado, Julia? — gritó asustado, imaginando todo menos lo que ocurría.

La culpable trató de disimular su emoción, pero no pudo. Miguel recuperó su actitud respetuosa y humilde. Jiménez los miró á los dos sin atinar á formar juicio.

— ¡Habla! — intimó por fin al cochero.

Éste titubeó un instante, turbado...

— Yo no se nada, patrón — murmuró con voz apenas perceptible; — pasaba por el jardín,

oí que la señorita lloraba, y entré corriendo...

Jiménez se sentó al lado de Julia y la atrajo sobre sus rodillas... Hubo un deshielo de severidad... Toda su ternura de padre se le subió á los ojos en una lágrima...

— Julia, Julia, — suplicó, — dime por qué lloras...

Los sollozos se desencadenaron con más violencia... El cuerpo frágil y delgado se estremeció en sacudidas bruscas... Julia se ahogaba... Su respiración se traducía en un silbido sordo... Parecía que, al hallarse en brazos de su padre, se abrían las esclusas del dolor contenido y se volcaban todas las angustias escondidas...

— Dime lo que hay... dímelo, — imploraba Jiménez, atónito, — ¿estás enferma?... ¿te han contrariado?... ¿qué tienes?... Vamos, Julia... ¿qué tienes?... Cuéntalo á tu padre... ¡Qué niña eres!... Cálmate... cálmate... Julia mía... ¡Pobrecita!... ¿Qué te han hecho?... ¡Alguna insignificancia!... ¿Te ha mordido Jack?... Dímelo, dímelo en seguida...

Pero Julia, víctima de una crisis de nervios, no podía hablar. Las lágrimas rodaban por sus mejillas unas tras otras y se ahogaban en el pañuelo, que mordía con desesperación.

— Basta de llanto — reprochó entonces Jiménez, volviendo á su dureza habitual; — es necesario que yo sepa lo que ha pasado aquí. Vamos...

Julia tuvo uno de esos momentos de desaliento en que, juzgándolo todo perdido, nos abandonamos á la desgracia y hasta precipitamos el golpe. Su debilidad había luchado ya mucho. La sobrecogió un deseo de declararse vencida. Además, su padre la intimidaba...

— ¿Qué aguardas? — gritó Jiménez sacudiéndola...

Y Julia se resignó á su destino.

Se hizo pequeñita, pequeñita, cerró los ojos, se hincó las uñas en el cuello y, en un esfuerzo horrible, consintió entre sollozos su confesión:

— Estoy encinta — dijo con voz apenas perceptible.

Fué un escalofrío de tragedia.

Jiménez la miró con ojos de demente, la apretó entre sus brazos hasta hacerla crujir y, con una rabia absurda, sacudiéndola como si la quisiera despertar de una pesadilla:

— ¡Mientes!... ¡mientes! — la gritó en la boca...

Luego la dejó caer sobre el sofá y se irguió en una amenaza:

— ¡Perdida! ¿Y yo te he cuidado durante tantos años para que me recompenses así?... Vas á sentir mi castigo, vas á... pero, primero él, después tú. . ¿Quién es el traidor cobarde, quién es el ladrón?... ¿quién?... ¡Dímelo!... ¡Necesito saberlo!...

Fuera de sí, con las manos crispadas, buscó un indicio, un detalle que le dejara adivinar... Paseó los ojos por la habitación... y vió á Miguel, que permanecía inmóvil.

En un relámpago lo descubrió todo...

— ¡Canalla!... ¡Vas á morir como un perro!...

Y le apuntó con el revólver.

— No, no... — clamó Julia, arrastrándose...

Miguel echó á correr...

Pero Jiménez le persiguió, apartando á su mujer, que acudía despavorida al ruido de las voces...

En el vestíbulo, el indio quiso hacer frente y desnudar la daga... Pero fué inútil... En un vértigo de sangre, estalló una detonación y el muchacho rodó por la escalera hasta el jardín... Jiménez se había vengado.

* * *

La impresión que el suceso produjo entre los peones fué desastrosa. Miguel era estimado y considerado entre ellos como un caudillo. Se oyeron palabras duras y proyectos de represalias.

Nadie confiaba en la intervención de la justicia, que se mostraba siempre de una parcialidad inverosímil en favor de los propietarios rurales. El comisario vendría al día siguiente, comprobaría la defunción y se alejaría impávido, des-

pués de saludar humildemente á Jiménez. Las cosas pasaban siempre así, y los peones, cuya conciencia comenzaba á despertar, murmuraban sordamente contra aquella tiranía.

La Lechuza se encargó de alborotar más aún los espíritus. Según ella, lo que acababa de ocurrir era una nueva manotada del enemigo... No quedaba duda de que la hacienda estaba hechizada y de que Rodríguez era una amenaza para todos...

Junto el cadáver de Miguel, que sus compañeros habían recogido y depositado sobre un lecho de paja al pie de la noria, la india centenaria balbuceó los peores presagios. Su mano terrosa y flaca designó la elegante habitación de Jiménez, que se alzaba en medio del jardín con sus escaleras de mármol, sus ventanas de nieve y sus pequeñas torres puntiagudas.

— Es la maldición del país — murmuró en voz baja.

Los peones, aterrados y coléricos, la escuchaban con más atención que nunca...

Con el crepúsculo volvieron á renacer todas las supersticiones... Julián afirmó que los caballos temblaban en las caballerizas como cuando sienten que se acerca el huracán... El *Pelón* confirmó que algo extraño ocurría en la hacienda, porque al salir del maizal le había acometido un frío inexplicable y se había visto obligado á huir,

como si vinieran tras él... Todavía persistía en sus oídos la voz sorda que le había gritado: «¡Corre!...»

La desmoralización fué completa. Agrupados alrededor del muerto, aquellos hombres primitivos sintieron en sus espaldas como un zigzag de barbarie. Les sobrecogió el pánico que enfurece á veces á los animales en el desierto. Y á la luz de la luna llena que lloraba sus angustias milenarias sobre los campos ensombrecidos y misteriosos, los indios gesticularon y se convinieron, como si, absortos y perdidos, se prepararan á luchar con la noche...

El palacio se recortaba en sombra sobre el cielo azul...

Y no se sabe lo que pasó...

Una avalancha de odio hizo crujir las ventanas, derribó las puertas, rompió los vidrios y, entre el clamoreo hostil de la tromba enloquecida que lo derribaba todo gritando: «¡á muerte!» sólo se vió la carrera desenfrenada de unos jinetes que huían, y la silueta de *La Lechuza* que, desde el balcón, como si hubiera recuperado sus derechos sobre las tierras que la vieron nacer, designaba á los fugitivos con una mano inexorable que parecía empujarlos...

NOVENO INTERMEDIO

Sobre la arboleda en llamas, flotaba un cielo obscuro, amenazante.

Manón se reclinó sobre mi pecho y lloró sin saber por qué...

— Tus cuentos evocan cierta fatalidad que hace correr lágrimas interiores... ¿Por qué no suscitas otros paisajes?...

— ¿Te entristecen las brumas?...

— Me oprime lo humano...

— Volvamos á la naturaleza y al sol...

. . . .

DÉCIMO CUENTO

Desde que asoman los fríos, se puede decir que París está en la costa azul. La gente elegante, los hombres políticos, los artistas, los actores y hasta los caballos de carrera van á instalarse, con pretextos más ó menos inverosímiles, á lo largo de la hermosa cinta de montañas, cuyos picos, cubiertos de nieve, parecen salpicados por la espuma del mar.

Pero el trabajador modesto, que ignora los casinos, se fabrica junto al Mediterráneo, como en todas partes, su isla cercada de silencios.

La naturaleza, desbordante de luz y de vida, le abre los salones más portentosos; los árboles, los arroyos, los picachos que florecen al sol, le brindan la sociedad más envidiable; y nada falta á su felicidad, ni las perspectivas prodigiosas, llenas

de despeñaderos y de caminos inverosímiles por donde avanzan las mulas prudentes á paso menudo, ni los lugareños afables que ofrecen al excursionista un sitio á la lumbre y la mitad de su pan, ni los cielos de cuentos de hada, donde surgen colinas de rosa en campos sin límites habitados por elefantes blancos.

El sol dora la carretera, la tentación misteriosa del paisaje escondido tras el recodo da nuevo ardor á los músculos, el bastón de punta de hierro se hunde acompasadamente en la tierra seca, los botines rudos hacen estallar los guijarros y pocas cosas son más hermosas que esa marcha al son de músicas interiores, descubriendo detalles, acumulando matices, viviendo por todos los poros y buscando en las entrañas de la soledad aislamientos cada vez más grandes y más completos. A ratos apunta en una meseta la mancha viva del traje de un campesino que trabaja en su olivar, surge en una encrucijada un carretón cargado de legumbres, ó se anuncia con su trompeta afónica y febril la tromba alegre y polvorienta de un automóvil. Pero en general las pequeñas viviendas incrustadas en las rocas, los árboles estáticos, los caminos desiertos, todo concuerda con la placidez contemplativa de los hombres. Y en la celeste apoteosis florecida de la naturaleza triunfante pasea el soñador el arco iris de sus estados de alma hasta que, vencido blandamente por el cansancio, rein-

tegra con el crepúsculo la ciudad borrosa donde las luces palpitan como luciérnagas.

Tanto ó más que las excursiones en tierra firme, atrae la puerta inquietante del mar.

Ante las grandes superposiciones de montañas celestes que de lejos parecen sembradas de violetas, se abre la esplendidez del vasto desierto líquido donde se recortan los triángulos de nieve de las velas hinchadas. Crespas como cabelleras de mujer, las olas repiten hasta el límite su curva flotante y temblorosa, de donde arranca el sol chispas de estrellas. Cobra el azul todos los matices de su triunfo, desde el marino en sombra hasta el verdeagua, y hay en la inmensidad imanes tan poderosos que, borrachos de ilusión, saltamos en la barca y ¡á bogar!...

Si al izar la vela pesada batida por el viento resbala el pie en las tablas húmedas, si al doblar con fuerza el timón salpica el agua, ó si al lanzar las redes finas tachonadas de corcho surge un rasguño en la mano ó desaparece el sombrero, percances son que pide la aventura. Ganados por la alegría del mar, reimos á boca llena del golpe, del traje mojado, del pequeño hilo rojo que borda adornos en el agua y del hongo flexible que flota y se aleja dando tumbos hasta el límite... La ciudad sólo se acusa en el horizonte por la lista encarnada de los techos sobre los cuales parece que hubiera llovido sangre. Estamos como suspendidos en la eterni-

dad, lejos de todo lo que muere... Si el mar es un reflejo del cielo, ó el cielo es un reflejo del mar, que otros lo sepan... La naturaleza se traduce, no se explica. Y, además, no tenemos tiempo para reflexiones. Esclavos de la fuerza que nos mece, de espaldas en la barca, viajamos con los ojos en las nubes movibles é inconstantes como el corazón y como la vida... De rato en rato levantamos los aparejos de donde brota la mano llena de peces brillantes que parecen lingotes de plata movible. Y cuando cae la noche como una mano de sombra que se apodera del mar, volvemos á la tierra y al tumulto, con los anzuelos, las cuerdas, y en una gran canasta de mimbres que da al brazo más vigor que todas las palanquetas de los gimnastas, el gran botín de pescado fresco que se retuerce y ondula presintiendo que será la gloria del festín jovial del día siguiente... De regreso, mientras envuelta en el crepúsculo queda durmiendo de lado la barca en el guijarral, nos detenemos en el murallón á encender la pipa y á admirar el espectáculo de la ciudad y del horizonte, todo azul, como si lloviera cielo...

¡La costa azul! También tiene la juventud, como la Francia, su costa azul. En la apoteosis del vigor, cuando á la luz de las auroras descubre el hombre á cada instante nuevas avenidas de ideal, la existencia es también un jardín al borde del Mediterráneo. Poco importa que la salud y la

fuerza de la edad de las rosas nos inclinen á desdeñar los artificios de los saraos y los *kursales* para difundirnos y disolvernos en la naturaleza vasta, que es como una ampliación grandiosa de lo que llevamos dentro. Cerrada la noche, siempre nos internaremos en la ciudad resplandeciente, cuyas avenidas oleosas bordeadas de vitrinas incendiadas parecen serpientes de oro que se estiran en la sombra; siempre entraremos en los almacenes lujosos atestados de objetos multicolores; y siempre nos codearemos con las gentes en los cafés y en las salas de espectáculo; porque la vida hay que vivirla toda entera, porque el intercambio social es una condición de salud, y porque nada resulta más peligroso que esos monólogos prolongados que son á menudo el camino de la neurastenia. El hombre debe abarcarlo y comprenderlo todo. Y para que tenga la indispensable intensidad compleja y penetrante, la costa azul de la juventud ha de ser la síntesis de la vida.

DÉCIMO INTERMEDIO

— Yo he visto — dijo Manón sonriendo á sus imágenes interiores, — cuando era niña, durante un viaje á los Pirineos esos pequeños caseríos diminutos que se agazapan sobre mesetas distantes bajo el azul estridente del infinito... Y aún me sacude la ingenuidad violenta y avasalladora de esas perspectivas... En París vivimos apetitos siniestros que arremolinan dolorosamente las almas y las agotan en ansiedades de bestia cerebral... ¿Por qué nos sometemos á la dominación y nos uncimos al yugo de lo que en el fondo desdeñamos?...

— Misterios son — repuse — que nos complacemos en acumular nosotros... ¿No has observado cómo insistimos siempre en matar la felicidad que ha podido nacer por milagro dentro de los corazones?... Parece que el hombre encontrara en el dolor cierta aspereza reconfortante, cierta volup-

tuosidad agria que acaricia sus enfermedades íntimas y favorece su hambre loca de vivir... Somos simples guerreros vanidosos y desequilibrados que nos cortamos las venas para mancharnos con sangre y poder hablar después de la ferocidad de la lucha... Somos víctimas voluntarias...

Un abanico de gorriones pasó piando entre las hojas.

— ... ¿Por qué no sabemos huir de las ciudades y del mal como huímos de la inundación y del incendio?...

— ... Porque somos parte de las ciudades mismas y del mal... porque un brazo no puede escaparse del resto del cuerpo... Aunque nos aislemos en las selvas vírgenes, el mal y la ciudad vendrán con nosotros... Resultamos su obra y no nos podemos extirpar el atavismo...

— ¿Entonces estamos condenados á *querer* sufrir?

— ... Estamos condenados á ser como somos... y á contarnos historias varias, al atardecer, en el bosque, para hacernos olvidar las penas que hemos buscado... ¿No te parece, Manón, que cuando presumimos de inteligencia y de buen juicio, somos como el infante que se cree invencible porque amenaza á los astros con su escopeta de corcho?... Nuestros razonamientos nos llevan á desbaratar los destinos más simples y á suscitar conflictos con nuestra intervención en cosas que

abandonadas á ellas mismas darían flores sin esfuerzo... Cuando tratamos de gobernarnos y de velar por nuestro porvenir, lo echamos todo á rodar á menudo... Quizá nos valiera más dejarnos crecer como estos árboles hoscos que no han tratado de hacerse vidas artificiales, y se han resignado á ser buenamente lo que acordó Natura...

Manón paseó los ojos por la floresta, cuyos troncos delgados saltaban rectos hacia el cielo, como chorros de vida...

— No olvides — dijo — que al hablar así razonas... Ahoguemos la verdad en otros cuentos.

UNDÉCIMO CUENTO

Cuando Sainterce, en pleno triunfo, interrumpió bruscamente la labor copiosa con que llenaba las revistas y los periódicos, sus enemigos no perdieron la ocasión de proclamarle vencido. En cuatro años de actividad, dijeron, se ha gastado cuanto tenía en el cerebro y en el alma; muy buenas noches. La crueldad profesional se alimentó con la aventura. Más de un rival se permitió alusiones en letra impresa. Y una vaga revista de cenáculo que circulaba entre amigos, le gratificó con una croniquilla titulada *La Defunción del gnomo*.

Que un escritor se imponga á los veinticinco años á la atención del público, que se abra camino en los grandes periódicos y que publique media docena de volúmenes, ya es razón suficiente para que le aborrezcan sus colegas. Pero si añade á ello

algún éxito sentimental, está perdido. El egoísmo de los hombres perdona más fácilmente la gloria que la felicidad. De ahí que Sainterce, enamorado inquieto, hubiera tenido que vencer tantas hostilidades.

Desde el renombre, retribuyó la hostilidad con saludos. Su buena suerte le permitía ser optimista. La obra naciente comenzaba á apoderarse de los espíritus, los salones le abrían sus puertas, la fortuna le sonreía.

¿Cómo explicar entonces que de un instante á otro cesase su colaboración en los periódicos, interrumpiese la publicación de sus libros y desapareciese, por decirlo así, para el público?... Un año en la vida literaria de París, es casi un ciclo. Y hacía un año que el autor de *En la noche* no publicaba una línea, cuando nos trajo Gleyre al café la aclaración del misterio: *Sainterce* estaba en el Tigre, á treinta kilómetros de Buenos Aires.

Un parisiense como él, nacido en plena calle de Montmartre, enamorado de la vida nocturna, ensalzado por los periódicos, solicitado por las mujeres, no se decide, en pleno camino de la gloria, á escurrirse por una senda extraviada y á hacer un viaje largo á un país desconocido, sin una razón atendible.

Fué una pregunta que formulamos todos:

— ¿Por qué ha huído de París?

Gleyre tomó el aire importante de un hombre

que sabe el valor de lo que calla, y nos dejó adivinar...

— Un duelo desgraciado, una mujer comprometida... — arriesgó el más impaciente...

— Una conspiración de acreedores — lanzó otro en broma...

— ... Una perturbación mental — estalló Ivril dando un puñetazo sobre la mesa.

Gleyre se decidió á hablar.

— Nada de eso — dijo; — Sainterce vive, como todos saben, en las nubes. No ha empuñado nunca un arma, ha pagado siempre sus cuentas religiosamente, y, en cuanto á su estado mental, sigue siendo dudoso, como lo prueba la carta que he recibido hoy... Pensadlo bien. Cuando se ha escrito una obra ibseniana con nebulosidades de doble fondo y « canales de agua de luna », los móviles tienen que ser forzosamente más absurdos... Sainterce era casi un superhombre.

— ¡Brrrrr...! — murmuró Ivril, imitando el redoble de un tambor...

— O te callas — amonestó Gleyre, — ó se acabó la historia... Este asunto es más complicado de lo que ustedes suponen... Imaginaos á Apolonio explicando las razones que aconsejaron á Jason su expedición á Cólquida, y comprenderéis mis circunloquios... Sainterce, lleno de vanidad, se creía ya « jefe de siglo »... Shakespeare, Hugo, Zola, Sainterce... Pero se ahogó en una

lágrima. ¿Conocéis el salón cosmopolita de madama de Langron? El genio asistía en los últimos tiempos á todas las reuniones literario-danzantes que daba esa musa histórica. Fué allí donde conocí yo á la autora del atentado... Desde luego, debo confesar que no era una maravilla... Pequeñita, muy morena, de pelo renegrido y cuerpo frágil, con sus ojos desproporcionados y su boca sensual, tenía el tipo inquietante de la criolla, pero « en sordina ». Casi siempre son divinas, y yo las admiro como ustedes. Pero ésta era un ejemplar inferior... El pobre Sainterce tiene en amores los mismos gustos que en literatura... Ya lo sospechábamos, porque todo se corresponde; pero la nueva prueba es fatal... Aquí cabe hacer una pregunta : ¿Sainterce, hizo la corte, ó se dejó seducir?... Yo estoy por lo segundo... La interoceánica tenía un nombre estridente y debía ser, por su carácter, amazona. Su padre era un hombre ameno, sagaz, lleno de ardides, con quien conversé varias veces... Les atrajo, de fijo, la gloria de escaparate... « El autor de *En la noche* », eso viste muy bien... Y Sainterce se dejó marear... ¿Un casamiento?, diréis; ¿por qué no se casó en París?... ¡Almas ingenuas!... Había que exhibir la « caza » en la ciudad natal... La niña inventó no sé qué historia de devoción... Quería cumplir su promesa de desposarse en el santuario de cierta virgen del terruño... El náu-

frago pasó por todo... Si le hubieran dicho que tenía que ir á las antípodas y regresar por el planeta Marte, hubiera dicho también que sí... Son aberraciones de subgenio... La cosa se resolvió en pocos días... Naturalmente, madama de Langron fué cómplice. Siempre que ocurre una nueva desgracia social, me pregunto : ¿cuándo le retiran el exequátur á madama de Langron?... Pero estas maldades quedan generalmente impunes... En cuatro días, Sainterce arregló sus asuntos... El quinto apareció en Burdeos con un baúl inglés, dos valijas y un sirviente cojo... Se embarcaron en un vapor francés... Son detalles que he sabido por Dorques, el *bric-à-brac* de noticias. Pero lo que tiene más gracia es la carta que he recibido hoy...

— *Pardon* — dijo Ivril : — ¿cuántas carillas tiene la carta?

— Cuatro.

— ¡Camarero! ¡Otro *cocktail!* — gritaron todos en coro.

Gleyre leyó :

« Querido amigo : Preveo que, al recorrer esta carta, tendrás una sonrisa de desdén, y que, al leerla luego en el *bar*, entre el humo de los cigarrillos, corroborarás las burlas de todos. Están ustedes tan lejos de las raíces, tan lejos de la verdad, que mi tentativa de ser sincero les tiene que parecer absurda. Sin embargo, no está demás

que sepas las razones que me han impelido al viaje y al silencio.

» En París desarrollamos una actividad artificial, á flor de vida. La consigna es ser brillante, múltiple y producir mucha espuma. Alcanzar éxito es hablar alto, manipular amistades, distribuir sonrisas, exhibirse... ¡Triste mar de burbujas de colores, donde naufragan los ilusos creyendo inmortalizarse! ¡Cuántos espejismos! La ciudad está llena de trampas, donde caen los hombres soñando haber trepado á las cumbres... ¿Crees, acaso, que quedará una frase de toda nuestra literatura febril y desmigajada? El deseo de aparecer, de brillar en primera línea, de estar en todas partes, nos condena á ser inconsistentes y efímeros como las mariposas. En un momento dado, un hombre parece llenar toda la ciudad; seis meses después, todos han olvidado su apellido. Se hizo escuchar mientras mantuvo su constante titilación de luciérnaga; pero como no hizo nada sólido, se extinguió con la muerte. ¿Y para esa miserable vanidad de un instante, nos torturamos el corazón y el cerebro? Con nuestra preocupación constante y enfermiza de tener entrada en todas las publicaciones, de filtrarnos por todas las puertas, de abrirnos paso con los codos para aparecer en todas las fotografías, parece que estuviéramos teniendo á raya al fracaso, pero no conquistando el éxito... Ahora bien; esta gloria, hecha de mosai-

cos añadidos penosamente, me parece un despreciable juguete infantil.

» Dirás que con ella he vivido y que, durante algún tiempo, la juzgué suficiente. Pero hay que tener en cuenta la transformación que se ha operado dentro de mí. Si nuestro cuerpo renueva sus moléculas de tal suerte que hoy no conservamos nada de lo que fué nuestra envoltura hace diez años, ¿cómo no se han de renovar el carácter, los pensamientos y las tendencias? Yo he hecho más que transformarme; he despertado. Despertar, es morir y nacer; pasar de un mundo á otro, conocer dos vidas. Por eso puedo comparar lo que fuí con lo que soy, y sonreir ante mi pasado. De cuanto escribí, no quiero recordar más que una cosa : la extraña alucinación que me envolvía.

» Mi obra futura tendrá sus raíces en lo más profundo del alma de los hombres; por eso será durable. Me estoy despojando de lo falsamente « humano », que pone en nosotros la costumbre y el contacto de las gentes. Porque hay sentimientos generales y maneras de pensar que, á primera vista, parecen los únicos posibles, ó que, á fuerza de estar ahí, pasan desapercibidos, pero que, en realidad, nos ocultan las verdaderas perspectivas. Contra todo ello quiero reaccionar. El primer libro, *La Reverberación,* aparecerá á fin de año. Por él verás lo que vi...

» ¿Que si tendrá éxito? Creo que no. Pero eso

es lo menos importante. Sólo me interesa una cosa : que quede. Con lo que se diga en París sobre él, haré un abecedario de lugares comunes. No sabes cuán poco me inquieta ahora la opinión de la mayoría. En estos últimos tiempos he podido comprobarlo. Desde luego supones que no han faltado corresponsales anónimos que me han tenido al corriente de lo que se ha dicho sobre mi casamiento y mi partida. Te confieso que las cartas y los recortes me han producido una impresión de tristeza; pero no por mí, por ellos. Amarga saber que hay todavía tantos maniáticos que se ensañan en clavar alfileres sobre una sombra. Adiós. — RODOLFO. »

— ¿Conocéis la historia de Li-Koueng-Koueng? — dijo Ivril, riendo maliciosamente en su barba rubia.

— No — declaramos todos.

— Pues bien, Li-Koueng-Koueng era un curioso mandarín del Celeste Imperio, que se cortó la trenza y se transformó en eremita, con el fin de estudiar la materia de que estaban formadas las orejas de las moscas. Anunció pomposamente su proyecto, agonizó diez años, se quemó las pestañas y acabó por descubrir que las moscas no tenían orejas. Tal es el caso de Sainterce. Dejémosle gemir y no le otorguemos importancia.

— Hay que costearle una ducha por suscripción nacional — dijo otro, sin quitarse la pipa de

los dientes; — en París ya nadie se acuerda de él, ni siquiera madama de Langron, que está « trabajando » el casamiento de un diputado inexpugnable.

— De todos modos, la tentativa es ilusoria — falló Gleyre.

— Absurda — clamó Ivril.

— Insostenible...

— Grotesca...

Sainterce estaba ejecutado.

Pero un adolescente de ojos melancólicos y larga melena rubia, que había asistido en silencio á la conversación, como un discípulo ó como un juez, salió de la sombra, interrumpiendo la carnicería.

— Sainterce tiene razón — les gritó en los ojos. — Á pesar de vuestra mueca irónica, todos vosotros no sois más que cadáveres...

Y, en un saludo, hizo crujir la puerta.

Aquella misma noche supe que el defensor de Sainterce tenía un nombre seductor. Se llamaba *El Porvenir*.

UNDÉCIMO INTERMEDIO

— Una mujer puede á veces abrir ó cerrar una vida — dije ensayando un epílogo á la historia; — pero los suspiros de amor son burbujas de imposible...

En el último resplandor de la tarde que se iba, pasó cabalgando una sombra inquieta.

Manón me interrumpió...

— Como esas lunas que se dibujan pálidas sobre el cielo azul cuando el sol dora todavía los campos, anunciando así, en medio de la esplendidez del día, la inevitable tristeza de la noche, en pleno amor, y, desde los comienzos, aparece el signo del adiós...

— El dolor es el arado de las almas — dije resignado; — sin él, los corazones no fructifican, los cerebros no florecen; sin él, no se realiza el hombre.

. . . .

— ¿Por qué ha muerto el sol? — preguntó de pronto Manón, que asistía, con los ojos tristes, á la emigración de las nubes, que se empujaban como si abandonaran la comarca que comenzaba á desfallecer vencida por la noche.

. . . .

— Porque debemos irnos...

Cuando llegamos á la plaza principal, las luces comenzaban á encenderse y, bajo el crepúsculo, la estación del ferrocarril se desteñía en líneas azuladas sobre las cuales huían las siluetas obscuras de los transeuntes.

— Te contaré otro cuento durante el viaje...

DUODÉCIMO CUENTO

Con el corazón vacío de aventuras, en un remanso de su vida sentimental, Loyalte se había refugiado — pretextando el deseo de escribir, pero en realidad con el propósito de echar olvido sobre el dolor de una ruptura — en aquella pequeña localidad que se transformaba, con el invierno, en colonia de tuberculosos, y que resultaba, con sus grandes bosques de pinos, un pintoresco eremitorio de meditación.

Á los veintiocho años, Loyalte había vivido medio siglo. Sus viajes, sus contratiempos y sus buenas fortunas, su temperamento nervioso y atrevido; la suerte, que no le había desamparado jamás, y su posición desahogada, le habían permitido saborear todas las sensaciones. Su existencia era un verdadero folletón de aventuras que no habían levantado nunca escándalo, pero que servían á

menudo para llenar los baches de la conversación en las tertulias de ociosos, ó para ayudar á fumar un cigarrillo, en las redacciones de los periódicos, después de las dos de la madrugada. Su vida errante le daba cierto prestigio, y más de un colega le envidiaba el desmigajamiento de sus años, el vértigo de sus horas, que le habían hecho aprender mucho, pero que sólo le habían permitido escribir de una manera incompleta y entrecortada.

« Vivió las novelas que no escribió », decían de él los envidiosos. Y quizá tenían razón, porque, solicitado por la vida que le abría los brazos y le arrastraba á pesar suyo, Loyalte apenas había atinado á publicar media docena de libros, compuestos casi de pie, con el pensamiento puesto en el sol que iluminaba en la calle los sombreros florecidos de las mujeres. Pero, entre tantas intrigas, hubo una que entró más hondo, y tras una separación desgarradora, Loyalte decidió buscar remedio en la soledad y en el trabajo. De ahí la fantasía que le había desterrado á la pequeña aldea de enfermos para terminar un volumen en dos meses y tornar á la capital y volver á entrar en la vida...

Su casita pequeña, rodeada de un jardín abandonado, estaba casi fuera de la población, en una loma, desde donde se dominaba la carretera y el bosque de pinos que parecía cerrar con su gran valla obscura el horizonte. Loyalte vivía casi solo

Apenas le acompañaba una amiga abnegada de su primera juventud que le había seguido de lejos en sus travesuras y que aprovechaba la momentánea tranquilidad para volver á acercarse. Pero entre los dos había demasiado pasado para que volviese á brotar la chispa redentora. Ambos se habían resignado á no ser más que excelentes compañeros. Mientras él revolvía sus libros, ella ordenaba la casa en tanto que las horas corrían lentamente, llenas de monólogos interiores y de pesares inconfesados.

Loyalte preparaba á la sazón un tomo de cuentos que tenía contratado con un editor de Barcelona. Urgía acabar aquellas páginas que debía entregar á plazo fijo... Pero el último amor, que esperaba contar en una obra nueva, le había desmoralizado completamente y las semanas huían sin que se sintiera con fuerzas para tomar la pluma. Prefería errar por los caminos solitarios, explorar los senderos del bosque ó trepar á la colina en cuyos picachos se sentaba á evocar situaciones y á rehacer la historia de aquel amor tan compartido como doloroso.

El crepúsculo le sorprendía á veces lejos de la población y sentía cierta voluptuosidad de artista en atravesar para volver la solitaria floresta de pinos llena de misterio, donde sus pasos acompasados hacían crujir la alfombra de hojas secas, y donde los troncos parecían animarse al conjuro

de la noche, como mujeres que se despojan del antifaz al encontrarse solas. Le parecía entrar así en la intimidad de la naturaleza y penetrar el alma del bosque, que, defendido por las tinieblas, se abandonaba á su vida fantasmal. A veces se sentaba en un claro y encendía un cigarrillo cuya ascua roja, al temblar ante los labios, diluía una claridad rojiza y parecía una mariposa de sol que disputaba por un beso... Cuando regresaba, veía desde lejos la ventana del comedor y la silueta de su amiga que ayudaba á la criada y disponía sobre la mesa el cesto con la fruta y el ramillete de flores.

Loyalte, convaleciente todavía de su crisis sentimental, aceptaba aquella existencia tibia y monótona como una neblina necesaria que debía separarle de su pasado inmediato. Así que entraba á la casa se instalaba en su gabinete de estudio, revisaba la correspondencia llegada por el correo de la noche, entreleía los periódicos, abría al azar un libro y sólo despertaba cuando le advertían que la sopa humeaba en la mesa. Entonces se dirigía lentamente hacia el comedor, saludaba á su amiga, ensayaba un comentario sobre cosas triviales y, terminada la cena, volvía á su sillón, donde se quedaba con los ojos fijos en el escritorio, sin ánimo para nada, contemplando el gran fajo de cartas por contestar que yacían polvorientas, bajo el pisapapel de bronce antiguo. Le roía

una pereza dolorosa y resignada que no había sentido nunca. Parecía que con la separación habían huído sus ambiciones, y que el éxito, perseguido con tanto tesón y logrado casi, se le iba á desvanecer entre las manos.

Aquellas veladas de lectura y de meditación bajo la luz cruda que reflejaba en círculo la pantalla de muselina verde, no podían menos que marearle y sumirle en un adormecimiento singular.

Triste y como ausente, su compañera se ocupaba en su labor, sin levantar los ojos, como si viviera en sueño. El perro, fatigado de sus carreras locas en el jardín durante el día, roncaba ante la chimenea con el hocico hundido entre las patas. Del camino no venía el más leve rumor... El humo de la pipa formaba círculos azules que se superponían y se mezclaban hasta desvanecerse en el techo. Y los libros concordaban tan poco con su situación, parecían tan artificiales, que Loyalte los dejaba caer para seguir deletreando mejor, con los ojos cerrados, su propio libro sentimental lleno de lágrimas...

*
* *

En sus paseos solitarios, Loyalte no elegía los puntos de vista, no acortaba el paso ante el misterio de los recodos, ni bordeaba la floresta antes

de internarse, ni calculaba los efectos de luz... A su entender todo era hermoso en la naturaleza, y había que visitarla sin cálculos egoístas ni refinamientos artificiales, suscitando la sinceridad y dejándose guiar por su capricho. De ahí que sus excursiones tuvieran siempre la frescura y la novedad de una exploración.

La vasta floresta de pinos que los escasos excursionistas rozaban apenas en sus detalles más accesibles y comunes, ofrecía una novedad inagotable.

Lo que más le maravillaba eran las puestas del sol. La inmensa bola de fuego se hundía invariablemente en el límite, detrás de la trabazón de troncos obscuros que resaltaban sobre el horizonte incendiado, pero el matiz y la intensidad cambiaba todos los días. según el lugar imprevisto y diverso en que se encontraba. Lo que era aquí resplandor de cobre, se tornaba allá en rojo violento, ó se diluía en un rosa pálido como una lámpara de alcoba. Los árboles mismos ensayaban actitudes diferentes. El bloque compacto de la floresta parecía renovarse y palpitar como un cuerpo humano.

Loyalte traía á veces un libro. Pero lo más común era verle con los ojos libres y las manos detrás de la espalda, atento á todos los detalles, curioso de todas las manifestaciones, como si auscultara el corazón de la tierra y tratase de descifrar lo desconocido...

Una tarde en que después de recorrer sendas nuevas se había internado en un zarzal donde se abría paso lentamente con su bastón nudoso, tuvo la sorpresa de distinguir á la distancia una silueta de mujer. Hasta entonces el bosque había sido como su propiedad. Nunca había encontrado á nadie en sus excursiones. De ahí su sorpresa al descubrir un ser humano.

La mujer, que estaba de espaldas, debía ser una campesina, á juzgar por el traje. Vestía una simple falda roja y un corpiño negro que se destacaban sobre el gris diluído del crepúsculo. Pero Loyalte tuvo la curiosidad de verla de cerca... Y una vez fuera del zarzal, marchó á su encuentro, describiendo una curva para disimularse.

Los movimientos de la mujer, que parecía estar atando un haz de leña, eran rápidos y juveniles. Su cuerpo, flexible y ágil, se arqueaba bajo el traje ligero en ondulaciones armoniosas... Loyalte observó la cabellera renegrida y enmarañada que le caía en mechones tumultuosos y terminaba en un nudo pesado y casi deshecho.

A medida que se acercaba, se precisaban los detalles. La mujer se creía sola y tarareaba entre dientes una canción, volviendo de tiempo en tiempo la cara para ver cómo ardían las nubes en la hoguera formidable que parecía tragarse el horizonte. Loyalte alcanzó á ver una mejilla morena, dorada como el pan recién cocido, una oreja diminuta y

un cuello torneado que emergía triunfante del corpiño entreabierto.

Entonces se detuvo, sin saber por qué, y se sentó sobre un tronco...

La mujer, que estaba á treinta pasos de distancia y no se había apercibido de su llegada, continuó liando el haz de ramas secas, con lentitud, como si saboreara la soledad. Loyalte pudo observarla á su antojo... A pesar del traje descuidado, tenía cierta elegancia silvestre; y debía ser muy joven, porque asomaba en su languidez cierta inquietud traviesa. Loyalte estuvo á punto de agitar una rama, ó de toser, para hacerle volver la cara. Pero prefirió esperar...

El incendio del sol se extendía, como si se hubiera comunicado al planeta. A su resplandor, el bosque mismo parecía arder en el límite. Se hubiera dicho que una mano enorme alimentaba aquella hornalla arrojando en ella los ídolos vetustos, las falsas civilizaciones, las ciudades culpables, las mitras y los cetros, toda la mala hiedra de mentira que agotaba la savia del mundo para dejar crecer, libres al fin y triunfantes, los árboles rejuvenecidos de la libertad y de la justicia. Las llamaradas del enorme auto de fe, subían hasta los palacios de marfil donde habitaron las ilusiones y en la vasta solemnidad de la catástrofe generosa que ganaba terreno y cercaba la floresta como si todo estuviera contaminado, Loyalte sin-

tió el deslumbramiento de la destrucción creadora. Aquella fragua devoraba residuos de vida para forjar una vida nueva. Sus ascuas de oro ayudaban á hacer maleable el porvenir... Y contempló maravillado las llamas rojas que, cual si fueran el alma de la sangre vertida por los piratas de la humanidad, se afilaban al subir tumultuosamente en la tranquilidad del crepúsculo, porque después de purificarlo todo aspiraban á perderse en el infinito...

... En el silencio penetrante y magnetizador se ahogó la voluntad de los extraños transeuntes de la floresta. Loyalte, sentado sobre el tronco, con los ojos clavados en el lugar por donde había desaparecido el sol, se olvidó de la mujer que le intrigó un momento. Y ésta, á su vez, extraña á todo lo que la rodeaba, sin advertir la proximidad de Loyalte, continuó pensativa é inmóvil, absorta quizá ante el cinematógrafo de su imaginación, como un niño que asiste á portentosas pantomimas.

La noche entraba con lentitud en el bosque indeciso y como borrado; del incendio vengador no quedaba más que un polvo rosa diluído en el gris creciente del horizonte; y en la soledad llena de amargura y de infinito, continuaban monologando interiormente los dos tristes...

Hasta que la campana de un pequeño monasterio que dominaba la colina comenzó á dar saltos

y á sonar, como si, sobrecogida de pavor ante la amenaza de la noche, quisiera poner en guardia y agrupar á todos los habitantes...

Loyalte sacudió su modorra y paseó en torno la vista. La mujer despertó y se volvió bruscamente, adivinando que alguien estaba detrás...

Entonces brillaron dos ojos donde titilaban las últimas chispas del incendio del sol...

Era la naturaleza bravía é insolente condensada por un extraño sortilegio en un cuerpo de mujer; era algo que representaba toda la vida profunda, incierta y fantasmagórica del lugar; era el alma omnipotente y rústica del bosque estremecido que brotaba de la tierra, se materializaba y se erguía...

Esbelta y elástica, con las formas casi transparentes bajo el traje ligero, la mujer, al propio tiempo inverosímil y bestial, lasciva y pura, cogió el atado de leña, cimbreó el cuerpo, y se lo echó sobre el hombro. Su mirada, voluntariosa y audaz, se posó con insistencia sobre el transeunte, que la observaba como si quisiera adivinar una situación ó penetrar un secreto... La fisonomía dulce y trágica de salvaje sentimental se contrajo un instante. Después los ojos se entornaron, los hombros se encogieron, y haciendo un movimiento de lado para asegurar la carga, echó á andar hacia el pueblo, lentamente, volviendo la cabeza para

mirar á Loyalte, que la siguió también con los ojos, inmóvil, hasta que desapareció...

* * *

Nada le fué más fácil á Loyalte que obtener datos sobre la misteriosa mujer.

En las pequeñas localidades en donde todos se conocen y se observan, las más íntimas historias flotan en la superficie de la vida.

Junto á la estación del ferrocarril, en una calle nueva bordeada de árboles recién plantados, había una taberna donde se reunían los porteadores, los cocheros, los guardavías y todo ese mundo especial que lleva una existencia de murmuración y de ocio entre dos trenes. La patrona era una mujeraza rolliza de tez morena y ojos diminutos que, estacionada siempre en el dintel con los brazos en jarra, cambiaba saludos y bromas con los transeuntes. En el lugar se criticaba su complacencia, y se llegaba á insinuar que, poco cargada de escrúpulos, solía favorecer los encuentros y hasta ceder, llegado el caso, á las parejas discretas, su primer piso. Todo ello no era quizá más que un rumor torpe de villorrio; pero lo que resultaba innegable era que en aquel pequeño almacén donde charloteaban siempre media docena de maliciosos, se sabía el presente y el pasado de cuantos habitaban á varias leguas á la redonda.

Loyalte entró cuando había menos gente, pidió

una botella de cerveza, y como la patrona, husmeando quizá una intriga, se quedara ante él sonriendo en silencio, le hizo seña de acercarse más y formuló su pregunta.

La mujer se desató en exclamaciones :

— ¡ Cómo no había de saberlo !... ¡ Las señas resultaban mortales !... ¡ Vaya si conocía á Maruja la pordiosera !... Como que iba para un año que se había instalado en el país con su padre, un viejecito de barba de espuma que tosía como un condenado... ¿ Ve usted ?... (y la buena mujer, plantada en medio de la acera, trazaba con su mano roja un camino). Viven allá, á la salida del pueblo, á la derecha del camino vecinal, en una miserable choza en ruinas que les han cedido las autoridades para que no duerman á la intemperie. Se dice que vienen de muy lejos y que son gente vagabunda y de mal vivir... Apenas saludan, y parece que se creyeran príncipes en su miseria... Algo malo deben llevar en el recuerdo para que busquen así la sombra y vivan sin patria ni ley, á la buena de Dios, y sin tratarse con la gente... Aquí se les ve con malos ojos, y bien merecido se lo tienen... Sobre todo Maruja, que no escucha á ninguno de los mozos del pueblo, como si todos fueran poca cosa para ella y se reservase para algún príncipe de cuento de hadas...

— ¿ Y por qué le llaman « Maruja la pordiosera ? » — interrumpió Loyalte.

— No es porque mendigue — convino á su pesar la mujeraza; — pero se puede decir que ella y el viejo viven de la caridad... Porque si don Ignacio les da la comida, es más bien por hacerles un favor que por retribuir el servicio que le prestan al cuidarle las vacas... Claro está que no extienden la mano en los caminos, pero ninguno de los dos tiene una profesión definida... Viven como buenos animalejos libres y salvajes, sin obligaciones, sin sueldo, sin nombre y sin contribución... Hoy están aquí, mañana estarán en otra parte, y en ningún pueblo arraigarán, porque son semilla que se lleva el viento... No falta quien diga que acabarán por cometer alguna mala acción... ¡Gitanos habían de ser para gustarnos!

Loyalte interrumpió otra vez:

— ¿Y se sabe dónde estaban antes de venir aquí?

La mujer alzó los brazos y se encogió de hombros, con grandes aspavientos, como si le consternara la incertidumbre de aquel pasado.

— ¡Vaya usted á adivinar esas cosas!... Para esta gente no hay programa... El mejor día echan á andar por la carretera y desaparecen... Como no llevan equipaje, no se sabe si salen de paseo ó si se van para no volver...

Loyalte se quedó un instante pensativo. Después recordó que los desocupados que chanceaban á la puerta del figón le estaban observando, y se

rehizo una indiferencia. Pero no pudo esconder su turbación al despedirse... La comadre le siguió con los ojos, entre amable é irónica, aguardando á que doblase la esquina para desatar sus comentarios. Y Loyalte, por una de esas adivinaciones alucinantes que sólo tienen los sensitivos, vió sin volverse cómo se apiñaba el corro para comentar sus amores con Maruja la pordiosera.

* * *

Después de caminar buen trecho, Loyalte se volvió para asegurarse de que no le seguían. Nadie asomaba por las aceras angostas del camino vecinal.

Entonces se detuvo junto á la balaustrada de un puentecillo que salvaba un arroyo de aguas verdes.

La perspectiva era grandiosa.

El sol, escondido detrás de las nubes, dejaba filtrar por un desgarrón, un gran chorro de luz dorada y caliente que iluminaba el paisaje. Abajo se extendía una vasta llanura sembrada, después una hilera de casitas diminutas que debían estar al borde de un camino, y, por fin, detrás de todo, la floresta y el minúsculo cementerio sobre el cual caían en ese instante, como una tormenta de nieve, espesas bandadas de palomas.

Loyalte contempló largo rato aquella apoteosis.

Después siguió andando á pasos cortos, deslumbrado aún por la perspectiva que se prolongaba en su recuerdo...

La choza que le habían indicado debia estar muy cerca...

De pronto se detuvo sin saber qué hacer...

Maruja había surgido en el camino y avanzaba bajo el sol, con los brazos flotantes y el cabello en humo. Quizá se encaminaba á la floresta... Loyalte se preguntó si convenía volver hacia atrás y esperarla más lejos, ó continuar andando. La impaciencia de mirarla le empujó á seguir... Ella le había advertido ya, pero afectó un gesto ausente. Su andar embarazado y el ademán nervioso con que se alisaba la cabellera permitían inducir, sin embargo, sus sensaciones... Loyalte, sin dejar de observarla, se aplicó á apartar con el bastón las piedrecillas del camino... Cuando se cruzaron, los ojos se reconocieron, se abrió una sonrisa luminosa y desapareció la visión en un saludo... Tres veces volvió Loyalte la cabeza, y tres veces encontró la mirada y la sonrisa de Maruja... Después todo se ahogó en el camino irregular que se retorcía en curvas...

Loyalte vaciló de nuevo. Seguir detrás de Maruja le pareció dar pasto á las malas lenguas del villorrio. Mejor era aguardar y darle alcance en la floresta, donde nadie les observaba... Pero, ¿cómo entretener su ansiedad?... Entonces recordó el

propósito que le había llevado hasta allí... ¿Por qué no iría á conversar con el padre de Maruja?

Á pocos pasos, en el fondo del camino que se estiraba al sol, se alzaba una vivienda mezquina y ruinosa, sobre cuyo techo de paja ennegrecida por las lluvias, revoloteaban y piaban los pájaros. Á la puerta, sentado sobre un tronco, sereno y apacible, soñaba un viejo de tez curtida, que parecía ajeno á cuanto pasaba en redor, como si la tarea de cortar las ramas con un cuchillo andaluz le absorbiese completamente.

El saludo le despertó.

Loyalte se detuvo, fingió interesarse en la anatomía torturada y monstruosa del manzano que prestaba sombra al refugio, y trató de encender una conversación indiferente. El hombre contestaba de mala gana, sin interrumpir su labor parsimoniosa. Parecía que las palabras, al volverle á la realidad, le causaban un escalofrío que ansiaba sacudir para refugiarse de nuevo en su silencio...

La conversación se hizo tan penosa, que Loyalte iba á partir, renunciando á continuarla, cuando apareció de pronto, como si brotara del camino, la silueta salvaje de Maruja.

— Buenas tardes, señor — dijo con una extraña sonrisa que nadie hubiera podido decir si salía de su boca en llamas ó de sus ojos, donde naufragaban estrellas.

— Buenas tardes — respondió Loyalte, entre contrariado y alegre, porque aquella brusca aparición desbarataba sus proyectos, aunque respondía á sus deseos más íntimos.

Él hubiera querido encontrarla en un lugar apartado, para no tener que medir las palabras. Su timidez le hacía esperar con temor el diálogo... Pero sintió una rara felicidad al comprender que Maruja estaba allí porque le había visto.

— Oye, padre — dijo la muchacha : — dame el segur para cortar la leña.

Loyalte sintió la necesidad de intervenir.

— ¿Va usted al bosque? — le preguntó.

Y como ella respondiera que sí, Loyalte se volvió hacia la gran mole obscura que enlutaba el paisaje.

Visto á la distancia, desde la pequeña loma, el bosque parecía un gran monstruo huraño que se agazapaba para dormir. Las escasas viviendas salpicadas en la orilla, eran, con sus techos rojos, pequeños insectos que le devoraban los flancos. Y la gran bola de oro del sol, que comenzaba á desaparecer detrás de los árboles como en una garganta gigantesca, contribuía á evocar en el paisaje el perfil panteísta y fantasmagórico de esos dibujos japoneses en que hay dragones en lucha con el firmamento. El bosque era el Minotauro de la región, porque era la soledad. Refugio de la noche, que se escondía dentro de él mientras

triunfaba la luz; nido de imaginaciones y de desconocido; guarida de los piratas del miedo, reinaba sobre la llanura y sobre las lomas, siempre adusto, siempre enemigo del día, siempre insaciable, devorando todas las tardes un sol para poder desencadenar libremente, al abrigo, el tropel hosco de sus gnomos...

— Me voy, porque no quiero que me sorprenda el crepúsculo...

Las palabras, que silbaron al viento con un murmullo de ramas estremecidas, sacaron á Loyalte de su letargo.

La gitana pasó junto á él, rozándole con la manga del brazo suelto en que llevaba el segur. Después se volvió dos veces antes de desaparecer tras el recodo...

Era la cita dada abiertamente, con el impudor de una naturaleza primitiva. Sin embargo, Loyalte dudó. Su temor del ridículo, su miedo de ceder á una debilidad del amor propio, le hicieron desconfiar... Quizá era todo un espejismo de su deseo. Si la muchacha le había rozado, si le había sonreído, si se había vuelto para mirarle, había sido por curiosidad, por coquetería, por no saber hacer otra cosa. Era pretensión suponer que, porque se habían encontrado en el bosque una tarde á la caída del sol y porque la casualidad los había reunido después en un camino, se tenía que haber enamorado de él aquella aventurera que todos se

disputaban. Aunque, ¿por qué no había de ser él el favorecido? Aquella juventud vibrante y sensitiva, excitada por la libertad y la vida nómada, podía tener caprichos de corazón tan imperiosos como el hambre... ¿Qué convenía hacer?... ¿Acudir al llamamiento y exponerse á una desdeñosa sonrisa, ó abstenerse y quedar como un temeroso debutante?...

Tales fueron las rápidas reflexiones que se hizo el poeta mientras cambiaba penosamente con el viejo algunas frases vacías.

Así que pasaron algunos minutos, se despidió y echó á andar por un sendero extraviado que cortaba directamente hacia el bosque. Trató de imponerse una resolución. Aquellas vacilaciones le atenazaban los nervios. Había que resolverse á vivir. Su compás de espera había durado largas eternidades.

* * *

El bosque, fresco como un claustro, húmedo como una gruta, solemne como un camino de cementerio, con su colchón mullido de hojas secas, donde se hundían los pies; su atmósfera de complicidad y su música misteriosa de violines lejanos, abrió un enigma ante la ansiedad de Loyalte. ¿Qué sorpresas le reservaba la tranquilidad misteriosa de ese gran organismo impasible que asis-

tía á los devaneos de los hombres con un desdén somnolento de filósofo hastiado? ¿Qué hechos, qué situaciones, qué paisajes morales se concertaban entre los bastidores del porvenir para salirle al encuentro de pronto y conmover su vida exhausta de sentimental impenitente? ¿Cómo prever la fisonomía y los colores con que se presentaría lo desconocido? Su aventura se le aparecía como una marcha en la noche por tierras nuevas. ¿Cómo apartar los peligros, cómo dirigir su acción si no veía nada?...

Loyalte se dirigió al lugar en que había encontrado á Maruja el día anterior.

Desde muy lejos, á través de los troncos que la disimulaban, distinguió la falda roja...

Su timidez desapareció ante la urgencia de obrar, como para ciertos caracteres nerviosos desaparece el miedo en la boca del peligro. Una llamarada de audacia que brotó del corazón, le chamuscó los ojos... Y con cimera de optimismo, se encaminó resueltamente hacia el claro desde donde Maruja, sentada sobre una piedra, le veía venir con una sonrisa...

Loyalte apretó el paso, más para acortar el tiempo y decir pronto su sinceridad, que para evitar esa mirada escudriñadora y molesta de los que nos aguardan. Se sentía audaz como nunca. Su impaciencia rompió el silencio antes de llegar.

— Buenas tardes, Maruja.

— ¿Cómo has sabido mi nombre, caballero?

— Como se sabe todo, preguntando.

— ¿Y á quién has preguntado para saber que yo te esperaba aquí?

— Á mi diablillo interior, que me ha dado un encargo para ti.

La muchacha se puso roja y, abandonando su mano, clavó los ojos en el sol, que descendía en ascuas detrás de los árboles.

— ¿Te acuerdas del crepúsculo de ayer?

En sus ojos salvajes de primitiva había no sé qué rara vivacidad inteligente, no sé qué adivinación de las delicadezas y los matices, que borraba su rusticidad y hacía de ella casi una mujer refinada, capaz de comprenderlo todo.

— Me acuerdo del crepúsculo — dijo Loyalte con vivacidad; — pero me acuerdo más aún de nuestro encuentro y de la sensación rara que experimenté.

Y luego, lanzándose bruscamente :

— Dame un beso...

Maruja se defendió, pero los labios se juntaron; y fuera un reflejo del sol, fuera una burbuja de las almas, los dos tuvieron una chispa en los ojos.

— ¿Tú eres de aquí? — preguntó Maruja, dejándose llevar por los senderos misteriosos del bosque.

— Estoy aquí desde hace algún tiempo — contestó Loyalte evasivamente.

— ¿Y dónde vives?

— ¿Para qué quieres saberlo?

— Para ver tu casa.

— Mi casa está muy distante y, aunque te diera las señas, no la encontrarías nunca.

— ¿Por qué te escondes de mí?...

— No me escondo; pero, ¿qué ganarías con saber esas cosas?

Maruja guardó silencio...

Su boca se contrajo, su mirada se extravió entre los troncos de los pinos y, deteniéndose de pronto, sin volverse á Loyalte, como si sólo hablara para ella, murmuró :

— Tus ojos me han engañado... ¡La vida!... ¡Siempre la vida!... Sin ella, hubiéramos seguido andando hasta el sol...

En los cuentos antiguos y en algunas pesadillas hay personajes brumosos que pasan envueltos en nubes, diciendo palabras obscuras y sin sentido inmediato, que evocan muchas cosas, aunque no especifican nada. Sin embargo, en esos momentos adivinamos vagamente que todo aquello tiene un significado patente en otras esferas impenetrables para nuestros sentidos, y responde á situaciones que están por encima de nosotros.

Así resonaron en Loyalte las palabras de Maruja.

Todo el mundo fantástico que dormía en él desde su infancia, revivió de pronto en un tumulto de incongruencias maravillosas.

— ¿Qué me has querido decir? — preguntó ansioso.

— ¿Á ti? — dijo la gitana con asombro fingido. — Hablaba con un pájaro azul que se perderá en la noche...

Loyalte, predispuesto al ensueño por la soledad en que vivía y por su temperamento caviloso, se afirmó en su idea...

— Habla — suplicó...

Pero Maruja le miró con tanta extrañeza que, temiendo ser ridículo, se resignó á disimular su inquietud.

En su imaginación calenturienta siguieron floreciendo todos los desvaríos en cascadas de desequilibrio y de imposible, y continuaron rodando hasta el corazón todas las ansias locas del prisionero de la vida.

— Si consientes en ser franca, te diré dónde vivo, ya que eso parece interesarte — consintió.

— Ya lo sabré yo sola, pobrecito mío — repuso la gitana con desembarazo; — pero si te lo escondes, por algo será... Y ese algo yo me lo sé... ¿Quieres que te diga la buenaventura, misterioso?... Trae esa mano, y que todas las bendiciones caigan sobre ti... Pero mira que no basta mi buena voluntad, y que lo que te voy á decir e

retorcerá el corazón, á pesar mío... Porque has de saber, moreno, que el porvenir está cuajado de apariciones y de fieras, que se hacen después intangibles y se reencarnan en los hechos... Lo que te acecha no te lo deseo yo; te lo traes tú con tu nacimiento... Pero abre la palma y no la mires, que estas cosas las he de leer yo solita...

Loyalte abandonó su mano...

¿Qué impresiones contrarias se debatían en él?... Su razón, robustecida por los libros, sus convicciones emancipadas, la tradición naciente de su vida, le decían que aquello era absurdo y que, ó Maruja era una comedianta que representaba una farsa innoble, ó una pobre de espíritu, enloquecida por las prácticas envilecedoras de su pobre raza, perseguida por el rigor de los hombres... Pero un sentimiento raro, nuevo en él, le empujaba á esperar con cierto recogimiento, con cierta ansiedad nerviosa, las palabras de Maruja.

Ésta empezó:

— Buen caballero, ganoso de insignias, de títulos y preseas, escucha el horóscopo de la gitanilla, que gusanos somos todos y lo que yo sea lo serás tú también, aunque te cubran de diamantes... La suerte te otorga desde lejos mil caminos luminosos que tú no distingues, porque tus ojos están cegados por el polvo de la carretera... Oye y trata de retener lo que te digo, que en ello va la verdad pura, y ni me equivoco ni te engaño...

No te hablaré de tus enredos y tus tristezas, que de ellos vienen, porque es mejor dejar dormir lo que ya pasó por muerto... La gitanilla respeta lo enterrado y, á fe de Maruja y por María Santísima, que lejos estoy de reprocharte nada, ni de poner zarcillos á tu historia... De todo ello no te hablaré más, que ya adivinas tú lo que me callo, y si buscas que te atormenten los oídos, no vengas á mí, porque de mí no salen reproches ni alabanzas, melancólico suspirador y caballero... De otras cosas te voy á hablar, y en ellas has de encontrar mucho jugo, porque lo que te roe es la incertidumbre, y bien quisieras saber el porvenir como ya sabes el pasado... Si te prometiera riquezas, me desdeñarías; pero yo sé que otras son tus ambiciones y que, para lograrlas, matarías la mitad de tu vivir. Porque tu salud es fuerte y podrías hacerlo sin matarte, aunque no debes envanecerte de ello, porque quien nos la da nos la quita, y todos somos iguales bajo la misma patrona, y por estas cruces...

Loyalte interrumpió el discurso tosiendo. Aquella palabrería incongruente y adormecedora le producía un malestar profundo.

La gitana continuó :

— Te he dicho que no distingues los caminos que la suerte te abre, porque tus ojos, tirano de mi señorío, están cegados por el polvo de la carretera, y, de no ser así, hubieras adivinado quién

soy y lo que te tenía que decir, como yo adivino ahora que el discurso de la gitanilla te aburre, y que deseas que eche la llave y que recorte las hechuras... Pero no te impacientes, zumbón, que pones en duda lo que sé y lo que te vengo á contar para que salgas airoso y te lluevan flores... Que por los milagros de tu voz no se han de abrir las puertas, y que, si no te conduzco de la mano, no llegarás tú nunca... Dime lo que prefieres de la nuez, y te diré lo que debes buscar en el mundo... Dos cosas hay que tienen doble fondo : los ojos de las mujeres y la gloria... Si quieres subir á la montaña, guárdate de caminar hacia ella... Y puesto que la suerte te condena á dejar siempre el buen camino detrás de ti, sabe burlarla y andar al revés, que sólo dando la espalda al sol llegarás á calentarte... Tu secreto me lo guardo, porque no te pertenece ya... Si hubieras podido venir conmigo, te hubiera mostrado los senderos que nadie sabe y que todos buscan en tropel, muy lejos de donde están... Pero tú no podrás venir, porque estás en la vida, y fuerza será que los busques sin encontrarlos, como los demás, porque la gitanilla es flor del viento y no los puede hacer venir... Y aunque vinieran, ¿de qué te serviría, puesto que ya no puedes entrar en ellos?... De la sombra no salen más que los que saben matar la sombra... Y tú, moreno, te has pegado á ella, como si en ella debieras de morir... De lo

que te digo saca después la moraleja y pon los puntos, que yo te doy las cosas á medio hacer para que mejor me entiendas, porque la verdad no se dice, y lo más claro de todo es lo que nos callamos...

Loyalte la miró en los ojos, conmovido á su pesar y lleno de inquietud.

— ¿Por qué no he de encontrar los caminos? — preguntó desorientado.

— No me interrogues, niño ardoroso, que quien pregunta ofende, y no te he de dar lecciones con ejemplos, como en la escuela... Con lo dicho basta para que comprendas que la gitanilla tenía muchas cosas que contar y que, cuando te cogió la mano, no era para burlarse, como suponías tú, sino para decirte: « por aquí has de ir »... Aunque tengo para mí, buen caballero, ganoso de insignias, de títulos y preseas, que ya no irás á ninguna parte, porque, aunque pareces quererlo, no lo quieres como hay que querer... Y yo me lavo las manos, y así te aproveche de algún modo lo que te he dicho, que yo hago votos por ti y que, si no sales de ello mejor, no será por culpa mía...

Teñida en rojo, como si se consumara sobre ella un sacrificio, la floresta triunfaba con la muerte del sol. Los troncos parecían retorcerse para escapar delfuego, y semejaban, sobre el horizonte en ascuas, una gran confusión de brazos

extendidos que surgían desesperadamente del mar de sangre, agitando cabelleras...

Loyalte permaneció pensativo, como si escuchara sus razonamientos interiores.

La gitanilla le interrumpió :

— Y ahora que me has oído y que lo sabes todo, comprenderás que el amor de la gitanilla lleva tanto dentro de sí, que tú no lo alcanzas... Pero no desesperes... Y cavila sobre lo que se habló esta tarde, que yo me ocuparé de tus penas, y si mañana vienes á esta hora y me hallas aquí, quizá no muera el sol...

Loyalte quiso impedirla; pero Maruja echó á correr ágilmente y le prohibió seguir tras ella.

— Esconde bien las señas de tu casa, misterioso — le gritó desde lejos; — que quien desea seguir en la cárcel, debe cuidar el calabozo... Abur... Abur...

Y cuando la vió desaparecer entre los troncos, Loyalte se sentó en un claro, sobre la sangre del sol.

* * *

Aquello era definitivamente absurdo. Su razón le decía que Maruja jugaba con la imprecisión y hacía con la espuma de las reticencias un castillo monstruoso de supersticiones y desequilibrios. La vida era la vida; los caminos eran los que su inteligencia se trazaba á través del porvenir; los

acontecimientos no esperaban en la sombra, vestidos de casualidad, el momento de aparecer y producirse; el porvenir resultaba prisionero de los hombres y no los hombres del porvenir; la existencia era una cosa lisa y normal sin subterráneos ni desvanes; en ella no había estocadas secretas como en la esgrima; y la gitana locuaz, indicadora de filtros para domesticar la gloria, era una simple mujer inquieta que, en otros tiempos, hubiera sido quemada, pero que en nuestra edad de escepticismo tan sólo era acreedora á la sonrisa.

Sin embargo, Loyalte meditó sobre el asunto con una seriedad que en otros momentos le hubiera parecido imposible.

Caviloso y preocupado, desatendió la apoteosis guerrera de la puesta del sol...

La línea del horizonte, de un rojo obscuro de carne, parecía una herida enorme hecha en el corazón del mundo. Por sus labios se escapaba á borbotones la vida y lo manchaba todo hasta el límite, como si con aquellos ríos de sangre se estuviera alimentando la prole... Lenta, solapada y parsimoniosa, la noche venía á su encuentro como una muerte implacable sobre la fatalidad de una desgracia... Sus brazos de tul celeste, acribillados de estrellas, precedían su cuerpo de crespón y su guadaña de luna... La guerra de los elementos, la batalla diaria de las cosas, las in-

termitencias de triunfo y de reveses de la sombra y de la luz, el drama panteísta de todos los minutos, en el que para renovarse y perdurar se entredevoran las fuerzas, desarrollaba una vez más sus episodios trágicos... La floresta milenaria, que había asistido tantas veces al ataque incontrarrestable de las tinieblas y á la feroz heroicidad de los soles, sacudía á su pesar las ramas verdes, sobrecogida por un escalofrío de pavor. La tierra misma temblaba, estremecida por el pánico que difundía la lucha... Y las aves de la floresta, ganadas por un tumulto de inquietudes bulliciosas, saltaban nerviosamente y huían piando entre las ramas, como si, salvadas por su debilidad como las almas puras, corrieran á esparcir en otros mundos el relato de la catástrofe.

Loyalte levantó los ojos y contuvo un grito.

Aquella visión formidable aumentó su malestar interior y dió alas á sus miedos sin forma. Las realidades eran impotentes para seguir apagando la ansiedad de los hombres. ¿Cómo encastillarse entre los muros de hielo de los teoremas y de las cifras, cómo cerrar los ojos ante lo fantástico y ante lo imposible, que se adueñaban del mundo y le imprimían el sello de lo maravilloso? Las humanas verdades diminutas morían ante la horrible esplendidez desmelenada de los paisajes. Los sentidos desfallecían en medio de la diversidad desbordante y oceánica de lo que los circundaba. ¿Cómo

había de pretender él explicar, mover y ungir al yugo de su razón todo lo impalpable, todo lo inexplorado, todo lo que le anonadaba y le oprimía con un borbollar de fuerzas, de aspectos y de fines que evolucionaban en órbitas extrañas á la suya, sin más punto de contacto que el asombro? Las corrientes invisibles y omnipotentes que serenaban ó devastaban las zonas, cambiaban los aspectos del mundo, escondían ó desencadenaban las muertes y asesinaban los soles, no podían ser explicadas con nuestros pobres recursos de rastreadores de carne. Para imaginar lo que podemos desconocer por organización insuficiente, basta suponernos privados de uno de nuestros sentidos actuales. ¿Cómo intentaría hablar de la música un hombre que no oye? ¿Cómo juzgaría la pintura un ciego? De lo que corresponde á nuestros sentidos muy poco escapa á la razón; pero, ¿cómo pretender que ésta puede fallar en lo que total ó parcialmente es ajeno á nuestras percepciones? Quizá explicamos la naturaleza, sus fenómenos, las fuerzas que nos circundan y nuestros propios destinos, como explicaría un perro el movimiento de esta pluma, creyendo que escarba el papel para hacer brotar hormigas. El viento, que encorva los árboles y derriba las casas, no lo vemos más que en sus efectos; sin embargo, nuestra presunción nos lleva á suponer que nada existe fuera de lo palpable. Lo limitado de nuestro entendimiento influye

quizá para que simplifiquemos sin proporción y para que lo reduzcamos todo á la medida de nuestras facultades minúsculas...

El soñador que había en Loyalte, se lanzaba así en la noche, despertando todos los atavismos y sumergiéndose voluntariamente en las suposiciones, engendradoras de fantasmas.

Pero su educación y su juicio seguro le defendían del vértigo.

— No cabe duda de que la neurastenia me amenaza — se dijo al fin, levantándose y dispoponiéndose á dar por terminado el paseo: — ¿cómo prestar atención á tan inverosímiles imaginaciones? La gitanilla me ha interesado como mujer. Su curiosidad, su palabrería y su misterio me han intrigado; el sol y la juventud han hecho lo demás... Pero no hay que convertir un incidente amoroso en fuente de locura. No está mal que una chicuela de diez y seis años, encontrada al atardecer en una selva misteriosa, despierte en un corazón juvenil las ilusiones y en un cuerpo sano los deseos; pero resulta peligroso que de tan nimia aventura surjan corrientes de desequilibrio que lo arremolinen todo... Esos caminos de que me habló Maruja sólo existen en su imaginación; su horóscopo es ropa hecha que va bien á todos los cuerpos, y su influencia es tan eficaz como la de mi canario, que canta gravemente sin entender lo que dice... El buen sentido más elemental me

demuestra que su poder no alcanza á reemplazar por uno nuevo su pobre corpiño usado. Si conociera los caminos del porvenir, empezaría por renunciar á sus vagabundajes de carretera para seguirlos personalmente; y en vez de explorar los bosques desiertos para encontrar por casualidad un poeta loco que la escuche, se entraría de rondón en la felicidad y en la fortuna. Lo que hay de cierto es que Maruja — prevenida quizá por la posadera, ó informada por mis ojos, (que una buena gitana sabe adivinar en ellos las intenciones) — juzgó excelente la presa y trató de asegurársela emborrachándola con ensueño. La curiosidad por saber dónde vivo, su mal humor al deducir de mi reserva que no estoy solo, su mis ma cita insegura lanzada diestramente para ocupar el pensamiento de una noche, están denunciando la hábil maniobra de la vendedora de amor y de mentiras...

Y Loyalte se esforzó por imponerse una actitud resuelta.

— Sólo un niño — concluyó — podría caer en la ingenuidad de dar crédito á tan primitivas historias... Lo que conviene es reducir el hecho á sus límites humanos... La boca de sangre de Maruja ha hecho brotar de mi somnolencia un ímpetu imperioso... Corramos la aventura... Pero guardémonos de darle una significación supraterrestre, ó un simbolismo de cuento de hadas...

Y desconfiemos sobre todo de estos paisajes maravillosos que nos arrebatan y nos llevan á una credulidad desconcertante... La luz y el vapor preparan las perspectivas más inverosímiles... Sepamos admirarlas sin renunciar á la razón...

La noche lo ganaba y lo cubría todo con su invasión de muerte. Los árboles se esfumaban, como si á favor de las tinieblas rompieran la consigna de su inmovilidad y salieran, libertados, á vivir su vida propia. La decoración preparada para despistar la indiscreción de los hombres no tenía razón de ser, y los figurantes huían, como parecía huir la tierra y el cielo, dejando el gran vacío impasible y desconsolador, que era la realidad.

Loyalte clavó los ojos en una última claridad que flotaba á lo lejos, en el sitio en que había caído muerto el sol.

Orientado por el instinto, trató de ganar la carretera hasta el poblado.

Y cuando divisó la ventana amarilla de su casa por donde pasaba la sombra obscura de la compañera que erraba alrededor de la luz poniendo el cubierto, dejó escapar un gran suspiro de satisfacción.

La lectura de los periódicos le devolvería la quietud normal.

* * *

Pero las palabras de Maruja siguieron resonando, á pesar suyo, en los oídos.

El misterio subía en torno y le aislaba...

Taciturno y mohino, entró en silencio al comedor y apenas cambió algunas frases durante la comida para pedir la sal ú ofrecer la cerveza. Así que probó el postre, atascó la pipa, abrió un periódico para justificar su mutismo, y detuvo los ojos en la primer crónica...

« Las vidas libres... » El articulista hablaba probablemente de los emancipados que arrojan sus preocupaciones, y hacía propaganda más ó menos radical en favor de ideas nuevas... Pero Loyalte no pudo leer el título sin sonreir una ironía... ¡ Las vidas libres !... ¿ Quién era libre dentro de sí?... ¿ Quién podía alzarse orgulloso y proclamar un alma inmune de compromisos con el pasado?... ¿ Dónde estaban los héroes que no se habían estremecido alguna vez ante las tragedias de las nubes, las voces sin voz que oímos interiormente, ó los presentimientos sutiles é indecisos que nos quedan al despertar, después de la vida misteriosa de los sueños?

Las palabras de Maruja revoloteaban como pájaros obscuros, creando una atmósfera de tormenta.

Loyalte se sentó ante su escritorio, cogió el paquete de cartas por contestar, separó las más urgentes, dispuso un pliego, mojó la pluma... y volviendo á su preocupación, revivió la escena de aquella tarde.

Maruja tenía un serpentear de quimera en los ojos. ¿Cómo poner en duda su sinceridad?... Se la podía acusar de todo, excepto de haber mentido... ¿Con qué fin hubiera tratado de engañarle?... ¡Engañarle!... Pero, ¿le había dicho acaso algo concreto?... Aquella letanía de parábolas y párrafos frondosos de vaciedad gitana no había hecho más que crear una neblina de malestar, favorecer evocaciones y desencadenar fantasmas...

Loyalte mojó otra vez la pluma y trató de disipar las imágenes que se interponían entre sus ojos y el papel... Urgía trabajar... Sus asuntos yacían en un abandono lamentable... Un editor que le pedía un libro aguardaba respuesta desde hacía dos meses... En el gran diario en que colaboraba faltaban sus crónicas con asombro de todos... Sus amigos más íntimos le manifestaban su extrañeza en tarjetas postales que quedaban sin contestación... Era necesario reaccionar y poner en orden, por lo menos, las cosas más esenciales... Su porvenir (la imagen de Maruja atravesó de nuevo vaticinando sombras...) exigía una flexión de músculos... Pero, ¿dónde estaba el

porvenir?... ¿Por dónde llegar á él?... Una reputación victoriosa, grandes éxitos literarios, un rumor de aclamaciones, una dictadura intelectual, ¿qué era todo eso? ¡Pequeñas satisfacciones de la vanidad!... ¡Gusanos del hombre!... Nada más fácil que hacer espuma alrededor del que grita... Acicalarse con ese oropel para despertar el odio de los indigentes y establecer jerarquías de « menos mal », era renunciar á la obra alta y durable para entrar en el hormiguero... No había que trazarse un camino; había que encontrar El Camino y desentrañar y coordinar las correspondencias y las antítesis que han escapado al hombre y que, sin embargo, deben formar el secreto íntimo de la vida, la palabra misteriosa que abre las puertas del porvenir — del verdadero, que es inmortal.

La lámpara vertía, á través de la pantalla verde, un resplandor dulce que invitaba á seguir ensartando ideas truncadas y deshojando suposiciones en el mareo voluptuoso del creador que saborea la embriaguez de concebir sin imponerse la desilusión de ver en carne lo imaginado... Maruja se diluía ante los ojos, se tornaba inmaterial, se idealizaba en tules, y sólo quedaba de ella en la tierra la boca lujuriosa, los ojos negros y el índice fatal con que señalaba en la mano abierta los caminos sinuosos del programa de vida que el destino había trazado en jeroglíficos para inquie-

tar á un tiempo y reconocer á los hombres...

Loyalte observó que la sensibilidad se afinaba en él hasta el extremo de permitirle percibir el rumor de alas de las ideas... Un silencio absoluto le rodeaba... Su compañera se había refugiado en el dormitorio y debía dormir... Del campo no subía el más leve rumor... A través de los vidrios de la ventana que se abría á su izquierda, sólo vió una gran superposición de sombras impenetrables y profundas que parecían aislarle de la vida... No tuvo miedo, porque el miedo es una cosa terrestre, y como se sentía inmaterial era intangible; pero experimentó un estremecimiento de ansiedad maravillada, como si hubiese despertado en un mundo nuevo... Los libros se alineaban, inexpresivos, en las estanterías largas que semejaban vitrinas de museo... ¿De qué artificialismos, de qué ignorancias, de qué limitaciones eran testimonio?... ¿Valía todo ello un instante de mutismo iluminado?... Maruja era quizá un ser que había llegado á las raíces por la simplicidad... Su pobreza y su vida errante eran las astucias con que disimulaba sus tesoros y su arte supremo para ver en la sombra... La noche no es quizá más que una insuficiencia de nuestros ojos... ¿Por qué no habían de tener los de Maruja, como los de ciertos animales, el poder de vencerla?... Los hombres de los grandes centros se anemiaban y palidecían bajo las lámparas buscando la salida

del laberinto, que un buen salvaje, lleno de audacia silvestre, podía presentir en un instante de luz.

La pluma se le cayó de las manos y, al ruido, Loyalte se irguió, restregándose los ojos.

— ¡A la vida, mortal! — se gritó, dándose un golpe con la pipa — ¡y guárdate de caer en estos baches!

Después de lo cual cerró su escritorio y se alargó sobre el sofá para huir de la imaginación, refugiándose en el sueño.

* * *

La cita del atardecer ocupó el pensamiento de Loyalte durante el día.

Antes del almuerzo tuvo la idea de pasar frente á la vivienda de Maruja para ver si la encontraba, pero comprendió que era dar prueba de una ansiedad excesiva.

Su programa estaba hecho. Al atardecer aguardaría á la gitana en el bosque y le hablaría claramente, sin dejarle sospechar la inquietud que había sembrado en él. (Además, esa inquietud se había desvanecido con la claridad. ¿Cómo podía admitir el imposible y dar crédito á viejas supersticiones?...) Aquel encuentro marcaba el fin de su entreacto sentimental... Su corazón insaciable buscaba un nuevo pretexto de inquietud y había

que dárselo... ¿Qué le importaban los riesgos?... Las caídas y los triunfos habían sido tantos, que poco podía temer... Todo se reducía á pasar con Maruja una primavera cerca de Evian, en el paraíso de los lagos... El tiempo y el otoño harían lo demás... En tres meses nacen y mueren muchas cosas... Loyalte sonrió al imaginar las habladurías que levantaría la aventura entre sus amigos... ¡Una gitana!... ¿Y por qué no?... ¿Qué tenía de más ni de menos que las otras?... Soltero, y en un país desconocido, su situación se lo permitía todo...

En cuanto á la pesadilla de la noche anterior, sólo se reprochaba no haber sabido interrumpirla.

En ese momento sólo experimentaba una exigencia aguda de su sentimentalidad caprichosa, una fantasía juvenil de intelectual atraído por el encuentro pintoresco y por el alma rara.

Quizá sería todo aquello una medicina para borrar imágenes viejas, renovar la circulación normal y devolverle su sonrisa y su aptitud para el trabajo.

Loyalte llegó á felicitarse de la aventura.

— Abrir una página es cerrar otra — se declaró.

Y los rastrojos que perduraban parecieron esfumarse y desvanecerse, vencidos de antemano por lo que debía venir.

Cuando cayó la tarde y la luz apaciguó sus colores estridentes para desmayar en suavidades enfermas llenas de languidez y de encanto, Loyalte cogió su bastón y se encaminó lentamente, reteniendo sus ímpetus y vigilándose sin tregua para no perder la autoridad sobre sí mismo, hacia el bosque todavía claro y sonriente, empolvado de oro en la cima, que limitaba el valle y parecía ocultar la fuga del horizonte.

Claras, visibles, como en relieve, se destacaban en su interior las intenciones. Él sabía lo que convenía hacer y estaba resuelto á realizarlo. ¿Cómo había podido caer en las infantiles oscilaciones del día anterior?... Su conciencia se sublevaba ante aquellas debilidades incomprensibles... Maruja no era más que un labio ofrecido.

El camino tortuoso se escurría primero entre dos muros, saltaba después un pequeño hilo de agua azul, y se precipitaba al fin en el valle, por donde corría, en sierpe, hasta desaparecer en el bosque. Loyalte lo taconeó lentamente, deteniéndose de trecho en trecho para considerar la perspectiva, apartar una piedra ó asistir á la fuga de un lagarto. De la naturaleza brotaba á esa hora una placidez fragante que aquietaba los nervios y devolvía á los hombres la confianza...

Así que llegó al bosque, se dirigió, cortando caminos, hacia el rincón extraviado donde encontró la primera vez á Maruja y donde le habló después.

Como era aún muy temprano, Loyalte se sentó sobre un tronco y pasó revista lentamente á lo que tenía que decir... La cosa no podía ser más sencilla... Descartados los horóscopos (ya se encargaría él de hacer comprender que aquellas enrevesadas historias hipotéticas no convenían á su carácter experimental) y perdida para Maruja la esperanza de enredarle con apoyo de tan infantiles medios, todo concurriría á favorecer su plan... La muchacha aceptaría sin vacilar la buena fortuna, y él volvería á ser, pasado el capricho y desvanecidos los recuerdos, el artista lleno de salud que había sido hasta entonces...

Por uno de esos cambios bruscos, propios de los climas templados, la tarde se tornaba glacial y anunciadora de tormenta...

El viento húmedo trajo jadeante la noticia de la lluvia próxima que avanzaba, extendiendo sobre las tierras su llanto desconsolador. El cielo cobró un matiz grisáceo, como si descendiera hasta rozar los árboles y se tornara en techo de pizarra. Y el gran sol redondo, sorprendido en su triunfo, se destiñó y se disimuló, naufragando en la claridad difusa de un gran agujero de luz, sin relieve, sin irradiación, casi blanco, que parecía, de lejos y en conjunto, la constelación de cirios de un altar en la nave obscura de una iglesia. A las muertes trágicas y marciales había sucedido la palidez de un astro enfermo que bendecía el sacrificio y

besaba el puñal con que le arrancaban la vida... Y ese sol místico y cansado, en quien agonizaba el ímpetu y moría el ardor de tantas generaciones de soles indómitos, ese vencido que se resignaba sin luchar á su suerte adversa, despertó en Loyalte una nueva melancolía...

El viento, el sol blanco, el cielo gris y la amenaza de la lluvia, que al contenerse suscitaba una ansiedad dolorosa como las grandes penas que se niegan á estallar en lágrimas, acabaron por hacerle olvidar sus propósitos y sumirle en una somnolencia singular.

Maruja no llegaba...

Habían sonado las cinco en el reloj solemne de la iglesia del lugar, y las campanadas lentas habían batido dolorosamente el aire hasta prolongarse y morir como recuerdos, sin que apareciese en la floresta la saya roja y el corpiño obscuro.

¿Por qué tardaba en venir la gitanilla?

Loyalte lo atribuyó á un ardid de coqueta que esperaba dar así mayor valor al encuentro, y, convencido de que la aventura no podía fallar, siguió ensartando, como flores obscuras sobre un hilo delgado, todas las imaginaciones sobre su desvarío.

A medida que se acentuaba la sombra, volvía á entrar en él la jauría salvaje de los miedos... Su seguridad le abandonó, renacieron los torbellinos de palabras enigmáticas, y prisionero de mons-

truos impalpables volvió á caer en la desmoralización de la víspera...

Maruja tenía en el gesto y en la voz algo tan nuevo, que resultaba imposible tomarla por una gitana vulgar... Sus ojos decían más que sus reticencias... Había en sus manos una suavidad silvestre de desconocido... ¿Cómo confundirla con las chatas recitadoras de buenaventura que corren el mundo repitiendo á tontas y á locas la misma fábula grotesca á cambio de algunos sueldos?... Loyalte se jactaba de conocer el corazón humano y de saber deducir una mentalidad de una frase... Allí había algo que escapaba á su percepción, un gran terreno de sombra dentro del cual, en nombre de su mismo método científico, cabía todo aquello cuya ausencia no estaba comprobada... Ante una casa desconocida, á través de las puertas mudas, ¿podía asegurar él que no había dentro un inventor?... No eran excusas que se buscaba su debilidad, eran comprobaciones de un espíritu libre, enemigo de todos los dogmas, hasta del dogma razón... Que no le vinieran á él con barreras en nombre de nada... El espíritu humano debía poder revolotear sin cortapisas dentro del infinito... Los que le decían « eres libre á condición de que lleves esta luz y sigas este sendero », no eran quizá más que teólogos laicos que preparaban una teocracia de laboratorio...

La imaginación, irritada y enfurecida por la

soledad y por una vida de monólogos, se lanzaba, sin tino, á derribar las puertas de la locura.

Loyalte sentía que las trabazones de realidad crujían bajo sus pies y que todo amenazaba rodar con él al abismo; pero se abandonaba al mareo y á la corriente, de espaldas en su barca deshecha y fantasmagórica, que hacía nacer á su paso extrañas perspectivas y reflejaba en las olas glaucas sus mástiles de alucinación donde dormían los buitres.

El sol, amortajado, vertía una claridad lívida y confusa de luz eléctrica en tarde de neblina, y su luz menguante, vista á través de los troncos negros, difundía una dolorosa quietud de muerte.

Loyalte consultó la hora y se irguió desorientado...

Eran las seis menos cuarto, y Maruja venía siempre á las cinco... Una sospecha vaga le sacudió... La gitana se había sentido herida por sus dudas y esperaba que él la fuese á buscar... La cabaña obscura, y el viejo parsimonioso de tez curtida, que cortaba los troncos con un cuchillo andaluz, reaparecieron en un recorte del ayer inmediato, traídos á la superficie por la evocación... Maruja debía estar allí, aguardando arteramente su llegada... Porque ella no podía abrigar duda, « sabiendo » lo que tenía que ocurrir.

Resuelto y nervioso, Loyalte se inclinó para recoger el bastón, que había rodado á sus pies, y ya

daba un paso para alejarse, cuando descubrió en el suelo, junto al tronco vencido, una pequeña cruz modesta y amarilla. Era la cruz que Maruja llevaba alrededor de la garganta... Aun pendía de ella la cinta roja, que Loyalte había observado porque resaltaba curiosamente sobre la piel morena... Sea que Maruja la hubiera dejado caer, sin advertirlo, el día anterior; sea que la hubiera abandonado allí exprofeso aquella mañana, para turbarle y hacerle recordar, el pretexto no podía ser más plausible, y ello justificaría su aparición en la pequeña casucha que debía dormir ya, envuelta por el crepúsculo, á la salida del pueblo... El hallazgo daba tregua á su ansiedad y la disimulába á sus propios ojos.

*
* *

En poco tiempo salvó Loyalte la distancia. Sus pasos apresurados y ansiosos resonaron en los caminos desiertos con una vivacidad anormal.

Cuando distinguió en la sombra el techo de paja de la vivienda mezquina, trató de contener su emoción y se detuvo... Pero una impaciencia difícil de dominar le empujó á andar otra vez y se encontró de pronto ante el refugio de Maruja...

Algo anormal había pasado allí. La puerta estaba abierta, el perro no ladraba...

Loyalte tuvo la intuición de un desastre.

Perdido el tino, saltó por sobre el cerco, salvó el pequeño espacio que le separaba, y entró...

La cueva estaba vacía...

Entonces se lanzó por el camino hacia la estación, sacudido por el pánico... Había que saberlo todo, había que preguntar á la posadera lo ocurrido desde el día anterior... Entre aquellos grupos maldicientes, que se reunían á diario en el pequeño café, alguien debía tener noticia de la desgracia. Loyalte imaginó, ante todo, un capricho de las autoridades, ensañadas contra los vagabundos bajo la presión de los propietarios medrosos... Después pensó en una enfermedad, ó un accidente, que les había empujado al asilo... En el oleaje de su incertidumbre, desaparecieron y reaparecieron cien veces las mismas hipótesis... Su cerebro temblaba bajo una tempestad de suposiciones antojadizas...

Así que llegó al pequeño café, cuyo farol azul brillaba extrañamente en la calle sola ante la estación desierta, Loyalte se precipitó, abriéndose paso entre el grupo de consumidores irónicos y se refugió en un ángulo con la patrona, que lo adivinó todo y no le dió tiempo para formular su pregunta.

Aquella mañana, casi con la aurora, había visto pasar á los gitanos en dirección al gran camino carretero. Después no les había vuelto á ver. Quizá

salieron á errar por los campos, como solían; quizá abandonaron el país... Con esas gentes era imposible saber nada. No llevaban más equipaje que lo puesto y saltaban de tierra en tierra como nosotros vamos á una visita.

. . . .

Loyalte comprendió al fin la realidad.

Maruja había averiguado su situación, había visto sus dudas y sus escrúpulos, y había resuelto desaparecer, abandonándole sin esperanza en la sombra, en la vida, como le dijo el día anterior.

Entonces resurgieron, alborotadas y violentas, todas sus cavilaciones... Sin atender á la mujer que le ofrecía una copa, y sin reparar en el grupo de empleados y mandaderos que le observaba en burla, se lanzó á la calle, desesperado, como si le persiguieran.

¿A dónde iba?... No se le ocurrió averiguarlo... Experimentaba un deseo imperioso de andar, que ni razonaba ni tenía conciencia de sí mismo... Las escenas y las palabras de los últimos días reaparecían en jirones, entrecortadas por ideas truncadas y por silogismos fantásticos... La gitana le había venido á traer quizá la llave del porvenir y él la había rechazado. Una simple aventurera no desaparece en mitad de un negocio que se anuncia con tanta felicidad... Era evidente que aquella mujer tenía otros propósitos...

Y si la aparicion había sido un despertar, la fuga fué una catástrofe.

En medio de la confusión de sus sentimientos, Loyalte alcanzaba á distinguir dos grandes dolores: el que le causaba la pérdida de una loca esperanza encantadora en su insensatez y el que sufría en su amor humano...

Este último era, sin embargo, más débil... Intelectual y soñador ante todo, Loyalte daba más importancia al imposible secreto y á la tentativa ilusa, que á la pequeña pasión de capricho que le había inspirado la gitana. Lo esencial era apoderarse de lo invisible, medir el infinito, salir de la prisión y de la carnadura del hombre... Las ansias delirantes resurgían con mayor violencia... Y, sin embargo, todo estaba perdido...

¿Cómo volver á encontrar á Maruja? ¿Sabía él, acaso, hacia qué rumbo se había dirigido el grupo errante y doliente que se llevaba el porvenir?...

Las ideas se entrechocaban, tumultuosas y despavoridas, como vientos contrarios... ¿Qué convenía hacer?... ¿Salir por las carreteras al azar á perseguir á los fugitivos que habían partido con la aurora y que debían haber cambiado tantas veces de derrotero para despistarle?... A pesar de su desorden interior, Loyalte sintió que aquello sería absurdo...

*
* *

La noche había cerrado completamente, y la tormenta anunciada desplegaba á su favor los torvos ejércitos... Primero fué un ruido lejano, como si rodaran de la montaña inmensos bloques de piedra... Después se acentuó el fragor y pareció acercarse... Un viento rudo batió las viviendas, arrancando á los árboles una lamentación difusa y persistente... Hasta que las gotas anchas comenzaron á saetear, dispersas como granizo... En poco tiempo las calles estuvieron inundadas; y en medio del aguacero torrencial, los truenos solemnes y los relámpagos incesantes que, al trazar jeroglíficos de luz sobre el cielo obscuro, parecían las líneas de la mano del misterio que nadie había podido descifrar, Loyalte tuvo que correr, al fin, empapado y atónito, hasta llegar á su pequeña habitación.

El cuadro de la mesa, puesta con el mantel blanco y los cubiertos brillantes, bajo la luz tamizada, le sugirió imágenes apacibles que calmaron un tanto su inquietud... Su vieja amiga estaba allí, junto á la chimenea, vestida de negro como siempre, hojeando un libro... Un silencio venturoso y una tranquilidad reconfortante reinaba en la pequeña pieza, ordenada y limpia, cuyos mue-

bles simples, apoyados contra los muros, parecían soñar en cosas lejanas...

Loyalte se cambió el traje y se sentó en un sillón con los pies sobre el guardafuego.

Las ideas le aparecían en perspectivas remotas, semiveladas por un desmayo, como si fueran cosas de otra vida. Tuvo la sensación de estar convaleciente y de recordar hechos inseguros y flotantes que habían ocurrido durante su enfermedad...

La lluvia azotaba los vidrios con furia, ensayando romperlos. La tierra reseca absorbía el agua glotonamente. Y no se oía en la obscuridad que envolvía á los campos más que el ruido adormecedor y melancólico que producía el llanto inconsolable de las nubes... Por instantes surgían de la noche, el camino y las casas dispersas que parecían ser devoradas por un monstruo cuando se extinguían los relámpagos...

— « ... Y si me encuentras mañana en este lugar, quizá no muera el sol » — había dicho Maruja al despedirse...

Maruja no había venido. El sol había muerto, desangrado por la noche. Y todo lloraba en la naturaleza la tragedia atroz...

Terminada la comida y recobrada la independencia en la soledad, Loyalte se apoyó de codos en el escritorio y se quedó con los ojos fijos en la pequeña cruz modesta y amarilla que le había dejado Maruja al partir.

¿Qué era aquella gitana?... ¿Qué había de probable en sus suposiciones?... ¿Dónde estaban los caminos?...

Y como aquella historia amenazaba dejar rastro durable en el recuerdo, Loyalte resolvió escribirla para desembarazarse de ella y tratar de preservar á otros ilusos del peligro misterioso de las puestas de sol.

EPÍLOGO

Cuando llegamos á París, Manón escondió una lágrima...

Nos separamos en la puerta de la estación. Y en la tristeza angustiosa de aquel día de adioses lentos y lluvias invernales, erré por las calles relucientes, que parecían humedecidas con lágrimas... Hasta que cayó la sombra ambulé de un barrio á otro, incoherente, distraído y exhausto, deteniéndome en las terrazas de los cafés, trepando á las imperiales de los ómnibus, sin rumbo, sin razón, sin esperanza, como un resto de naufragio, al azar de las corrientes...

La ciudad era un océano que me levantaba y me envolvía, imponiéndome vaivenes y saltos, azotándome con la espuma de sus grupos tumultuosos, violentándome en las apreturas de sus calles centrales, dándome una apariencia de alma

y de voluntad, para ceñirme y despedazarme mejor...

Una lluvia fina comenzaba á humedecer las calles...

Los carruajes que se abrían paso lentamente en las esquinas, entre los remolinos de peatones que pugnaban por atravesar de una acera á otra bajo un techo de paraguas, parecían embarcaciones tercas, navíos obstinados, que avanzaban rompiendo olas hacia ignotos derroteros...

En el cabrilleo triste de la vida urbana, monstruosa, incomprensible y multiforme, me vi flotar como un cadáver, ajeno á la felicidad, prisionero de la noche.

La escena breve y desgarradora del adiós, que había sido preparada por tantas vacilaciones y tantos llantos; el beso delirante de la partida que me había dejado en la boca como un aleteo de murciélago; la jornada entera de melancolía y de abandono mortal, pasaba y repasaba implacablemente sus películas por mi cerebro vacilante, invadido de bruma...

Era un entrevero de siluetas borradas, de fantasmas hoscos, de perspectivas flotantes, que un viento de locura suscitaba y barría, haciendo de la imaginación un manicomio de cuento de hadas...

Ni una idea, ni una resolución, ni un proyecto asomaba en esa noche brutal. Todo se había extinguido, y sólo quedaba la bestia herida que

arrastraba su dolor y erraba en silencio, con el pavor persistente de su sufrimiento y su desastre.

Las calles, uniformes y grises bajo la lluvia obstinada, se abrían como una eternidad hosca...

La ciudad era el océano que lo desmenuzaba y se lo tragaba todo...

La espuma de sus risas saltaba aquí y allá, como un accidente...

Pero el conjunto era pavorosamente glauco y glacial.

Á fuerza de andar y codearme con los transeuntes, perdí la noción de la vida.

Las gentes tropezaban conmigo.

Me perdí en barrios ignorados...

Atravesé bulevares que imaginé ver por la primera vez.

En más de una ocasión estuve á punto de caer entre las ruedas de los carruajes.

Pero una fuerza absurda me hacía seguir, chapoteando en el lodo, bajo el paraguas empapado, que lloraba á chorros por todas las puntas...

Al pasar ante una tienda de espejos me detuve y me contemplé en la superficie relampagueante, que reflejaba un recorte de vida...

Tenía los ojos hundidos y vidriosos, los labios hinchados y entreabiertos, la cara lívida y la corbata deshecha.

Me refugié en un portal y, maquinalmente,

como si reviviera un recuerdo, me enjugué la frente.

Después volví á salir, sin rumbo, como antes...

Inexplicables, absurdas, surgieron en mí algunas ideas grotescas... Empujé con el paraguas el sombrero de un transeunte, pregunté por una oficina de correos, arrojé un guante al arroyo...

Todo esto absorto, hueco, indiferente á la curiosidad y á las sonrisas, como si una cortina espesa me aislase de los demás hombres.

Cuando me dejé caer en una silla, en un café de la plaza de la Opera, las primeras luces comenzaban á surgir.

En el crepúsculo, las vidrieras incendiadas de los almacenes parecían grandes hornos, de cuyas llamas nacían los más extraños objetos...

De pronto, como un preludio de perlas en un teclado de misterio, se iluminaron hasta el límite de la avenida todos los focos de luz eléctrica, y en la media sombra de la calle quedó pendiente un collar de lunas blancas...

Los fiacres encendieron sus números rojos, y los automóviles pasaron silbando como abejas de ojos penetrantes...

París vibraba al contacto de la noche.

La multitud, compacta, burbujeante y bulliciosa, se arremolinaba alrededor de los kioscos donde se vendían los diarios de última hora...

La lluvia había cesado.

Sobre el asfalto húmedo se reflejaban los zapatos brillantes de las mujeres rubias que pasaban remangándose la falda con una oferta muda en los ojos...

En un balcón de enfrente surgió en letras de fuego un aviso llamativo...

La terraza del café, atestada de consumidores, se iluminó de pronto como un escenario.

Algo se iluminó también en mí... Sonreí al dolor y encendí un cigarro... Concluía la pesadilla...

— La vida es un parpadear de muertes transitorias, y á cada instante creemos poder abrir las puertas del infinito... — Me dije.

Manón y yo habíamos intentado un imposible... La ciudad volvía á apoderarse de los dos... París triunfaba...

. . . .

. . . .

FIN DE UNA TARDE DE OTOÑO

DOS HISTORIAS

QUE NO LE CONTÉ Á MANÓN

El gigante y la luna

El gigante que había robado la luna descendió de la montaña, y se detuvo junto al mar.

La noche hilaba la monotonía de sus nubes sobre la inmensidad yerta de las aguas tranquilas. El silencio prolongaba un silbido sutil haciendo la ronda y velando sobre el sueño del mundo... En la soledad solemne y penetrante el coloso sonrió y dejó caer la luna en el mar.

Las aguas se encendieron de pronto. El astro diluyó su claridad en las tinieblas submarinas, y del fondo del misterio brotaron mundos desconocidos... Primero apareció una gran claridad azul entremezclada de espuma por donde atravesaban peces brillantes. Después una vegetación maravillosa de algas frescas y corales diluídos. Después un escalonamiento de montañas de un matiz rosa inseguro. Después un gran vacío ver-

doso y movible por donde navegaban estrellas... La luna fué descendiendo y revelando zonas...

Pero, ¿dónde estaba el fondo del mar?

El gigante, que se había quedado con la mano extendida, como si el gesto insensato le hubiera petrificado en estatua, asistió atónito á la caída de la inmensa bola de nieve ante la cual se abría la sombra. Era una sucesión inagotable de colores inéditos, de plantas ignoradas y de perfiles inverosímiles, que no dejaban suponer que el mar pudiera tener fondo...

La luna siguió cayendo serenamente y estuvo al fin á tanta profundidad; llegó á tan hondos abismos, que se tornó semivelada y difusa. A cada instante parecía que iba á tocar el límite, y á cada instante se abrían ante ella nuevas inmensidades. Hasta que los ojos, impotentes para seguirla en su fuga, la perdieron.

Entonces el rebelde dejó caer con desaliento la mano extendida, y como se alejaba, vencido, una claridad tenue y plateada le bañó... Era la luna que surgía de nuevo de entre las nubes, como si después de describir una elipse monstruosa y de atravesar tinieblas insondables reapareciera en la superficie de su mar azul para atestiguar la desproporción entre los misterios de la Naturaleza y la vanidad exasperada de los hombres...

Flor de pesadilla

En la alucinación del crepúsculo, la terraza del café parecía un jardín de fuego tendido ante el bulevar azul que huía en la bruma salpicado por inverosímiles siluetas de transeuntes.

Como brotaban á lo largo de la acera los primeros focos de luz blanca, yo me incliné al oído de Gaby y le silbé en un vértigo:

— Esta noche te tengo que matar.

El agua azul de sus ojos ondeó más que solía bajo el huracán de nuestras tempestades. Dos lágrimas pequeñas cayeron sobre el mármol.

— ¿Por qué me quieres matar? — Suspiró la música lejana de sus sílabas.

— No soy yo quien te mata; es tu pasado.

Los ojos de mi amiga se llenaron de sangre, como si surgiera tras ellos un crepúsculo de muerte.

— Mi pasado es anterior á nuestro encuentro, murmuró con pesadumbre; — si pudieras ver mi alma, sabrías que sólo te he querido á ti...

Los violines de la orquesta lloraban sus angustias hondas envolviendo el café en una atmósfera de ensueño...

Reviví viejas visiones...

— La ciudad está sembrada de tus caídas — insistí reconcentrado en mi locura; ¡tenemos que morir!

Y aunque en los ojos de Gaby había un cielo, la arranqué del café y nos alejamos.

... ¿Qué había de inquietante en la callejuela estrecha obstruída de sombra? ¿Fueron las ventanas cerradas y las puertas obscuras las que empujaron mi brazo?... No lo sé... Lo único que recuerdo es que Gaby me miró otra vez con los ojos encendidos por las estrellas de su llanto...

— ¡Si pudieras ver mi alma! — murmuró de nuevo.

Pero yo la tapé la boca y acaricié el pequeño puñal de hoja afilada.

— Sólo renunciando á la vida me puedes probar tu amor, — desafinó la demencia...

Los ojos de Gaby se llenaron de luz, como si todos los mundos se agruparan en uno solo. Sus brazos me ciñeron el cuello... Y en una indecible inmolación de mujer se resignó á la sombra.

— Mátame...

* * *

Un grito, un relámpago de acero, y la adorada cayó dormida sobre las piedras...

Al inclinarme para besar por última vez sus rizos de oro, algo muy frágil me rozó levemente... El alma inmaculada de Gaby surgió en un chorro de la herida roja... Y de ese lirio ideal que puso en fuga mis sospechas, brotó la voz tranquila llena de perdón y de ternura...

— Es justo que yo muera ¡pero vive tú!

Entonces comprendí la inmensidad de aquel amor y caí de rodillas, sacudido por los sollozos. Mis lágrimas rodaron en gotas gruesas y precipitadas sobre la herida que fué palideciendo como si la savia de mi dolor neutralizara la muerte... Sospeché que en mi llanto iban jirones de mi vida, y que esa vida entraba en Gaby para resucitarla.

Una loca esperanza me sacudió.

La calle se había transformado en un jardín; los muros grises habían desaparecido y la góndola de luz de la luna se alejaba en la noche dejando un gran surco de estrellas... ¿qué ocurría en torno?

Gaby empezó á renacer...

— ¿Has visto como era blanca mi alma? — preguntó su voz frágil de dolorosa sentimental.

Y yo, oprimido, murmuré: ¿Me perdonas?

Los labios se unieron otra vez.

Sin embargo, un dolor amargaba la gloria de mi amada en el alba naciente.

— Te has matado á medias, puesto que me has dado la mitad de tu vida...

Tuve que desvanecer sus escrúpulos:

Si somos inseparables, ¿no basta para los dos con una sola?

Y en el paisaje impreciso é indefinible que se esfumaba en perspectivas de ensueño, nos besamos largamente sin inquerir donde estábamos, puesto que estábamos juntos...

FIN

ÍNDICE

Paris, — Tip. GARNIER HERMANOS, 6, rue des Saints-Pères. (P. D.)